**Michael Moorcock**

# Marinero de los mares del destino



**Ediciones Martínez Roca, S. A.**

Colección dirigida por Alejo Cuervo
Traducción de Hernán Sabaté
Diseño cubierta: Llorenç Martí

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni la recopilación en un sistema informático, ni la transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, por registro o por otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de Ediciones Martínez Roca, S. A.

Título original: *The Sailor on the Seas of Fate*

© 1976, Michael Moorcock
© 1988, Ediciones Martínez Roca, S. A.
Gran Via, 774, 7.°, 08013 Barcelona
ISBN 84-270-1224-1
Depósito legal B. 20.756-1988
Impreso por Romanyá/Valls, Verdaguer, 1, Capellades (Barcelona)

*Impreso en España — Printed in Spain*

*Para Ben Biber y Bill Butler*

# LIBRO PRIMERO

# NAVEGANDO HACIA

# EL FUTURO

... y dejando a su primo Yyrkoon como regente del Trono de Rubí de Melniboné, abandonando a su prima Cymoril deshecha en lágrimas y sin esperanzas de verle regresar algún día, Elric zarpó de Imrryr, la Ciudad Soñada, y salió en busca de una meta desconocida en los mundos de los Reinos Jóvenes donde los melniboneses, en el mejor de los casos, eran vistos con desagrado.

*La crónica de la Espada Negra*

# 1

Era como si se hallara en una inmensa caverna cuyos muros y techo estaban formados por masas de colores cambiantes y sombríos que, en ocasiones, se desgarraban para dejar paso a la claridad de la luna. Resultaba difícil de creer que aquellos muros no fueran otra cosa que nubes apretadas sobre las montañas y el océano, a pesar de que el claro de luna recortaba sus perfiles, las bañaba de plata e iluminaba el mar negro y turbulento cuyas olas batían la orilla en la que se encontraba el hombre.

Un trueno rugió en la distancia; un relámpago brilló en la lejanía. Caía una lluvia fina y las nubes no dejaban de moverse. Con sus tonos desde el negro azabache al blanco lívido de un cadáver, formaban lentos remolinos como las capas de unos danzantes que, ceremoniosamente y en una especie de trance, bailaran un minué. El hombre que las contemplaba desde los guijarros de la tétrica playa las tomó por un grupo de gigantes bailando al son de la lejana tormenta y se sintió como lo haría alguien que entrara inadvertidamente en un salón donde estuvieran divirtiéndose los dioses. El hombre volvió la mirada de las nubes al océano.

El mar parecía cansado. Las grandes olas se levantaban con dificultad y caían como con alivio, emitiendo jadeos al romper contra las ásperas rocas.

El hombre se ajustó la capucha sobre el rostro y echó repetidos vistazos hacia atrás por encima del hombro, protegido por una pieza de cuero, al tiempo que se acercaba más a las aguas y permitía que la espuma de las olas besara la puntera de sus botas negras, que le llegaban hasta las rodillas. Trató de divisar algo en la caverna formada por las nubes, pero sólo alcanzó a ver un corto trecho. No había modo de saber qué había al otro lado de las aguas ni qué extensión cubrían éstas. Ladeó la cabeza y escuchó atentamente, pero no oyó nada salvo los sonidos del cielo y del mar. Exhaló un suspiro. Por un instante, la luna le iluminó y en la extrema palidez de su rostro brillaron dos ojos carmesíes con expresión atormentada; luego, se hizo de nuevo la oscuridad. El hombre volvió la cabeza una vez más, temiendo sin duda que la luz le hubiera expuesto a algún enemigo. Haciendo el menor ruido posible, se encaminó hacia el abrigo de las peñas a su izquierda.

Elric estaba cansado. En un rasgo de ingenuidad, había buscado acogida en la ciudad de Ryfel, en la tierra de Pikarayd, ofreciendo sus servicios como mercenario al ejército del gobernador de la plaza. Por su estupidez, había sido encarcelado como espía de Melniboné (al gobernador le pareció evidente que Elric no podía ser otra cosa) y no había logrado huir hasta hacía muy poco, con la ayuda de sobornos y de algunos hechizos menores.

La persecución, sin embargo, se había iniciado casi de inmediato. En ella se habían empleado perros de gran inteligencia y el propio gobernador había dirigido la batida más allá de las fronteras de Pikarayd, internándose en los valles de pizarras, yermos y deshabitados, de un mundo conocido por el nombre de Colinas Muertas, en el que apenas crecía o intentaba sobrevivir ser alguno.

El de la extrema palidez había ascendido las empinadas rampas de las pequeñas montañas, cuyas laderas estaban formadas por pizarras grises que se desmenuzaban bajo las herraduras de su caballo, levantando un estruendo que podía escucharse a más de una milla. Recorriendo valles totalmente desprovistos de hierba y lechos de ríos que no habían visto agua en muchos años, cruzando túneles desnudos de la menor estalactita, atravesando planicies en las cuales se alzaban hitos de piedra erigidos por un pueblo olvidado, había pugnado por escapar de sus perseguidores y pronto le pareció que había dejado atrás para siempre el mundo que conocía, que había cruzado una frontera sobrenatural y que había llegado a uno de aquellos lugares yermos sobre cuya existencia había leído en las leyendas de su pueblo, donde una vez habían luchado mano a mano la Ley y el Caos hasta quedar en tablas, dejando el campo de batalla vacío de vida y de toda posibilidad de vida.

Finalmente, había exigido a su caballo tal esfuerzo que el corazón del animal no había resistido más y, tras abandonar el cadáver, el hombre había continuado a pie, jadeando, hasta llegar al mar, a aquella estrecha playa, imposibilitado de continuar adelante y temeroso de retroceder por si sus enemigos le estaban esperando.

Elric se dijo que daría cualquier cosa por disponer de una embarcación en aquel momento. No

transcurriría mucho tiempo antes de que los perros captaran su rastro y condujeran a sus amos hasta la playa. Se encogió de hombros. Quizás era mejor morir allí en soledad, a manos de aquellos hombres que ni siquiera conocían su nombre. Lo único que lamentaba era que Cymoril sufriría al comprobar que no regresaba al terminar el año.

Estaba sin comida y sólo conservaba algunas de las pócimas que le habían mantenido con fuerzas durante los últimos días. Sin recuperar sus energías, no podía plantearse siquiera la elaboración de un conjuro que le proporcionara algún medio de cruzar el mar y de alcanzar, quizás, la isla de las Ciudades Púrpura, donde las gentes no eran tan hostiles a los melniboneses.

Hacía apenas un mes que había abandonado su corte y a su futura reina, dejando a Yyrkoon sentado en el trono de Melniboné hasta su regreso. Había pensado que podría conocer mejor al pueblo humano de los Reinos Jóvenes mezclándose con sus gentes, pero éstas le habían rechazado, bien con odio manifiesto o con precavida y falsa humildad. En ninguna parte había encontrado a nadie dispuesto a creer que un melnibonés (y eso que desconocían su condición de emperador) escogiera voluntariamente compartir su suerte con los seres humanos que, en otro tiempo, habían sido esclavizados por su antigua y cruel raza. Y ahora, varado junto al desolado mar, sintiéndose atrapado y ya vencido, supo que estaba solo en un universo malévolo, privado de amigos y de metas, un anacronismo inútil y enfermizo, un estúpido envilecido por sus propias insuficiencias de carácter, por su profunda incapacidad para creer completamente en la bondad o maldad de cosa alguna. No tenía fe en su raza, en sus derechos hereditarios, en los dioses o en los hombres. Y, por encima de todo, carecía de fe en sí mismo.

Redujo el paso y apoyó la mano en la empuñadura de su negra espada mágica, la Tormentosa, cuya hoja había derrotado muy recientemente a su gemela, la Enlutada, en la carnosa cámara interna de un mundo sin sol del Limbo. La Tormentosa, que parecía casi consciente, era ahora su única compañía, su único confidente, y Elric había adquirido el hábito neurótico de hablarle a su espada como otro lo haría a su caballo o como un preso compartiría sus pensamientos con una cucaracha en la celda.

—Bien, Tormentosa, ¿nos adentramos en el mar y terminamos de una vez? —Su voz era apagada, casi un susurro—. Al menos, tendremos el placer de aguarles la fiesta a nuestros perseguidores.

Dio unos pasos indiferentes hacia las olas, pero a su fatigado cerebro le pareció que la espada emitía un murmullo, se agitaba junto a su cintura y se resistía a avanzar. El albino soltó una risa ahogada.

—Tú existes para vivir y segar vidas —dijo al acero—. ¿Existo yo, pues, para morir y llevar la gracia de la muerte a los que amo y a los que odio? A veces, así lo creo. Un triste destino, si tal es el mío. Sin embargo, debe de haber algo más en todo esto...

Se volvió de espaldas al mar. Alzó la mirada a las nubes que se formaban y deshacían sobre su cabeza, dejó que la lluvia le cayera en el rostro y escuchó la música compleja y melancólica que producían las olas al batir las rocas y guijarros y hervir después bajo la fuerza de las contracorrientes. La lluvia apenas le refrescó. Llevaba dos noches sin dormir un instante, y apenas había podido pegar ojo durante varias más. Debía de haber cabalgado durante casi una semana antes de que el caballo cayera reventado.

Junto a la base de un húmedo y escarpado peñasco de granito que se alzaba a casi diez metros sobre la playa, encontró un hueco en el suelo en el cual poder protegerse de lo peor del viento y la lluvia. Envuelto en su gruesa capa, se acomodó en el hueco y cayó dormido al instante. Prefería que le encontraran mientras dormía; no deseaba enterarse de su muerte.

Cuando se movió, una luz grisácea y mortecina le dio en los ojos. Alzó el cuello, reprimiendo un gemido ante la rigidez de sus músculos, y abrió los ojos. Parpadeó. Era de día, aunque no fue capaz de determinar si era por la mañana o por la tarde, pues el sol estaba invisible. Una niebla fría cubría la playa y, a través de ella, aún podían apreciarse las nubes más oscuras, aumentando así la impresión de encontrarse dentro de una enorme cueva. El mar continuaba con sus chapoteos y susurros, aunque las aguas parecían más calmadas que la noche anterior. Ahora no se apreciaba el rumor de la tormenta y el aire era muy frío.

Elric empezó a incorporarse, apoyándose en la espada como bastón, y escuchó con atención. No había rastro de que sus enemigos anduvieran por las proximidades. Sin duda, habían abandonado la persecución; después, quizá, de encontrar el caballo muerto.

Se llevó la mano al morral que portaba al cinto y sacó de él una tira de tocino ahumado y un frasco que contenía un líquido amarillento. Tomó un sorbo del frasco, lo tapó de nuevo y lo guardó en el morral mientras mascaba la carne. Tenía sed. Recorrió un trecho de playa hasta encontrar un charco de agua de lluvia no muy cargada de sal. Bebió hasta saciarse mientras vigilaba a su alrededor. La niebla era bastante espesa y, si se hubiera alejado demasiado de la playa, se habría perdido inmediatamente. Sin embargo, ¿qué importaba eso? No tenía dónde ir y sus perseguidores debían de haberlo entendido así. Sin un caballo, le sería imposible desandar sus pasos hasta Pikarayd, el más oriental de los Reinos Jóvenes. Sin un barco, no podía aventurarse en el mar e intentar poner rumbo a la isla de las Ciudades Púrpura. No recordaba ningún mapa donde apareciera un mar oriental y no tenía idea de cuánta distancia se había alejado de Pikarayd.

Decidió que su única esperanza de sobrevivir era dirigirse hacia el norte, siguiendo la costa en la confianza de que, tarde o temprano, daría con algún puerto o poblado de pescadores donde poder cambiar las escasas pertenencias que le quedaban por un pasaje en algún barco. Sin embargo, sus esperanzas eran escasas pues la comida y los bebedizos apenas le alcanzarían para un día más.

Inspiró profundamente para aprestarse a la marcha pero, de inmediato, se arrepintió de haberlo hecho: la niebla le hirió en la garganta y en los pulmones como un millar de diminutos cuchillos. Tosió y escupió sobre los guijarros.

Y escuchó algo, un ruido distinto de los tristes susurros del mar; un crujido uniforme, como el de un hombre caminando con una indumentaria de cuero rígido. Su mano derecha se desplazó a la cadera izquierda y a la espada que allí descansaba. Se volvió, escrutando en todas direcciones para descubrir el origen del ruido, pero la niebla lo distorsionaba. Podía proceder de cualquier parte.

Elric se arrastró de nuevo hasta el peñasco donde se había refugiado por la noche y se apretó contra él de modo que ningún atacante pudiera tomarle desprevenido por detrás. Aguardó.

Captó de nuevo el crujido pero, esta vez, acompañado de otros sonidos. Oyó un ruido metálico, un chapoteo, quizá una voz, una posible pisada sobre madera. Se preguntó si estaría experimentando una alucinación como efecto secundario de la pócima que acababa de ingerir o si realmente estaba escuchando un barco aproximándose a la playa y soltando el ancla.

Se sintió aliviado y estuvo tentado de reírse de sí mismo por haber dado por sentado tan fácilmente que aquella costa estaría deshabitada. Había creído que los yermos acantilados se extendían interminablemente, cientos de millas quizá, en ambas direcciones. Tal suposición podía haber sido, sin duda, el resultado subjetivo de su ánimo deprimido, de su fatiga. Ahora, se le pasó por la cabeza que las mismas posibilidades había de que acabara de descubrir una tierra que no aparecía en los mapas, pero que poseía una elevada cultura autóctona: con naves, por ejemplo, y puertos para éstas. No obstante, Elric no se dejó ver.

Al contrario, se retiró tras la roca y fijó la vista en el mar, sondeando la niebla. Por fin, distinguió una sombra que no había estado allí la noche anterior. Una sombra negra y angulosa que únicamente podía ser un barco. Distinguió las sombras de los cabos, escuchó las voces de unos hombres, oyó el crujido y el chirrido de una verga al ser izada en el mástil. Estaban recogiendo velas.

Elric aguardó una hora, al menos, a que la tripulación del barco desembarcara. No podía haber ninguna otra razón para haber penetrado en aquella bahía traicionera. Sin embargo, sobre la nave había caído un profundo silencio, como si toda ella se hubiera dormido.

Con cautela, Elric emergió de detrás de la roca y avanzó hasta el borde del agua. Desde allí podía ver el barco un poco mejor. Detrás de los palos se apreciaba la luz rojiza del sol, desvaída y aguada, difusa tras la niebla. Era un barco de buen tamaño y realizado totalmente con la misma madera de color oscuro. Su diseño era barroco y poco habitual, con elevadas cubiertas a proa y a popa y sin rastro de portillas para remeros. Se trataba de una característica inusual en las naves que él conocía, tanto melnibonesas como pertenecientes a los Reinos Jóvenes, y venía a confirmar su teoría de que había tropezado con una civilización que, por alguna razón, se había aislado del resto del mundo, igual que Elwher y los Reinos Ignotos quedaban aislados por la inmensa extensión del desierto de los Suspiros y del erial de las Lágrimas. No observó movimiento a bordo ni escuchó ninguno de los sonidos que cualquiera esperaría encontrar a bordo de una nave, incluso si la mayor parte de la tripulación estaba descansando. La niebla formaba remolinos y permitía que la luz rojiza la atravesara mejor para iluminar el barco, dejando a la vista las dos grandes ruedas de timón en los castillos de proa y de popa, el esbelto mástil con su vela recogida, los complejos dibujos geométricos de sus pasamanos y su mascarón, una gran proa curva que proporcionaba al navío su máxima expresión de poder y que llevó a Elric a considerarlo un barco de guerra, más que un mercante. Sin embargo, ¿contra quién se podía combatir en unas aguas como aquéllas?

Dejó a un lado sus precauciones y, formando una bocina con las manos en torno a la boca, gritó:

—¡Ah, del barco!

El silencio que siguió a su llamada le pareció cargado de un especial titubeo, como si quienes estaban a bordo le hubieran escuchado y no supieran si debían responder.

—¡Ah, del barco!

Entonces, una figura apareció junto a la borda de babor e, inclinándose sobre el pasamanos, miró en su dirección con aire despreocupado. La figura llevaba puesta una armadura tan oscura y extraña como el diseño de la nave; portaba un casco que dejaba en sombras la mayor parte de su rostro y el principal rasgo que Elric pudo distinguir en él fue una barba espesa y dorada, junto con unos penetrantes ojos azules.

—¡Ah, de la orilla! —respondió el hombre de la armadura. Su acento resultaba desconocido para Elric y el tono de su voz parecía tan relajado como el modo en que le miraba. Elric creyó apreciar en él una sonrisa—. ¿Qué buscas entre nosotros?

—Ayuda —respondió Elric—. Estoy inmovilizado aquí. Mi caballo ha muerto y estoy perdido.

—¿Perdido? —la voz del hombre resonó en la niebla—. ¡Ah! Perdido. ¿Y deseas subir a bordo?

—Incluso puedo pagaros algo. Puedo ofrecer mis servicios a cambio de un pasaje, bien hasta vuestra siguiente escala o bien hasta cualquier tierra próxima a los Reinos Jóvenes donde pueda encontrar mapas que me permitan continuar camino desde allí...

—Bien —dijo su interlocutor lentamente—, aquí hay trabajo para un soldado.

—Tengo una espada —replicó Elric.

—Ya veo. Una buena hoja para el combate, grande y contundente.

—Entonces, ¿puedo subir a bordo?

—Antes debemos discutir la cuestión. Si tienes la bondad de esperar un momento...

—Desde luego —dijo Elric.

La actitud y los modales del desconocido le habían desconcertado, pero la perspectiva de encontrar calor y alimento a bordo del barco resultaba estimulante y aguardó con paciencia a que el guerrero de la barba rubia se asomara de nuevo por la borda.

—¿Cuál es tu nombre, señor?

—Soy Elric de Melniboné.

El guerrero pareció consultar un pergamino, repasando con un dedo la lista de nombres que éste contenía, hasta que asintió, satisfecho, y guardó de nuevo la lista bajo la gran hebilla de su cinto.

—Bien —comentó el desconocido—; finalmente, era cierto que había una razón concreta para detenernos aquí, aunque me resultaba difícil de creer.

—¿A qué vino la diferencia de opiniones? ¿Por qué os decidisteis a esperar?

—Por ti —dijo el guerrero al tiempo que alzaba una escala de cuerda por encima de la borda y dejaba caer su extremo hasta las aguas—. ¿Quieres subir a bordo, Elric de Melniboné?

# 2

A Elric le sorprendió la poca profundidad de las aguas y se preguntó cómo había logrado acercarse tanto a la costa un barco de aquel tamaño. Con el agua hasta los hombros, alzó el brazo y se agarró a los peldaños de ébano de la escala. Logró izarse de las aguas con dificultad, entorpecido en la maniobra por el balanceo del barco y por el peso de su espada mágica; por último, ascendió trabajosamente hasta superar la borda y se encontró en la cubierta, con el agua chorreando de sus ropas a los tablones y temblando de frío. Echó una mirada a su alrededor. Una bruma reluciente, teñida de rojo, se adhería a las oscuras vergas y aparejos de la nave mientras una niebla blanca se extendía sobre el techo y las paredes de dos grandes cámaras situadas a proa y a popa del mástil; esta niebla no era de la misma naturaleza que la bruma que se extendía más allá del barco. Por un instante, Elric tuvo la extravagante idea de que la niebla acompañaba permanentemente la nave allí donde ésta viajaba. Sonrió para sí, atribuyendo a la falta de comida y de descanso el aire, como extraído de un sueño, de toda aquella experiencia. Cuando la nave saliera a aguas soleadas, podría comprobar que se trataba de un barco relativamente normal.

El guerrero rubio tomó del brazo a Elric. El hombre era tan alto como Elric y tenía una constitución extraordinariamente robusta. Sonriendo tras el casco, se limitó a indicar:

—Vayamos abajo.

Avanzaron hasta la cabina a proa del mástil y el guerrero abrió una puerta corrediza, haciéndose a un lado para dejar que Elric entrara primero. Elric agachó la cabeza y pasó al cálido interior de la cabina. Allí brillaba una lámpara de cristal gris y roja, colgada de cuatro cadenas de plata sujetas al techo, que iluminaba a varias figuras más, todas ellas corpulentas y cubiertas de pies a cabeza con armaduras a cuál más distinta, sentadas en torno a una mesilla cuadrada y de aspecto sólido. Todos los rostros se volvieron hacia Elric cuando éste efectuó su entrada, seguido del guerrero rubio. Éste anunció:

—Aquí está.

Uno de los ocupantes de la cabina, sentado en el rincón más alejado y cuyos rasgos quedaban completamente ocultos por las sombras, asintió.

—Sí, es él.

—¿Me conoces? —preguntó Elric, tomando asiento en una esquina del banco al tiempo que se despojaba de su empapada capa de cuero.

El guerrero más próximo a él le pasó una copa de vino caliente y Elric la aceptó agradecido. Tomó un sorbo del líquido cargado de especias y se maravilló de lo pronto que disipaba el frío en sus entrañas.

—En cierto modo —respondió el hombre del rincón en sombras.

Su voz resultaba sardónica, pero, al mismo tiempo, tenía un matiz melancólico y Elric no se sintió ofendido, pues la amargura que transmitía iba más dirigida hacia sí mismo que contra su interlocutor.

El guerrero rubio tomó asiento frente a Elric.

—Soy Brut —dijo—, en otros tiempos de Lashmar, donde mi familia todavía posee tierras; yo, sin embargo, ya hace muchos años que no he estado allí

—Así pues, procedes de los Reinos Jóvenes, ¿no? —inquirió Elric.

—En efecto, pero hace ya tanto tiempo...

—¿Esta nave tocará puerto en algún lugar de esas naciones? —insistió Elric.

—Creo que no —respondió Brut—, aunque, según mis cálculos, no hace mucho que yo mismo llegué a bordo. Iba en busca de Tanelorn, pero encontré esta nave en su lugar.

—¿Tanelorn? —repitió Elric con una sonrisa—. ¿Cuántos deben buscar ese lugar de leyenda? ¿Conoces a uno llamado Rackhir, que en otro tiempo fue Sacerdote Guerrero de Phum? Hace muy poco corrimos una aventura juntos y luego partió en busca de Tanelorn.

—No sé de quién hablas —dijo Brut de Lashmar.

—Y estas aguas, ¿están muy lejos de los Reinos Jóvenes? —continuó indagando Elric.

—Mucho —afirmó el hombre del rincón en sombras.

—¿Acaso vienes de Elwher, señor? —inquirió Elric—. ¿O de alguna otra región de lo que nosotros, en el oeste, llamamos los Reinos Ignotos?

—La mayor parte de nuestras tierras no aparecen en tus mapas —declaró el hombre, al tiempo que se echaba a reír.

Esta vez, Elric tampoco se sintió agraviado por las risas, ni especialmente preocupado por los misterios que insinuaba el hombre del rincón. Los soldados de fortuna (Elric los había catalogado como tales desde el primer momento) eran muy amantes de las bromas privadas y las indirectas; generalmente, era lo único que les unía además de la común voluntad de poner la espada al servicio de todo aquel que pudiera pagar.

—¿Hacia dónde navegamos, pues?

—Sólo sé que debíamos detenernos a esperarte, Elric de Melniboné —respondió Brut, encogiéndose de hombros.

—¿Sabíais que estaría aquí?

El hombre del rincón en sombras se desperezó y se sirvió más vino caliente de la jarra instalada en un agujero del centro de la mesa.

—Tú eres el último que necesitábamos —comentó—. Yo fui el primero en ser traído a bordo y, hasta ahora, no he lamentado la decisión de emprender el viaje.

—¿Cuál es tu nombre, caballero? —preguntó Elric, dispuesto a no prolongar por más tiempo la concreta desventaja de ignorar la identidad de su interlocutor.

—Nombres, nombres... ¡Ah!, he tenido tantos. Mi preferido es Erekosë, pero también he sido llamado Urlik Skarsol, John Daker e Ilian de Garathorm, que yo sepa con certeza. Las palabras de otros me han llevado a pensar que también he sido Elric, el Asesino de Mujeres...

—¿El Asesino de Mujeres? Un apodo nada agradable. ¿Quién es ese otro Elric?

—No sé responder satisfactoriamente a eso —dijo Erekosë— pero, según parece, comparto un nombre con más de uno de los ocupantes de esta nave. Igual que Brut, también yo buscaba Tanelorn y, en cambio, me encontré de pronto a bordo.

—Ambos tenemos eso en común —terció otro de los presentes. Era un guerrero de piel negra, el más alto del grupo, cuyos rasgos quedaban extrañamente resaltados por una cicatriz que le corría como una uve invertida desde el centro de su frente, por encima de los ojos, cruzando las mejillas hasta las mandíbulas—. Yo estaba en una tierra llamada Ghaja-Ki, un paraje pantanoso y muy desagradable, plagado de enfermedades y de corrupción. Había oído hablar de la existencia de una ciudad en su centro y pensé que podía ser Tanelorn, pero me equivocaba. Estaba habitada por una raza hermafrodita de piel azul, dispuesta a curarme lo que consideraban malformaciones natales de mi color de piel y de mis características sexuales. Esta cicatriz que ves en mi rostro fue obra de esas gentes. El dolor de la operación me dio fuerzas para escapar y me adentré desnudo en el pantano, avanzando trabajosamente durante muchas millas hasta que los marjales se convirtieron en un lago del que nacía un río caudaloso sobre cuyas aguas volaban densas nubes de insectos que se abatieron sobre mí con voracidad. Apareció entonces esta nave y me sentí más que contento de poder refugiarme en ella. Soy Otto Blendker, en otro tiempo hombre de letras en Brunse y hoy mercenario, por culpa de mis pecados.

—Eso de Brunse, ¿está cerca de Elwher? —inquirió Elric, quien no había oído mencionar semejante lugar, ni un nombre tan exótico, durante su estancia en los Reinos Jóvenes.

—No sé nada de Elwher —respondió el gigante negro, moviendo la cabeza en gesto de negativa.

—Entonces, el mundo es considerablemente mayor de lo que había imaginado —comentó Elric.

—Desde luego que lo es —asintió Erekosë—. ¿Qué dirías si te planteara la teoría de que el mar por el que ahora navegamos se extiende más de un mundo?

—Yo me sentiría inclinado a creerte —sonrió Elric—. He estudiado tales teorías: más aún, he experimentado aventuras en mundos distintos del mío.

—Es un alivio escuchar eso —intervino Erekosë—. A bordo del barco, no todos están dispuestos a aceptar mis teorías.

—Yo también me siento inclinado a aceptarla —dijo Otto Blendker—, aunque la encuentro aterradora.

—Lo es —asintió Erekosë—. Más aterradora de lo que podrías imaginar jamás, amigo Otto.

Elric extendió la mano hacia el centro de la mesa y se sirvió otra copa de vino. Sus ropas ya empezaban a secarse y se sentía recuperado físicamente.

—Me alegro de haber dejado atrás esa costa envuelta en niebla.

—Ya hemos dejado la costa, es cierto —comentó Brut—, pero, en cuanto a la niebla, permanece siempre con nosotros. Parece seguir al barco... o bien es éste quien la crea allí donde va. Rara vez alcanzamos a ver tierra y cuando lo hacemos, como hoy, suele estar en sombras, como un reflejo en un escudo abollado y deslustrado.

—Navegamos por un mar sobrenatural —intervino otro de los mercenarios, extendiendo una mano

enguantada en dirección a la jarra de vino. Elric se la alcanzó—. En Hasghan, de donde yo vengo, se cuenta una leyenda sobre un mar Encantado. Si un marinero se adentra en sus aguas, jamás logra regresar y permanece perdido eternamente.

—Me temo que esa leyenda tuya contenga, al menos, una parte de verdad, Terndrik de Hasghan —respondió Brut.

—¿Cuántos guerreros hay a bordo? —preguntó Elric.

—Dieciséis, además de los Cuatro —dijo Erekosë—. Veinte en total. Está el Piloto... y también el Capitán, claro. Sin duda, pronto te recibirá.

—¿Los Cuatro? ¿Quiénes son?

Erekosë lanzó una carcajada antes de responder:

—Tú y yo somos dos de ellos. Los otros dos ocupan la cabina de popa. Y si deseas saber por qué nos llaman los Cuatro, debes preguntarlo al Capitán, aunque te advierto que sus respuestas rara vez resultan satisfactorias.

Elric notó que la inercia le impulsaba ligeramente hacia un lado.

—Esta nave es muy marinera —comentó lacónicamente—, teniendo en cuenta el escaso viento.

—Sí, es muy marinera —asintió Erekosë al tiempo que se levantaba de su rincón.

Era un hombre de hombros anchos con un rostro sin edad definida que evidenciaba estar en posesión de una considerable experiencia. Era bien parecido y, sin duda, había visto muchos combates pues sus manos y su rostro estaban llenos de cicatrices, aunque no desfigurados. Sus ojos, hundidos y oscuros, no parecían tener un color concreto y, pese a todo, resultaban familiares a Elric. Éste creyó haberlos visto una vez durante un sueño.

—¿Nos hemos conocido antes de ahora? —le preguntó Elric.

—¡Ah!, posiblemente. O quizá lo haremos en el futuro. ¿Qué importa eso? Nuestros destinos son idénticos. Compartimos un mismo sino. Y, probablemente, compartimos más que eso.

—¿Más? No alcanzo a comprender la primera parte de lo que acabas de decir.

—Mejor así —replicó Erekosë, abriéndose paso entre sus camaradas hasta alcanzar el otro extremo de la mesa. Una vez allí, posó la mano con sorprendente suavidad en el hombro de Elric—. Ven, debemos presentarnos ante el Capitán. Ha expresado su deseo de verte poco después de que embarcaras.

—Ese capitán... ¿qué nombre tiene? —preguntó Elric tras asentir y ponerse en pie.

—Ninguno que esté dispuesto a revelarnos —le informó Erekosë.

Salieron juntos a la cubierta. La niebla, si acaso, se había hecho más densa y poseía todavía la misma palidez cadavérica, ocultos los rayos del sol que la habían teñido de rojo. Costaba distinguir los extremos de la nave y, a pesar de que avanzaban con evidente rapidez, no se apreciaba el menor soplo de viento. No obstante, hacía más calor de lo que Elric hubiera esperado. Siguió a Erekosë hacia la cabina bajo la cubierta de proa, en la que estaba situada una de las dos ruedas gemelas del timón de la nave, atendida por un hombre alto cubierto con una capa impermeable y unas polainas de piel de ciervo acolchadas. El pelirrojo Piloto permanecía tan inmóvil que recordaba a una estatua; ni siquiera volvió la cabeza hacia ellos cuando se acercaron a la cabina, pero Elric logró echar una ojeada a su rostro.

La puerta parecía elaborada con una especie de metal pulido que poseía un lustre casi como la pelambre de un animal en pleno vigor. Tenía un color pardo rojizo y era el objeto más lleno de colorido que Elric había visto desde que subiera a la nave. Erekosë llamó a la puerta con unos leves golpes de sus nudillos.

—Capitán, aquí traigo a Elric.

—Adelante —dijo una voz, melodiosa y distante a la vez.

La puerta se abrió. Una luz rosada surgió del interior de la estancia, cegando casi a Elric mientras éste cruzaba el umbral. Cuando sus ojos se adaptaron a la luminosidad, pudo ver a un hombre muy alto, de extremada palidez, que le aguardaba de pie en el centro de la cabina, sobre una alfombra de rico colorido. Elric oyó cerrarse la puerta y advirtió que Erekosë no le había acompañado al interior.

—¿Te has recuperado ya, Elric? —preguntó el Capitán.

—Sí, señor. Gracias al vino.

Las facciones del Capitán no eran más humanas que las de Elric. A primera vista eran más refinadas y enérgicas que las del melnibonés, pero guardaban un ligero parecido con las de éste en los ojos, igualmente ahusados, y en el contorno de la cara, alargada y terminada en una barbilla afilada. Una larga cabellera le caía sobre los hombros en grandes ondas de oro y fuego y una cinta de jade azul mantenía despejada su frente. Una túnica de color de ante y unos calzones hasta las rodillas cubrían su cuerpo y llevaba unas sandalias de plata e hilo de plata atadas a las pantorrillas. Salvo en su indumentaria, era idéntico al piloto que Elric acababa de ver.

—¿Te apetece otra copa?

El Capitán se dirigió hacia un armario situado al otro lado de la cabina, cerca de la portilla, que estaba cerrada.

—Sí, gracias —dijo Elric.

En ese instante, comprendió la razón de que su interlocutor no hubiera dirigido la mirada hacia él. El Capitán era ciego. Aunque todos sus movimientos eran hábiles y llenos de seguridad, era evidente que no podía ver nada. Sirvió el vino de una jarra de plata en una copa del mismo metal y empezó a cruzar la cabina hacia Elric, sosteniendo la copa ante sí. Elric dio un paso adelante y aceptó el vino.

—Me alegro que hayas decidido unirte a nosotros —dijo el Capitán—. Me siento muy aliviado.

—Eres muy cortés al hablar así —respondió Elric—, aunque debo añadir que no fue una decisión difícil de tomar. No tenía ningún otro lugar adonde ir.

—Lo sé. Fue por eso que anclamos junto a la costa en el momento y lugar que lo hicimos. Descubrirás que todos tus compañeros estaban en situaciones similares cuando subieron a bordo.

—Pareces tener un considerable conocimiento de los movimientos de muchos hombres —dijo Elric, sosteniendo la copa en la mano izquierda sin probar el vino todavía.

—En efecto —asintió el Capitán—. De muchos hombres, en muchos mundos. Tengo entendido que eres una persona culta, señor, de modo que tendrás una ligera idea sobre la naturaleza del mar por el cual navega este barco.

—Creo que sí.

—La mayor parte del tiempo viaja entre los mundos; para ser un poco más exactos, entre los planos de una diversidad de aspectos de un mismo mundo. —El Capitán vaciló y apartó su ciega mirada de Elric—. Por favor, acepta el hecho de que no trato de confundirte deliberadamente. Hay algunas cosas que no entiendo y otras que no puedo revelar por entero. Confío y espero que sabrás respetar eso.

—Hasta el momento, no tengo razón alguna para obrar de otro modo —replicó el albino, al tiempo que tomaba el primer trago de la copa.

—Me siento en una agradable compañía —comentó el Capitán—. Espero que continúes considerando justo el respeto a esa confianza cuando hayamos alcanzado nuestro destino.

—¿Y cuál es éste, Capitán?

—Una isla que se halla en estas aguas.

—Debe de ser una rareza.

—En efecto, y en otro tiempo permanecía ignorada y deshabitada por aquellos a los que debemos considerar nuestros enemigos. Ahora que la han descubierto y han comprendido su poder, nos hallamos en un gran peligro.

—¿Nosotros? ¿Te refieres a tu raza o a quienes viajamos a bordo de esta nave?

—No tengo más raza que yo mismo —sonrió el Capitán—. Me refiero, supongo, a toda la humanidad.

—Entonces, ¿esos enemigos no son humanos?

—En efecto. Están íntimamente involucrados en los asuntos humanos, pero tal hecho no les ha inspirado la menor lealtad hacia nosotros. Utilizo el término «humanidad», por supuesto, en su sentido más amplio, incluidos tú y yo.

—Comprendo —asintió Elric—. ¿Qué nombre reciben esos enemigos?

—Muchos diferentes —dijo el Capitán—. Perdóname, pero no podemos continuar la charla por más tiempo. Prepárate ahora para la batalla y te aseguro que continuaré revelándote cosas cuando sea el momento oportuno.

Sólo cuando se encontró de nuevo al otro lado de la puerta pardorrojiza, contemplando a Erekosë que avanzaba hacia él por la cubierta entre la niebla, empezó a preguntarse el albino si el Capitán le habría hechizado hasta el punto de hacerle olvidar todo el sentido común. No obstante, el ciego le había impresionado y, Elric se dijo que, al fin y al cabo, no tenía nada mejor que hacer que navegar a la isla. Se encogió de hombros. Siempre estaba a tiempo de cambiar de parecer si descubría que los residentes en la isla no eran, en su opinión, enemigos.

—¿Estás más o menos confundido que antes, Elric? —preguntó Erekosë con una sonrisa.

—Más en algunas cosas, menos en otras —respondió Elric—. Y, por alguna extraña razón, no me importa.

—En tal caso, compartes lo que siente todo el grupo —le informó Erekosë.

No fue hasta que Erekosë le condujo a la cabina a popa del mástil cuando Elric se dio cuenta de que no había preguntado al Capitán por el significado de los Cuatro.

# 3

Salvo en que estaba orientada en la dirección contraria, la segunda cabina se parecía a la primera casi hasta el menor detalle. También allí encontró sentados a una decena de hombres, todos ellos experimentados soldados de fortuna por sus rasgos e indumentarias. Dos de ellos estaban sentados muy próximos en el centro del banco a estribor de la mesa. Uno llevaba la cabeza descubierta, era rubio y parecía lleno de inquietud; las facciones del otro le recordaron a Elric las suyas propias y el albino creyó observar que llevaba un guantelete de plata en la mano izquierda, mientras que la derecha aparecía desnuda. La armadura del hombre era delicada y exótica. Cuando Elric hizo su entrada, alzó la vista hacia él y hubo un destello de reconocimiento en su único ojo (el otro lo llevaba cubierto con un parche de brocado).

—¡Elric de Melniboné! —exclamó—. ¡Mis teorías cobran ahora más sentido! Mira, Halcón de la Luna —añadió, volviéndose hacia su compañero—, éste es de quien hablaba.

—¿Me conoces, señor? —preguntó Elric, perplejo.

—Tienes que recordarme, Elric. ¡Vamos! En la Torre de Voilodion Ghagnasdiak, ¿te acuerdas? Fue con Erekosë... aunque con un Erekosë diferente.

—No conozco ninguna torre con tal nombre, ni con otro que se le parezca, y ésta es la primera vez que veo a Erekosë. Tú me conoces y sabes mi nombre, pero yo ignoro el tuyo. Todo esto me resulta desconcertante, señor.

—Tampoco yo había conocido al príncipe Corum antes de que éste subiera a bordo —dijo Erekosë—, pero insiste en que hemos combatido juntos en cierta ocasión. Yo me inclino a darle la razón. El tiempo no siempre corre de idéntica manera en los distintos planos y el príncipe Corum podría muy bien existir en lo que nosotros llamaríamos el futuro.

—Pensaba que aquí iba a encontrar algún alivio de estas paradojas —murmuró el Halcón de la Luna al tiempo que se pasaba la mano por el rostro. Con una débil sonrisa, añadió—: En cambio, parece que no hay ninguno en este momento presente de la historia de los planos. Todo está en pleno fluir y parece que incluso nuestras identidades tienen tendencia a alterarse en cualquier momento.

—Éramos Tres —insistió Corum—. ¿Lo recuerdas ahora, Elric? ¡Los Tres que son Uno!

Elric movió la cabeza en gesto de negativa. Corum se encogió de hombros y dijo en voz baja para si:

—Pues bien, ahora somos Cuatro. ¿Te ha dicho algo el Capitán de una isla que debemos invadir?

—En efecto —asintió Elric—. ¿Conocéis quiénes pueden ser esos enemigos?

—No sabemos ni más ni menos que tú, Elric —intervino el Halcón de la Luna—. Yo busco un lugar llamado Tanelorn y a dos niños. Quizá también busco el Báculo Mágico, pero no estoy muy seguro de eso.

—Una vez lo encontramos —dijo Corum—. Nosotros tres. Fue en la Torre de Voilodion Ghagnasdiak, y nos prestó una ayuda considerable.

—Igual que me la prestaría a mí —respondió el Halcón—. Yo le serví una vez. Le di mucho...

—Como ya te he dicho, Elric —insistió Erekosë—, tenemos mucho en común. Quizá hemos servido incluso a los mismos amos.

—Yo no sirvo a otro amo que a mí mismo —respondió Elric, encogiéndose de hombros.

De inmediato, se preguntó por qué todos los presentes se sonreían con aquel aire peculiar.

—En aventuras como ésta —comentó Erekosë en voz baja—, uno tiende a olvidar muchas cosas, como sucede en los sueños.

—¡Esto es realmente un sueño! —exclamó Halcón de la Luna—. En los últimos tiempos he tenido muchos parecidos.

—Si lo tomas así, todo es un sueño —concedió Corum—. Toda la existencia.

Elric no estaba interesado por las disquisiciones filosóficas.

—Sueño o realidad, la experiencia es la misma, ¿no?

—Tienes toda la razón —asintió Erekosë con una lánguida sonrisa.

Continuaron charlando un par de horas hasta que Corum se estiró, bostezó y comentó que le estaba

entrando sueño. Los demás aseguraron estar cansados también y, abandonando la cabina, se dirigieron a la cubierta inferior de popa, donde había literas para todos los guerreros. Mientras se tendía en uno de los catres, Elric comentó a Brut de Lashmar, que había subido a la litera superior:

—Convendría saber cuándo empezará la lucha.

Brut se asomó desde arriba y, mirándole, respondió:

—Creo que será pronto.

Elric se hallaba solo en cubierta, apoyado en el pasamanos, y trataba de escrutar el mar, pero éste, como el resto del mundo, quedaba oculto tras las volutas blancas de la niebla. Elric se preguntó si la quilla del barco estaría surcando realmente las aguas. Alzó la vista hacia la vela, hinchada y tensa en el mástil, que impulsaba un viento cálido y potente. Era de día pero, una vez más, resultaba imposible determinar la hora. Desconcertado por los comentarios de Corum sobre un encuentro anterior, Elric se preguntó si habría tenido en su vida otros sueños como debía ser éste: unos sueños que hubiera olvidado completamente al despertar. Sin embargo, se dio cuenta rápidamente de la inutilidad de tales especulaciones y volvió la atención a cuestiones más inmediatas, mientras se preguntaba por el posible origen del Capitán de aquel extraño barco que navegaba por un océano todavía más extraño.

—El Capitán ha pedido que nosotros cuatro le visitemos en su cabina —dijo la voz del Halcón de la Luna, y Elric se volvió para dar los buenos días al guerrero, alto y rubio, que lucía una extraña cicatriz regular en el centro de la frente.

Los otros dos emergieron de la niebla y juntos se encaminaron a proa, donde llamaron a la puerta pardorrojiza y pasaron inmediatamente a presencia del ciego Capitán, que ya tenía cuatro copas de vino preparadas para ellos. Con un gesto de la mano hacia el gran arcón sobre el cual estaba el vino, dijo:

—Servios, por favor, amigos míos.

Así lo hicieron, permaneciendo en pie con la copa en la mano. Eran cuatro guerreros altos, perseguidos por el destino, cada uno con un conjunto de facciones y rasgos profundamente diferentes, pero dotados todos ellos de cierto carácter, de cierto porte, que les identificaba como miembros de una misma estirpe. Elric lo advirtió claramente, pese a ser uno de ellos, y trató de recordar los detalles de lo que Corum le había confiado la noche anterior.

—Nos acercamos a nuestro destino —informó el Capitán—. No tardaremos en desembarcar. No creo que nuestros enemigos nos esperen, pero tendremos que luchar duramente para vencerles a los dos.

—¿A los dos? —repitió el Halcón de la Luna—. ¿Sólo son dos?

—En efecto, sólo dos —asintió el Capitán con una sonrisa—. Son dos brujos, hermano y hermana, de un universo muy diferente del nuestro. Debido a recientes desgarros en el tejido de nuestros mundos (de los cuales algo sabes tú, Halcón de la Luna, y también tú, Corum), han quedado en libertad ciertos seres que, de otro modo, no tendrían el poder que hoy poseen. Y, poseyendo tal poder, sólo ansían tener más y más, hasta adueñarse de todo lo que existe en nuestro universo. Estos seres son amorales de una manera diferente a como lo son los Señores de la Ley y del Caos. No combaten por la influencia sobre la Tierra, como esos Señores; lo único que buscan es convertir la energía fundamental de nuestro universo en una herramienta para sus fines. Creo que persiguen cierta ambición en su universo propio y que la alcanzarían si consiguieran su propósito en el nuestro. Hasta el momento actual, a pesar de disponer de unas condiciones muy favorables para sus planes, no han conseguido aún toda su fuerza; sin embargo, no pasará mucho tiempo antes de que la logren. Agak y Gagak son los nombres que reciben en las lenguas de los hombres, y son más poderosos que cualquiera de nuestros dioses. Por eso ha sido convocado un grupo que puede superar su fuerza: vosotros. Aquí está el Campeón Eterno en cuatro de sus reencarnaciones (y cuatro es el número máximo que podemos arriesgarnos a reunir sin exponernos a precipitar nuevos desequilibrios perniciosos entre los planos de la Tierra): Erekosë, Elric, Corum y Halcón de la Luna. Cada uno de vosotros mandará a otros cuatro, cuyos destinos están ligados al vuestro y que son grandes guerreros por derecho propio, aunque no comparten vuestro destino en todos los aspectos. Podéis escoger libremente a los hombres con quienes queráis luchar. Creo que os resultará bastante fácil decidiros. Avistaremos la costa muy pronto.

—¿Tú nos conducirás? —preguntó el Halcón.

—No puedo. Lo único que puedo hacer es conduciros a la isla y aguardar a los supervivientes, si hay alguno.

—Me parece que ésta no es mi lucha —dijo Elric frunciendo el ceño.

—Es la tuya —replicó el Capitán, con sobriedad—. Y es la mía. Yo saltaría a tierra con vosotros si me estuviera permitido, pero no es así.

—¿Por qué? —preguntó Corum.

—Otro día lo sabréis. No tengo valor para decíroslo. Sin embargo, no tengo hacia vosotros sino los mejores deseos. De eso podéis estar seguros.

—Bien —dijo Erekosë, frotándose el mentón—, ya que es mi destino combatir y ya que, como el Halcón de la Luna, continúo buscando Tanelorn, y dado que parece que se abrirá ante mí alguna posibilidad de alcanzar mi ambición si triunfo en esta empresa, acepto por mi parte ir contra esos dos, Agak y Gagak.

—Yo iré con Erekosë por parecidas razones —asintió el Halcón.

—Yo también —dijo Corum.

—No hace mucho —declaró Elric—, me encontraba sin camaradas. Ahora tengo muchos. Sólo por esta razón, combatiré con ellos.

—Quizá la tuya es la mejor de las razones —comentó Erekosë con gesto de aprobación.

—Vuestro empeño no tendrá recompensa, salvo la seguridad de que el éxito ahorrará al mundo muchas penalidades —dijo el Capitán—. En cuanto a ti, Elric, la recompensa será menor aún de lo que puedan esperar los demás.

—Quizá no —respondió Elric.

—Como tú digas. —El Capitán hizo un gesto hacia la jarra de vino—. ¿Más bebida, amigos míos?

Todos aceptaron mientras el Capitán continuaba hablando con su rostro ciego vuelto hacia el techo de la cabina.

—Sobre esa isla se alzan unas ruinas (quizás en otro tiempo fueron una ciudad llamada Tanelorn), y en el centro de esas ruinas se levanta un edificio intacto. Éste es el lugar que utilizan Agak y su hermana. Ése es el que debéis atacar. Espero que lo reconoceréis en seguida.

—¿Y debemos matar a esa pareja? —preguntó Erekosë.

—Si es posible. Tienen sirvientes que les ayudan. A estos debéis matarlos también. Después, debéis prender fuego al edificio. Esto es importante —el Capitán hizo una pausa e insistió—: Incendiadlo. No debe ser destruido de ninguna otra manera.

—Existen pocas maneras más de destruir un edificio—comentó Elric con una sonrisa seca.

El Capitán le devolvió la sonrisa e inclinó levemente la cabeza en gesto de reconocimiento.

—Sí, es cierto. Con todo, merece la pena recordar lo que os acabo de decir.

—¿Sabes qué aspecto tienen esos Agak y Gagak? —preguntó Corum.

—No. Es posible que parezcan criaturas de nuestros mundos y es posible que no. Poca gente les ha visto, pues no han conseguido materializarse hasta hace muy poco tiempo.

—¿Y cuál es el mejor modo de derrotarlos? —quiso saber el Halcón de la Luna.

—Mediante el valor y el ingenio —respondió el Capitán.

—No eres muy explícito, señor Capitán —dijo Elric.

—Soy todo lo explícito que puedo. Y ahora, amigos míos, os sugiero que descanséis y preparéis las armas.

Cuando volvieron a las cabinas, Erekosë lanzó un suspiro.

—Nuestro destino está sellado —murmuró—. En poco depende de nuestra voluntad y pensar lo contrario es engañarse. Que perezcamos en esta empresa o sobrevivamos a ella no contará demasiado en la disposición general de las cosas.

—Creo que tienes el ánimo sombrío, amigo mío —comentó el Halcón de la Luna.

La niebla serpenteaba entre las vergas del mástil, se retorcía en el aparejo e invadía la cubierta, enroscándose en torno a los otros tres hombres cuando Elric contempló a éstos.

—Más bien tengo el ánimo realista —replicó Corum.

La niebla se hizo más densa en la cubierta, envolviendo a cada uno de los hombres como un sudario. Las tablas de la nave crujieron con un sonido que a Elric le recordó el graznido de un cuervo. Ahora, la temperatura había descendido. Se dirigieron en silencio a sus cabinas para repasar los corchetes y hebillas de sus armaduras, limpiar y afilar sus armas y simular que conciliaban el sueño.

—¡Ah!, no me gusta en absoluto la hechicería —exclamó Brut de Lashmar mientras se mesaba su barba de oro—, pues los hechizos me trajeron la ignominia.

Elric acababa de contarle todo cuanto les había explicado el Capitán y le había pedido a Brut que fuera uno de los cuatro que combatieran con él después del desembarco.

—Aquí todo es cosa de magia —intervino Otto Blendker al escucharle. Luego, con una triste sonrisa, tendió su mano a Elric y añadió—: Combatiré a tu lado, Elric.

Otro guerrero, con su armadura verde mar reluciendo ligeramente a la luz del candil, se levantó al tiempo que mostraba su rostro echando hacia atrás la visera del yelmo. Era un rostro casi tan blanco como el de Elric, aunque sus ojos eran profundos y casi negros.

—Yo también —declaró Hown, el Encantador de Serpientes—, aunque me temo que no seré de mucha utilidad en tierra firme.

El último en levantarse ante la inquisitiva mirada de Elric fue un guerrero que apenas había intervenido en anteriores conversaciones. Su voz era ronca y vacilante. Llevaba un casco de acero sin adornos y bajo éste asomaba su larga cabellera pelirroja, peinada en trenzas. En el extremo de cada una de éstas llevaba un huesecillo que producía una especie de cascabeleo al golpear las hombreras de la armadura cuando se movía. Era Ashnar el Lince, un guerrero cuya mirada rara vez era menos que fiera.

—Yo no poseo la elocuencia ni la alta cuna de cualquiera de vosotros, caballeros —dijo Ashnar—, ni estoy familiarizado con la hechicerí a ni con esas otras cosas de que habláis, pero soy un buen soldado y mi alegría está en el combate. Acataré tus ordenes, Elric, si me quieres contigo.

—De buena gana —asintió Elric.

—Así pues, parece que no hay disputas —dijo Erekosë a los otros cuatro que habían elegido ir con él—. Todo esto está decidido previamente, sin duda. Nuestros destinos han estado vinculados desde el primer momento.

—Esta filosofía puede conducir a un fatalismo nada conveniente —intervino Terndrik de Hasghan—. Será mejor creer que nuestro destino está en nuestras propias manos, aunque las evidencias lo nieguen.

—Piensa lo que gustes —dijo Erekosë—. Yo he tenido muchas vidas, aunque de todas, salvo una, tengo recuerdos muy vagos. —Se encogió de hombros y añadió—: Sin embargo, supongo que me engaño a mí mismo creyendo que actúo para alcanzar el día en que encuentre esa Tanelorn y pueda quizá reunirme con el que busco. Esta ambición es lo que me da energía, Terndrik.

Elric sonrió y declaró:

—Yo lucho, creo, porque me complace la camaradería del combate. En el fondo, es un estado de ánimo melancólico, ¿no os parece?

—En efecto —murmuró Erekosë con la vista fija en el suelo—. Bien, ahora debemos intentar descansar.

# 4

La silueta de la costa era confusa. Avanzaron chapoteando por las aguas transparentes, entre la niebla blanca, blandiendo las espadas por encima de las cabezas. Las espadas eran sus únicas armas. Cada uno de los Cuatro poseía una hoja de tamaño y forma inusual, pero ninguno tenía una espada que en ocasiones murmurara en voz baja como la Tormentosa de Elric. Éste volvió la vista atrás y distinguió al Capitán apoyado en la borda, con su rostro ciego vuelto hacia la isla y sus labios pálidos temblando como si hablara consigo mismo. El agua les llegaba ahora por la cintura y, bajo los pies de Elric, la arena se hizo compacta hasta convertirse en una roca lisa. Continuó avanzando con cautela, preparado para lanzar su ataque contra los posibles defensores de la isla. Sin embargo, la niebla empezaba a dispersarse, como si no pudiera sujetarse a la tierra, y no se observaba la menor señal de oposición.

Sujeta al cinto, cada hombre llevaba una antorcha con el extremo superior envuelto en un paño empapado en aceite para que la tea no estuviera húmeda en el momento de prenderla. De igual modo, cada uno iba equipado con un puñado de yesca de combustión lenta y sin llama, guardada dentro de una pequeña caja y ésta en el morral sujeto al cinto. De este modo, podrían prender fuego a las antorchas al instante.

—Únicamente el fuego destruirá a este enemigo para siempre —había repetido el Capitán mientras les entregaba las antorchas y las cajas con la yesca.

Cuando la niebla se levantó, dejó a la vista un paisaje de densas sombras que se extendían sobre unas rocas rojizas y una vegetación amarillenta. Eran sombras de todas las formas y dimensiones, que recordaban todo tipo de objetos. Parecían formadas por el enorme sol de color sangre que permanecía en un mediodía perpetuo sobre la isla. Sin embargo, la sensación más perturbadora que producían tales sombras era que no parecían responder a ningún objeto real, como si la materia cuya silueta recogían fuera invisible o existiera en otro lugar distinto a la isla. También el cielo parecía lleno de tales sombras pero, mientras que las de la isla estaban quietas, las del cielo se movían a veces, quizá desplazándose con las nubes. Y, en todo momento, el sol rojo derramaba su luz ensangrentada y bañaba a los veinte hombres con su inoportuno fulgor al tocar la tierra.

Y, en ocasiones, mientras el grupo progresaba tierra adentro con cautela, una curiosa luz parpadeante cruzaba la isla en ocasiones haciendo que los perfiles del lugar se hicieran imprecisos durante algunos segundos antes de recuperar su definición. Elric dudó de sus ojos y no dijo nada al respecto hasta que Hown, el Encantador de Serpientes, quien tenía dificultades para ejercitar sus piernas terrestres, comentó:

—Es cierto que rara vez he estado en tierra firme, pero creo que la calidad de la que ahora pisamos es más extraña que cualquier otra que haya conocido. Emite un tenue resplandor y se distorsiona.

Varias voces confirmaron sus palabras.

—¿Y de dónde salen todas esas sombras? —preguntó Ashnar el Lince mientras echaba un vistazo a su alrededor sin ocultar su temor supersticioso ni avergonzarse de ello—. ¿Por qué no podemos ver los objetos que las forman?

—Puede —respondió Corum— que sean las sombras formadas por objetos que existen en otras dimensiones de la Tierra. Si todas las dimensiones se juntan aquí, según parecen sugerir las palabras del Capitán, ésta podría ser una explicación coherente. —Se llevó la mano de plata al parche del ojo y añadió—: No sería éste el ejemplo más extraño de tal conjunción que yo hubiese presenciado.

—¿Coherente? —soltó Otto Blendker—. ¡Que nadie me ofrezca, entonces, una explicación incoherente, os lo ruego!

Tras esto, continuaron avanzando entre las sombras y bajo la extraña luz hasta que llegaron a las primeras ruinas.

Aquellas piedras, se dijo Elric, tenían algo en común con los restos de la ciudad de Ameeron que había visitado en su búsqueda de la Espada Negra. Sin embargo, éstas eran más vastas, semejantes a una serie de ciudades menores, cada una de ellas realizada en un estilo arquitectónico radicalmente distinto.

—Quizás esto sea Tanelorn —murmuró Corum, que había visitado el lugar—. O, más bien, todas las versiones de Tanelorn que han existido. Pues Tanelorn existe con muchas formas, cada una de las cuales depende de los deseos de aquel que más desea encontrarla.

—Esta no es la Tanelorn que yo esperaba encontrar —comentó el Halcón de la Luna con amargura.

—Ni yo —añadió Erekosë, desolado.

—Quizá no es Tanelorn —dijo Elric—. Quizá no lo es.

—O acaso es un cementerio —añadió Corum con aire distante, entrecerrando su único ojo—. Un cementerio que contiene las versiones olvidadas de esa extraña ciudad.

Empezaron a salvar las ruinas, avanzando hacia el centro del lugar acompañados del estruendo de sus armas. Al contemplar la expresión circunspecta en el rostro de muchos de sus compañeros, Elric comprendió que éstos, como él, se preguntaban si no estarían viviendo un sueño. ¿Qué otra razón podría haberles impulsado a encontrarse en aquella extraña situación, en la cual ponían en riesgo sus vidas, y quizá sus almas, en una empresa con la cual ninguno de ellos se identificaba?

Erekosë se aproximó a Elric mientras avanzaban.

—¿Has advertido que, ahora, las sombras representan algo?

—En efecto —asintió Elric—. Las ruinas permiten hacerse una idea del aspecto que debían tener los edificios cuando estaban enteros. Esas sombras misteriosas corresponden a los edificios... a los edificios originales, antes de que se convirtieran en ruinas.

—Exacto —asintió Erekosë.

Un escalofrío recorrió a la vez a los dos hombres.

Por fin, el grupo de guerreros se acercó a lo que parecía el centro de las ruinas, donde se alzaba un edificio que no estaba derruido. Situado en mitad de una explanada despejada, estaba lleno de curvas y planchas metálicas y de relucientes tubos y cañerías.

—Parece más una máquina que un edificio —comentó el Halcón de la Luna.

—Y más un instrumento musical que una máquina —musitó Corum.

El grupo hizo un alto y cada escuadra de cuatro hombres se reunió en torno a su líder. Nadie hizo la menor pregunta, pero no había duda alguna de que habían alcanzado su objetivo.

Cuando contempló con más detenimiento el edificio, Elric apreció que, en realidad, se trataba de dos edificios distintos, aunque absolutamente idénticos, unidos entre sí en varios puntos mediante diversos tendidos de cañerías y conductos que quizá fueran pasillos de conexión entre los edificios, aunque resultaba difícil imaginar qué tipo de criatura podía utilizarlos.

—Dos edificios... —murmuró Erekosë—. Para esto no estábamos preparados. ¿Qué debemos hacer, dividirnos y atacar ambos?

Por puro instinto, Elric consideró que tal acción sería una imprudencia y movió la cabeza en gesto de negativa.

—Me parece que debemos entrar todos en uno de ellos pues, de lo contrario, nuestra fuerza se verá debilitada.

—Estoy de acuerdo —asintió el Halcón, a quien pronto imitaron los demás.

Así pues, sin protección alguna tras la cual refugiarse, el grupo avanzó atrevidamente hacia el edificio más próximo, dirigiéndose a un punto donde podía apreciarse una oscura entrada de proporciones irregulares. Seguía sin observarse el menor rastro de defensores y ello representaba una señal de mal agüero. El edificio latía, despedía un fulgor mortecino y, de vez en cuando, susurraba, pero eso era todo.

Elric y su escuadra fueron los primeros en entrar y se encontraron en un pasaje húmedo y cálido que doblaba hacia la derecha casi inmediatamente. Los demás guerreros les siguieron hasta reunirse todos en el pasaje, con la mirada cautelosamente fija en la negrura del pasadizo en previsión de un ataque. Sin embargo, éste no se produjo.

Los guerreros, con Elric a la cabeza, continuaron avanzando unos instantes hasta que el pasadizo se puso a temblar violentamente; Hown, el Encantador de Serpientes, tropezó y cayó al suelo lanzando maldiciones. Cuando el hombre de la armadura verde mar logró incorporarse, se escuchó en el pasadizo una voz que parecía llegar de muy lejos y que, sin embargo, se apreciaba enérgica e irritada.

«¿Quién? ¿Quién? ¿Quién?», chilló la voz.

«¿Quién? ¿Quién? ¿Quién me invade?»

Las sacudidas del pasadizo remitieron ligeramente y se convirtieron en un movimiento de temblores constantes. La voz pasó a ser un murmullo distante y dubitativo.

«¿Qué me ataca? ¿Qué?»

Los veinte hombres se miraron, desconcertados. Finalmente, Elric se encogió de hombros y, encabezando la marcha, condujo a sus compañeros por el pasadizo. Muy pronto, éste se ensanchó para dar paso a una sala cuyos muros, techos y suelos estaban empapados en un líquido viscoso y cuyo aire resultaba difícil de respirar. Fue entonces cuando, como surgidos de los propios muros de la estancia, aparecieron los primeros defensores del edificio, unas bestias repulsivas que debían de ser los sirvientes de Agak y Gagak, la misteriosa pareja de hermanos.

«¡Atacad! —gritó la voz lejana—. ¡Destruid eso! ¡Destruidlo!» Las extrañas bestias, formadas básicamente por una gran boca abierta y un cuerpo reptante, eran seres primitivos; sin embargo, su número aumentaba incesantemente mientras cerraban el cerco en torno a los veinte guerreros, quienes se apresuraron a

formar las cuatro escuadras de combate y se aprestaron a defenderse. Las extrañas criaturas emitían un espantoso sonido susurrante al avanzar y hacían rechinar la osamenta en forma de sierra que les servía de dentadura, dejándola al descubierto y disponiéndose a lanzar sus dentelladas sobre Elric y sus compañeros. Elric descargó su espada a un lado y a otro, partiendo por la mitad a varios de aquellos seres sin apenas encontrar resistencia. Sin embargo, el aire se hizo entonces más difícil de respirar y un hedor insoportable, procedente del líquido que brotaba de los cuerpos heridos de las bestias, amenazó con dejarles a todos fuera de combate.

—Continuad avanzando —ordenó Elric—. Abríos paso entre los cuerpos y dirigíos hacia la abertura del otro lado de la sala —añadió, señalando con la mano izquierda el lugar indicado.

Así lo hicieron, segando los cuerpos de centenares de aquellas primitivas criaturas y aumentando con ello la nocividad del aire.

—Esas bestias no son adversario para la espada —jadeó Hown, el Encantador de Serpientes—, pero cada una que matamos nos roba un poco de nuestras posibilidades de supervivencia.

—Un plan muy astuto; obra de nuestros enemigos, sin duda —respondió Elric, consciente de la ironía.

Soltó una tos y descargó de nuevo la espada contra una decena de bestias que reptaban hacia él. Las criaturas eran valientes, pero también estúpidas. Carecían del menor sentido de la estrategia.

Por fin, Elric alcanzó el siguiente pasadizo, donde el aire era ligeramente más puro. Efectuó varias inspiraciones en aquella atmósfera más respirable y, aliviado, gesticuló a sus compañeros para que le imitaran.

A golpes de espada, el grupo fue adentrándose en el pasaje, seguido apenas por un puñado de las criaturas reptantes. Las bestias parecían reacias a penetrar en el pasadizo y Elric sospechó que dentro de éste decía de ocultarse un peligro que incluso aquellos seres repulsivos temían. Sin embargo, no les quedaba más opción que continuar adelante y Elric se limitó a alegrarse de que los veinte hubieran sobrevivido a la primera dificultad.

Los guerreros descansaron un momento para recuperar el aliento, apoyados en las paredes vibrantes del pasadizo y escuchando los murmullos de la lejana voz, ahora apagados e ininteligibles.

—Este castillo no me gusta nada —gruñó Brut de Lashmar mientras inspeccionaba un desgarro de su capa, alcanzada por un mordisco—. Está regido por la alta magia.

—Ya conocíamos tal cosa antes de desembarcar —le recordó Ashnar el Lince con voz enérgica, exigiendo a Brut que controlara su pánico.

Los huesecillos de las trenzas de Ashnar vibraban al compás de los temblores de las paredes mientras que el gigante bárbaro ofrecía un aspecto casi patético, recuperando la presencia de ánimo necesaria para continuar.

—Esos brujos son unos cobardes —dijo Otto Blendker. Luego, en voz más alta, añadió—: No se atreven a presentarse. ¿Acaso su aspecto es tan repulsivo que tienen miedo a que les veamos?

El desafío no tuvo respuesta. Continuaron avanzando por los pasadizos sin encontrar el menor rastro de Agak o de su hermana, Gagak. Según la zona que cruzaban, la luminosidad aumentaba o disminuía. A veces, el pasadizo se estrechaba hasta el punto de que era difícil escurrir el cuerpo entre las paredes; en otras ocasiones, el pasaje se ensanchaba hasta casi formar salas. Elric apreció que, la mayor parte del tiempo, los guerreros parecían ir ascendiendo hacia lo alto del edificio.

Intentó adivinar la naturaleza de los habitantes del castillo. La fortaleza no tenía escaleras, ni artefactos que pudiera reconocer. Sin ninguna razón concreta en que basarse, imaginó a Agak y Gagak como seres de forma reptiliana, pues los reptiles preferirían las rampas de subida no muy acusada a las escalinatas y, sin duda, tendrían poca necesidad de mobiliario convencional. Sin embargo, una vez más, era posible que los dos hermanos tuvieran el poder de cambiar de forma a voluntad, asumiendo el aspecto humano cuando así les conviniera. Elric se sentía ya impaciente por encontrarse frente a frente con uno de los brujos o con ambos a la vez.

Ashnar el Lince tenía otras razones —o eso dijo, al menos— para la impaciencia que le consumía.

—Decían que aquí encontraríamos un tesoro —murmuró—. Yo decidí arriesgar la vida por una buena recompensa, pero no he visto aquí nada de valor. —Apoyó su mano callosa contra el material viscoso que formaba las paredes y añadió—: Ni siquiera hay piedra o ladrillo. ¿De qué están hechos esos muros, Elric?

—Es algo que a mí también me intriga, Ashnar —respondió Elric, sacudiendo la cabeza en gesto de negativa.

En ese instante, apreció unos ojos grandes y feroces que le miraban desde las tinieblas que tenía delante. Escuchó un sonido de pisadas aproximándose a toda prisa y vio que los ojos se hacían más y más grandes. Tuvo tiempo de ver una boca encarnada, unos colmillos amarillentos y una pelambre anaranjada; luego, sonó un rugido y el desconocido animal saltó sobre él mientras Elric alzaba la Tormentosa para defenderse y daba la voz de alerta a los demás. La bestia era un babuino, pero de enorme tamaño, y detrás del primero apareció una decena de ejemplares más. Elric impulsó el cuerpo hacia adelante tras la espada, hiriendo a la fiera en el bajo vientre. Las zarpas del animal se agarraron al hombro y a la cintura

de Elric, quien lanzó un gemido al notar que, al menos en uno de los dos lugares, se le habían clavado en la carne. Tenía ambos brazos atrapados y no podía mover la Tormentosa de su posición. Lo único que podía hacer era mover su filo en la herida que ya había abierto. Reuniendo todas sus fuerzas, dio una vuelta a la empuñadura. El enorme simio lanzó un grito, con una expresión furiosa en sus ojos inyectados en sangre, y descubrió sus colmillos mientras lanzaba el hocico hacia el cuello de Elric. Los dientes del animal se cerraron en torno al cuello del albino y el aliento de la fiera estuvo a punto de dejarle sin sentido. Elric dio una nueva vuelta a la espada. El babuino lanzó un nuevo grito de dolor.

Los colmillos presionaban la gorguera metálica que protegía el cuello de Elric y que era lo único que le había salvado de una muerte inmediata. El albino trató de liberar un brazo al menos, y dio una tercera vuelta a la espada en la herida, moviendo luego el filo de un lado a otro para ensanchar la herida del vientre. Los gritos y aullidos del simio crecieron en intensidad y sus colmillos apretaron la presa, pero ahora, confundido entre los ruidos del simio, Elric empezó a escuchar un murmullo y notó latir en su mano a Tormentosa. Sabía que la espada estaba absorbiendo energía del animal igual que éste trataba de matarle. Y una parte de esa energía empezaba a invadir el cuerpo de Elric.

Desesperadamente, aplicó todas sus fuerzas a sacar la espada del cuerpo del simio, abriéndole el vientre de modo que la sangre y las entrañas del animal cayeron sobre él cuando, de pronto, consiguió liberarse y dio un paso atrás tambaleándose y sin dejar de mover la espada en el interior de la herida. También el simio retrocedió tambaleándose, contemplando con aire de estúpida sorpresa su terrible herida antes de caer al suelo del pasadizo.

Elric se volvió, dispuesto a prestar ayuda a su camarada más próximo, y tuvo tiempo de ver morir a Terndrik de Hasghan, pataleando entre los brazos de un simio todavía más gigantesco, con la cabeza arrancada de los hombros y bañado en sangre.

Elric hundió limpiamente la Tormentosa entre los hombros del babuino que había matado a Terndrik, alcanzándole en el corazón. La bestia y su víctima humana cayeron juntas. Dos hombres más habían muerto y otros estaban malheridos, pero los restantes guerreros seguían luchando, con las espadas y las armaduras teñidas de carmesí. El estrecho pasadizo hedía a simio, a sudor y a sangre. Elric continuó la lucha partiendo en dos el cráneo de un babuino que se disponía a acabar con Hown, el Encantador de Serpientes, quien había perdido su espada. Hown lanzó una mirada de agradecimiento a Elric mientras se agachaba a recoger su acero y se enfrentaron juntos al mayor de todos los simios. La fiera era mucho más corpulenta que Elric y tenía acorralado contra la pared a Erekosë, con la espada de éste atravesándole el hombro.

Hown y Elric hundieron sus armas en el simio por ambos costados y el babuino lanzó un rugido y se volvió hacia sus nuevos agresores. La espada de Erekosë vibraba, clavada en su carne. El animal se lanzó hacia ellos y los dos hombres le hirieron de nuevo, alcanzándole en el corazón y el pulmón de tal modo que, cuando lanzó un nuevo rugido, vomitó sangre por sus fauces. El animal cayó de rodillas, sus ojos se apagaron y, lentamente, rodó hasta el suelo.

Y, de pronto, se hizo el silencio en el pasadizo y la muerte flotó sobre los presentes.

Terndrik de Hasghan estaba muerto, igual que dos hombres de la escuadra de Corum. Todos los supervivientes del grupo de Erekosë sufrían heridas importantes. Uno de los hombres del Halcón de la Luna estaba muerto, pero los tres restantes habían salido prácticamente incólumes. Brut de Lashmar tenía el casco mellado, pero no presentaba otras heridas, y Ashnar el Lince estaba despeinado, simplemente. Ashnar había acabado con dos de los babuinos durante el combate pero ahora, mientras jadeaba apoyado en la pared del pasadizo, el bárbaro tenía la mirada perdida.

—Empiezo a sospechar que esta empresa es una mala inversión —dijo con una media sonrisa. Tras recuperar fuerzas, pasó sobre el cuerpo de un babuino para acercarse a Elric—. Cuanto menos tiempo empleemos en ella, mejor. ¿Qué piensas tú, Elric?

—Estoy de acuerdo —respondió Elric, devolviéndole la sonrisa—. Vamos.

Tras esto, abrió de nuevo la marcha por el pasadizo hasta llegar a una sala cuyas paredes despedían una luz rosada. No había avanzado mucho por ella cuando notó que algo le asía por el tobillo y, cuando miró al suelo, vio horrorizado que tenía una serpiente larga y delgada enroscada a la pierna. Era demasiado tarde para utilizar la espada; en lugar de ello, agarró la serpiente por detrás de la cabeza y logró separarla un poco de su pierna antes de cortarle la cabeza de un tajo. Los demás estaban ahora dando pisotones y lanzándose advertencias a gritos unos a otros. Las serpientes no parecían ser venenosas, pero las había a millares y parecían surgir del propio suelo. Carecían de ojos y tenían un color carnoso, más parecidas a gusanos que a otros reptiles, pero poseían una fuerza considerable.

Hown, el Encantador de Serpientes, entonó en ese instante una extraña tonada llena de notas líquidas, siseantes, que pareció ejercer un poder tranquilizador sobre los ofidios. Una a una al principio, y en número creciente más tarde, cayeron al suelo en un aparente letargo. Hown sonrió al advertir su éxito.

—Ahora entiendo a qué viene tu apodo —comentó Elric.

—No estaba seguro de que la canción diera resultado con ellas —respondió Hown—, pues son

distintas de cualquier serpiente que haya visto nunca en los mares de mi mundo.

Se abrieron paso entre montones de serpientes dormidas y advirtieron que el siguiente pasadizo presentaba una subida muy pronunciada. En ocasiones, se vieron obligados a utilizar las manos para equilibrarse mientras subían por el extraño y resbaladizo material que formaba el suelo.

En aquel pasadizo hacía mucho más calor y todos estaban sudando, por lo que efectuaron varias pausas para secarse la frente. El pasadizo parecía ascender interminablemente; en ocasiones formaba alguna curva, pero en ningún momento se reducía la pendiente más que algunos grados. A veces, se estrechaba hasta convertirse en apenas un tubo por el que tenían que avanzar a rastras; otras el techo desaparecía entre las tinieblas sobre sus cabezas. Elric ya hacía mucho que había dejado de intentar calcular su posición respecto a lo que había visto en el exterior del castillo. De vez en cuando, unas criaturas minúsculas e informes corrían a su encuentro en masa, con la aparente intención de atacarles; sin embargo, los animalillos rara vez eran más que una pequeña molestia y pronto su presencia fue ignorada por el grupo mientras continuaba el ascenso.

Llevaban bastante tiempo sin escuchar la extraña voz que les había recibido a la entrada, pero ahora empezó a susurrar de nuevo, en tonos más urgentes que la vez anterior.

«¿Dónde? ¿Dónde? ¡Oh, el dolor!»

Los guerreros se detuvieron, tratando de localizar el origen de la voz; sin embargo, parecía provenir de todas partes a la vez.

Con expresión sombría, continuaron avanzando mortificados por miles de pequeñas criaturas que les picaban en la carne expuesta al aire como otros tantos mosquitos, aunque aquellos bichos no eran insectos. Elric no había visto nada semejante: eran criaturas informes, primitivas y absolutamente incoloras. Las notaba golpear su rostro al caminar, como si fueran una brisa. Medio cegado, sofocado y sudoroso, notó que las fuerzas le abandonaban. Ahora, el aire era tan denso, tan cálido, tan salado, que era como si se moviera en un líquido. Los demás guerreros estaban tan afectados como él; algunos avanzaban tambaleándose y un par de ellos cayeron al suelo, siendo ayudados a incorporarse por sus camaradas, casi tan exhaustos como los caídos. Elric se sintió tentado de despojarse de la armadura, pero sabía que con ello sólo conseguiría dejar más superficie de su cuerpo expuesta a la voracidad de aquellas pequeñas criaturas voladoras.

Continuaron la subida y un nuevo grupo de aquellas extrañas serpientes que habían encontrado antes empezó a reptar en torno a sus pies, dificultándoles más aún la marcha, pese a que Hown volvió a cantar su tonada hasta enronquecer.

—No podremos sobrevivir mucho más a esto —dijo Ashnar el Lince, acercándose a Elric—. Ni estaremos en condiciones de enfrentarnos a los brujos si llegamos a encontrarles.

—Eso mismo pienso yo —asintió Elric con un sombrío gesto de cabeza—, pero ¿qué más podemos hacer, Ashnar?

—Nada —respondió Ashnar en un susurro—. Nada.

«¿Dónde? ¿Dónde? ¿Dónde?»

La palabra se repitió en un susurro por el pasadizo, envolviéndoles. Muchos miembros del grupo se estaban poniendo visiblemente nerviosos.

# 5

Habían alcanzado el extremo superior del pasadizo. La voz quejumbrosa se oía ahora mucho mas, pero sonaba más temblorosa. Vieron una arcada y, tras ésta, una cámara iluminada.

—Los aposentos de Agak, sin duda —dijo Ashnar, asiendo con firmeza la empuñadura de la espada.

—Es posible —respondió Elric.

Se sentía separado de su cuerpo. Quizás era el calor y el agotamiento, o acaso su creciente sensación de inquietud, pero algo le hizo refugiarse en sí mismo y titubear antes de penetrar en la cámara.

Era una estancia octogonal y cada uno de sus ocho lados inclinados tenía un color distinto y cambiaba constantemente de color. A veces, las paredes se volvían semitransparentes y dejaban ver una panorámica completa de la ciudad (o conjunto de ciudades) en ruinas, bajo su posición, y una vista del edificio gemelo al que ahora estaban, todavía conectado a éste por tubos y cables.

Fue el gran pozo situado en el centro de la cámara lo que más atrajo su atención. Parecía profundo y estaba lleno de una sustancia viscosa de olor fétido que burbujeaba. En ella tomaban forma extraños dibujos. Grotescos y extraños, hermosos y familiares, los dibujos siempre parecían a punto de cobrar forma permanente antes de volver a caer en la masa del pozo. Y la voz era allí aún más potente, y ya no había duda de que venía del pozo.

«¿QUÉ? ¿QUÉ? ¿QUIÉN INVADE?»

Elric se obligó a acercarse más al pozo y por un instante, vio su rostro contemplándole antes de fundirse de nuevo en la masa.

«¿QUIÉN INVADE? ¡AH! ¡ESTOY DEMASIADO DÉBIL!»

Elric habló en dirección al pozo.

—Somos los que has querido destruir —dijo—. Somos aquellos de los cuales querías alimentarte.

«¡AH! ¡AGAK! ¡AGAK! ¡ESTOY ENFERMA! ¿DÓNDE ESTÁS?»

Ashnar y Brut se reunieron con Elric. Los rostros de los guerreros reflejaban asco.

—Agak... —gruñó Ashnar el Lince, entrecerrando los ojos—. ¡Por fin, una señal de que el brujo está aquí!

Todos los demás habían penetrado en la estancia y permanecían lo más alejados posible del pozo, pero todos tenían la mirada fija en éste, fascinados por la diversidad de formas que se dibujaban y se desintegraban en el líquido viscoso.

«ESTOY DÉBIL... ES PRECISO QUE VUELVA A LLENAR MIS RESERVAS DE ENERGÍA... DEBEMOS EMPEZAR AHORA, AGAK... HEMOS TARDADO MUCHO EN LLEGAR A ESTE LUGAR. CREÍ QUE PODRÍA DESCANSAR, PERO AQUÍ HAY UNA ENFERMEDAD QUE LLENA MI CUERPO. AGAK, DESPIERTA. ¡DESPIERTA!»

—¿Algunos sirvientes de Agak, encargados de la defensa de esta cámara? —sugirió el Encantador de Serpientes en un murmullo.

Elric, en cambio, continuó contemplando el pozo mientras creía empezar a entender la verdad.

—¿Despertará Agak? —dijo Brut—. ¿Vendrá? —añadió, mirando a su alrededor con nerviosismo.

—¡Agak! —gritó Ashnar el Lince—. ¡Cobarde!

—¡Agak! —gritaron muchos otros guerreros, blandiendo las espadas.

Elric, en cambio, no dijo nada y advirtió que también el Halcón de la Luna, como el príncipe Corum y Erekosë, permanecían en silencio. Consideró que debían estar llegando a las mismas conclusiones que él y les observó. Vio en los ojos de Erekosë un gran dolor, una profunda pena por sí mismo y por sus camaradas.

—Somos los Cuatro que son Uno —declaró Erekosë, con un temblor en la voz.

Elric se sintió presa de un impulso extraño, que le desagradaba y le aterrorizaba.

—¡No...! —exclamó.

Intentó envainar la Tormentosa, pero el acero no quiso entrar en su funda.

«¡AGAK! ¡DE PRISA!», dijo la voz desde el pozo.

—Si no lo hacemos —añadió Erekosë—, devorarán todo nuestro mundo. No quedará nada.

Elric se llevó la mano libre a la frente. Vaciló al borde de aquella espantosa sima y lanzó un gemido.

—Entonces, debemos seguir —se oyó la voz de Corum, como un eco.

—¡Yo, no! —insistió Elric—. ¡Yo soy yo mismo!

—¡Y yo! —exclamó el Halcón de la Luna. Sin embargo, Corum Jhaelen Irsei sentenció:

—Es nuestro único recurso, por el ser único que somos. ¿No lo entendéis? Somos las únicas criaturas de nuestros mundos que poseen los medios para acabar con los brujos... ¡De la única manera en que se les puede matar!

Elric contempló a Corum, al Halcón, a Erekosë, y de nuevo vio algo de sí mismo en cada uno de ellos.

—Somos los Cuatro que son Uno —repitió Erekosë—. Nuestra fuerza, unidos, es mayor que la suma de nuestros brazos. Debemos unirnos, hermanos. Debemos vencer aquí si aspiramos a triunfar sobre Agak.

—¡No...!

Elric se echó hacia atrás pero, sin saber cómo, se encontró en una esquina del pozo burbujeante y malsano desde cuyo interior seguía murmurando y quejándose la voz y en cuya superficie aún seguían formándose, modificándose y desvaneciéndose las imágenes. Y en cada una de las tres esquinas restantes estaba uno de sus compañeros. Todos tenían una expresión seria, fatalista.

Los guerreros que habían acompañado a los Cuatro se retiraron contra las paredes. Otto Blendker y Brut de Lashmar permanecieron junto a la entrada, pendientes de cualquier cosa que pudiera subir a la cámara por el pasadizo. Ashnar el Lince acarició la antorcha que aún llevaba al cinto, con una expresión de absoluto horror en sus arrugadas facciones.

Elric notó que su brazo empezaba a levantarse, impulsado por su espada, y vio que sus otros tres compañeros alzaban también las suyas. Las espadas se extendieron sobre el pozo hasta que sus puntas se encontraron en el mismo centro.

Elric lanzó un aullido al tiempo que algo penetraba en su cuerpo. Intentó de nuevo liberarse, pero el poder era demasiado fuerte. Otras voces hablaron en su cabeza.

—*Lo entiendo...* —Era el murmullo distante de Corum—. *Es el único medio.*

—*¡Oh, no, no...!* —Y éste era el Halcón, pero las palabras surgieron de los labios de Elric.

«¡AGAK!», gritó la voz del pozo. La materia de éste parecía más agitada, más alarmada. «¡AGAK, DESPIERTA! ¡DE PRISA!»

El cuerpo de Elric empezó a estremecerse pero su mano continuó asiendo con firmeza la espada. Los átomos de su cuerpo se dispersaron y volvieron a unirse en una única entidad fluida que viajó por la hoja de la espada hasta su vértice. Y Elric continuó siendo Elric, gritando ante el terror de la experiencia, suspirando con su éxtasis.

Elric continuó siendo Elric cuando se apartó del pozo y se contempló durante un breve instante, completamente unido a sus otros tres yoes.

Un ser flotaba sobre el pozo. A cada costado de su cabeza había un rostro y cada rostro pertenecía a uno de sus compañeros. Serenos y terribles, los ojos no parpadeaban. Tenía ocho brazos y éstos estaban quietos; permanecía en cuclillas encima del pozo sobre ocho piernas y su armadura y pertrechos eran de todos los colores mezclados y, al mismo tiempo, separados.

El ser portaba una única espada enorme con las ocho manos y tanto él como la espada brillaban con una espectral luminosidad dorada.

Tras ese breve instante de contemplación, Elric se reunió de nuevo con su cuerpo y se convirtió en una entidad distinta: él mismo y los otros tres y algo más que era la suma de esa unión.

Los Cuatro que eran Uno inclinaron la espada formidable hasta que la punta quedó situada directamente hacia abajo, sobre la materia del pozo, que hervía frenéticamente. Aquella sustancia temía a la espada.

Como en un maullido, la voz insistió:

«Agak, Agak...»

El ser del que formaba parte Elric reunió su gran poder y empezó a hundir la espada.

Olas sin forma aparecieron en la superficie del pozo. Todo su color cambió de un amarillo enfermizo a un verde nauseabundo.

«Agak, me muero...»

La espada continuó su descenso, inexorable, hasta tocar la superficie.

El pozo se agitó arriba y abajo, trató de rebosar por los lados al suelo. La espada penetró más y los Cuatro que eran Uno percibieron una nueva energía fluyendo por el arma. Se escuchó un gemido y el pozo fue quedando inmóvil lentamente. Lo cubrió el silencio. Quedó quieto y gris.

Entonces, los Cuatro que eran Uno descendieron al pozo para ser absorbidos.

El nuevo ser pudo ver ahora con claridad. Comprobó su cuerpo y apreció que controlaba cada extremidad y cada función. El ser había triunfado, había revitalizado el pozo. Con su ojo único octogonal, miró en todas direcciones al mismo tiempo, contemplando las extensas ruinas de la ciudad. Finalmente, centró toda su atención en su gemelo. Agak había despertado demasiado tarde, pero lo estaba haciendo al fin, alarmado por los gritos de agonía de su hermana, Gagak, cuyo cuerpo habían invadido

primero los mortales y cuya inteligencia habían derrotado, cuyo único ojo utilizaban ahora y cuyos poderes muy pronto se atreverían a emplear.

Agak no necesitó volver la cabeza para contemplar al ser que todavía consideraba su hermana. Igual que ésta, la inteligencia de Agak estaba contenida dentro de su enorme ojo octogonal.

«¿Me has llamado, hermana?»

«Sólo he pronunciado tu nombre, hermano. Eso es todo.»

En la nueva forma adoptada por los Cuatro que eran Uno había suficientes vestigios de la fuerza vital de Gagak para poder imitar su manera de hablar.

«¿Has gritado?»

«Sólo era un sueño».

El ser que formaban los Cuatro, el Uno, respondió a la pregunta y continuó hablando.

«Una enfermedad. Soñaba que en esta isla había algo que me hacía sentir incómoda.»

«¿Es posible tal cosa? No sabemos lo suficiente respecto a estas dimensiones o a las criaturas que las habitan, pero no existe nadie más poderoso que Agak y Gagak. No tengas miedo, hermana»

«No es nada. Ahora, ya estoy despierta.»

«Hablas de manera muy extraña», murmuró Agak, confuso.

«Es el sueño...», respondió el ser que había penetrado en el cuerpo de Gagak y lo había destruido.

«Debemos empezar pronto —dijo Agak—. Las dimensiones giran y ha llegado la hora. ¡Ah! Siéntela. Está esperando a que la cojamos. ¡Qué abundancia de energía! ¡Con qué fuerza nos lanzaremos a la conquista cuando regresemos a nuestro universo!»

«La siento», respondió el Uno que eran Cuatro, y así era.

El ser pudo notar cómo todo su universo, dimensión tras dimensión, daba vueltas en torno a él. Percibió las estrellas, planetas y lunas que existían plano tras plano, todas ellas rebosantes de la energía que Agak y Gagak habían proyectado robar y absorber. Con todo, el Uno que eran los Cuatro aún tenía dentro de sí la suficiente fuerza vital de Gagak como para experimentar un ansia profunda y expectante que pronto se vería satisfecha, ahora que las dimensiones se encontraban en la adecuada conjunción.

El Uno que eran Cuatro estuvo tentado de unirse a Agak y devorar la energía que tenía ante sí, aunque sabía que, de hacerlo, estaría robando hasta la última brizna de energía a su propio universo. Las estrellas se apagarían y los mundos morirían. Incluso los Señores de la Ley y del Caos perecerían, pues formaban parte del mismo universo. Sin embargo, la posesión de tal poder quizá justificaba la comisión de un crimen tan horrible... El Uno dominó sus impulsos y se dispuso a atacar antes de que Agak adoptara excesivas precauciones.

«¿Empezamos el festín, hermana?»

El Uno que eran Cuatro se dio cuenta de que la nave les había conducido a la isla justo en el momento oportuno. De hecho, casi habían llegado demasiado tarde.

«¿Hermana?» —Agak parecía nuevamente desconcertado—. «¿Qué...?»

El Uno comprendió que debía desconectarse de Agak. Los tubos y cables se desprendieron del cuerpo de Agak y fueron recogidos en el interior de Gagak.

«¿Qué es esto?» El extraño cuerpo de Agak tembló por un instante. «¿Hermana?»

El Uno se preparó para el enfrentamiento. Pese a haber absorbido los recuerdos e instintos de Gagak, todavía no estaba seguro de poder atacar con éxito a Agak bajo la forma escogida por la hechicera y, dado que ésta había poseído el poder de cambiar de aspecto, el Uno que eran Cuatro empezó a cambiar también, entre gemidos estentóreos y terribles dolores, reuniendo todos los materiales que habían constituido el ser de la hechicera, de modo que lo que antes había tenido el aspecto de un edificio se convirtió ahora en un amasijo informe de carne. Y Agak, desconcertado, continuó mirando.

«¿Hermana? Tu razón...»

El edificio, la criatura que era Gagak, se agitó violentamente, se fundió e hizo erupción. Después, lanzó un grito de dolor.

Y consiguió su nueva forma.

Y soltó una carcajada.

Cuatro rostros soltaron la carcajada desde una cabeza gigantesca. Ocho brazos se agitaron en señal de triunfo y ocho piernas empezaron a moverse. Y, por encima de la cabeza, el ser blandió una única espada gigantesca.

Y el ser echó a correr.

Corrió hacia Agak mientras el hechicero de otro universo aún seguía en su forma estática. La espada del Uno daba vueltas en el aire y unas chispas de luz dorada se desprendían de él al avanzar, hendiendo el terreno en sombras. El Uno que eran Cuatro poseía el mismo tamaño que Agak y, en aquel momento, le igualaba en fuerza.

Pero Agak, al apreciar el peligro que corría, empezó a absorber. Este proceso ya no sería el ritual placentero que había pensado compartir con su hermana. Era preciso que absorbiera inmediatamente la

energía de aquel universo si deseaba encontrar la fuerza necesaria para defenderse, si quería conseguir lo que necesitaba para destruir a su atacante, al ser que había dado muerte a su hermana. Los mundos morían mientras Agak absorbía.

Pero no bastaba con ello. Agak intentó una artimaña:

«Éste es el centro de tu universo. Todas sus dimensiones se cruzan aquí. Ven; tú puedes compartir el poder conmigo. Mi hermana ha muerto y acepto su muerte. Ahora, tú serás mi aliado. ¡Con este poder, conquistaremos otro universo mucho más rico que éste!»

«¡No!», replicó el Uno, sin detener su avance.

«Muy bien, pero no dudes entonces de tu derrota».

El Uno que eran Cuatro descargó un golpe con su espada. Ésta cayó en el ojo octogonal en cuyo interior burbujeaba el pozo donde se hallaba la inteligencia de Agak, igual que había burbujeado el de su hermana. Sin embargo, Agak ya estaba más fuerte de lo que había estado su hermana y se curó la herida al instante.

Los zarcillos de Agak surgieron como tentáculos y se agitaron en dirección al Uno que eran Cuatro, pero éste segó sin inmutarse los zarcillos que pretendían alcanzar su cuerpo. Agak absorbió más energía. Su cuerpo, que el grupo de guerreros y demás mortales habían confundido con un edificio, empezó a brillar al rojo vivo y a despedir un calor insoportable.

La espada rugió y refulgió de modo que una luz negra se fundió con la dorada y fluyó contra el rojo escarlata del edificio. Y, en todo instante, el Uno pudo percibir cómo su universo se encogía y agonizaba.

«¡Agak! ¡Devuelve lo que has robado!», dijo el Uno que eran Cuatro.

Planos, ángulos y curvas, cables y tubos, parpadearon con un intenso rojo de calor y Agak suspiró. El universo gimoteó.

«Soy más fuerte que tú —dijo Agak—. Ahora, lo soy».

Y Agak volvió a absorber.

El Uno advirtió que la atención de Agak se desviaba por un instante de él mientras procedía a captar energía. Y se dio cuenta de que también él debía absorber la fuerza de su propio universo si quería derrotar a Agak. Así pues, levantó la espada.

Y la espada viajó hacia arriba y su filo cortó decenas de miles de dimensiones y atrajo hacia él la energía de éstas. Luego, el arma descendió de nuevo. Descendió y su hoja despedía una luz negra. Descendió y Agak se dio cuenta de ello. Su cuerpo empezó a cambiar, pero la negra espada continuó descendiendo hacia el gran ojo del hechicero, hacia el pozo donde estaba contenida la inteligencia de Agak.

Incontables zarcillos se alzaron para defender al hechicero frente a la espada, pero ésta los cortó como si no existieran, alcanzó la cámara octogonal que constituía el ojo de Agak y se hundió en el pozo, penetrando profundamente en la materia que constituía la inteligencia y la sensibilidad del hechicero; la hoja de metal absorbió la energía de Agak y la traspasó a quien la empuñaba, al Uno que eran Cuatro. Y algo lanzó un grito al universo y algo envió un temblor al universo. Y el universo murió, al tiempo que Agak empezaba a morir.

El Uno no se atrevió a esperar para comprobar si Agak quedaba completamente derrotado. Extrajo la espada del cuerpo, la alzó de nuevo a través de las dimensiones y, allí donde tocó la hoja, la energía quedó restaurada. La espada dio vueltas y vueltas con un zumbido, dispersando la energía. Y, por fin, la espada cantó su triunfo y su alegría.

Y unos pequeños jirones de luz negra y dorada se alejaron con un susurro y fueron reabsorbidos.

Durante un instante, el universo había estado muerto. Ahora, volvía a vivir y se había sumado a él la energía de Agak.

Agak también vivía, pero estaba inmovilizado. Había intentado cambiar de forma sin conseguirlo del todo; ahora aún parecía en parte el sólido edificio que Elric había visto al desembarcar en la isla, pero otra parte de él se asemejaba al Uno que eran Cuatro. El albino descubrió en él algunas facciones del rostro de Corum, una pierna, un fragmento de hoja de espada... Era como si, en el último instante, Agak hubiese pensado que sólo podía vencer al Uno si adoptaba su misma forma, de la misma manera que el Uno había asumido la forma de Gagak.

«Habíamos esperado tanto tiempo...», suspiró Agak antes de morir.

Y el Uno que eran Cuatro envainó la espada.

Se escuchó entonces un aullido procedente de las ruinas de las numerosas ciudades y un viento potente se abatió sobre el cuerpo del Uno, quien se vio obligado a arrodillarse sobre sus ocho piernas e inclinar su cabeza de cuatro rostros ante la fuerza de las ráfagas. Luego, gradualmente, el Uno que eran Cuatro recuperó la forma de Gagak, la hechicera; después, empezó a emerger del hediondo pozo donde había tenido su inteligencia la hechicera, permaneció inmóvil sobre el pozo durante un momento y extrajo la espada de éste. Al instante, los cuatro seres quedaron separados y Elric, Erekosë, Corum y el Halcón de la Luna volvieron a encontrarse en las cuatro esquinas del pozo, con las puntas de sus espadas tocándose sobre el centro del cerebro muerto.

Los Cuatro envainaron sus armas. Se miraron a los ojos unos segundos y cada uno de ellos vio temor y admiración en la mirada de los demás. Elric apartó en seguida la suya.

No encontraba pensamientos o emociones que pudieran expresar lo que había sucedido. No había palabras adecuadas para hacerlo. Se quedó mirando a Ashnar el Lince en silencio, con expresión estúpida, y se preguntó por qué Ashnar no dejaba de lanzar aquella risilla, de mascar los pelos de su barba y de rascarse la piel de su propio rostro con las uñas, mientras su espada yacía olvidada en el piso de la cámara en tinieblas.

—Ahora vuelvo a tener carne —no dejaba de repetir Ashnar—. Vuelvo a tener cuerpo.

Elric se preguntó por qué Hown, el Encantador de Serpientes, yacía hecho una bola a los pies de Ashnar y por qué Brut de Lashmar, tras aparecer procedente del pasadizo, había caído al suelo y permanecía tendido en éste, agitándose ligeramente y gimoteando como si fuera presa de una inquieta pesadilla. Otto Blendker entró en la cámara con la espada envainada. Tenía los ojos cerrados con fuerza y se abrazaba a sí mismo, temblando.

«He de olvidar todo esto o perderé la cordura para siempre», se dijo Elric. Se acercó a Brut y ayudó al rubio guerrero a incorporarse.

—¿Qué fue lo que viste?

—Más de lo que merecía por todos mis pecados. Estábamos atrapados..., atrapados en ese cráneo...

En este punto, Brut se echó a llorar como un chiquillo y Elric estrechó entre sus brazos al enorme guerrero, acariciándole la cabeza, sin encontrar palabra o sonido alguno de consuelo.

—Tenemos que irnos— dijo Erekosë con los ojos vidriosos, tambaleándose al caminar.

Así, arrastrando a los que habían perdido el sentido y guiando a los que habían perdido la razón, dejando atrás a los muertos, los supervivientes huyeron por los pasadizos silenciosos del cuerpo de Gagak, libres ya de las criaturas que la hechicera había creado en su intento de eliminar de ese cuerpo lo que ella percibía como una enfermedad que la había invadido. Los pasadizos y cámaras estaban fríos y parecían frágiles; los hombres se alegraron cuando, por fin, salieron al aire libre y pudieron contemplar de nuevo las ruinas, las sombras de los edificios invisibles y el sol rojizo y estático.

Otto Blendker fue el único de los guerreros que pareció conservar la razón tras la terrible experiencia en la que los hombres se habían visto absorbidos, sin saber qué sucedía, por el cuerpo del Uno que eran Cuatro. Ahora, el guerrero empuñó la antorcha que llevaba al cinto, sacó la cajita de yesca y le prendió fuego. Pronto, la antorcha empezó a llamear y los demás encendieron en ella sus teas. Elric avanzó hasta el lugar donde todavía se alzaban los restos de Agak y se estremeció al reconocer en una monstruosa cara de piedra parte de sus propias facciones. Primero pensó que era imposible prender fuego a aquel montón de piedras, pero lo consiguió. Detrás de él, el cuerpo de Gagak ardía también. Ambos edificios se consumieron rápidamente y unas grandes columnas de llamas rugientes se alzaron al firmamento, levantando una humareda blanca y carmesí que ocultó el disco rojizo del sol durante unos minutos.

El grupo de guerreros contempló cómo ardían los cadáveres.

—Me pregunto si el Capitán sabía por qué nos envió aquí —comentó Corum.

—O si, al menos, sospechaba lo que podía ocurrir —añadió el Halcón de la Luna. El tono de voz del Halcón casi expresaba resentimiento.

—Únicamente nosotros... o, mejor dicho, únicamente ese ser, podía enfrentarse a Agak y Gagak con ciertas posibilidades de éxito —intervino Erekosë—. Ningún otro medio habría dado resultado; ningún otro ser podría poseer las especiales cualidades y el enorme poder necesarios para acabar con esa pareja de extraños hechiceros.

—Eso parece —murmuró Elric, y éste fue su único comentario al respecto.

—Afortunadamente —dijo Corum—, olvidarás esta experiencia igual que has olvidado, o que olvidarás, la otra.

—Afortunadamente, hermano mío —asintió Elric, dirigiéndole una penetrante mirada.

—¿Quién podría recordarlo? —añadió Erekosë con una risilla irónica.

Tampoco él volvió a comentar el asunto.

Ashnar el Lince, que había cesado en sus carcajadas al contemplar el incendio, lanzó de pronto un grito y se alejó del grupo principal. Corrió hacia la columna de fuego y humo y luego se desvió a un lado hasta perderse entre las ruinas y las sombras.

Otto Blendker dirigió una mirada inquisitiva a Elric, pero éste movió la cabeza en gesto de negativa.

—¿Para qué seguirle? ¿Qué podemos hacer por él?

Elric se volvió hacia Hown, el Encantador de Serpientes, por el cual sentía un especial afecto. El hombre de la armadura verde mar se encogió de hombros.

Cuando continuaron camino, dejaron el cuerpo enroscado del Encantador de Serpientes donde estaba y sólo ayudaron a Brut de Lashmar a salvar el pedregal y alcanzar de nuevo la orilla.

Pronto divisaron frente a ellos la niebla lechosa y supieron que estaban cerca del mar, aunque la nave no

se hallaba a la vista.

El Halcón de la Luna y Erekosë hicieron una pausa al llegar al borde de la niebla.

—Yo no regresaré al barco —dijo el Halcón—. Creo que ya he pagado mi pasaje. Si he de encontrar Tanelorn, sospecho que es aquí donde debo mirar.

—Eso mismo pienso yo —añadió Erekosë con un gesto de asentimiento.

Elric miró a Corum y éste sonrió.

—Yo ya he encontrado Tanelorn. Vuelvo a la nave con la esperanza de que pronto me deposite en una costa más conocida.

—Eso mismo espero yo —dijo Elric, cuyo brazo aún sostenía a Brut de Lashmar.

—¿Qué fue eso? —susurró Brut—. ¿Qué nos sucedió?

Elric aumentó la fuerza de su abrazo.

—Nada —respondió.

Entonces, mientras Elric trataba de conducir a Brut hacia la niebla, el rubio guerrero retrocedió, desasiéndose.

—Yo me quedo —declaró. Se apartó de Elric y añadió—: Lo siento.

—¿Brut? —dijo Elric, perplejo.

—Lo lamento —repitió Brut—. Te tengo miedo y temo esa nave.

Elric hizo ademán de seguir al guerrero, pero Corum dejó caer con fuerza sobre su hombro una mano de plata.

—Abandonemos este lugar, camarada —dijo con una fría sonrisa—. Yo temo más eso de ahí atrás que la nave.

Contemplaron las ruinas. En la distancia, vieron los restos del incendio y, en el lugar de los edificios, dos sombras; las sombras de Gagak y Agak tal como habían aparecido ante ellos por primera vez. Elric exhaló una fría bocanada de aire.

—Estoy de acuerdo contigo —respondió a Corum. Otto Blendker fue el único guerrero que decidió regresar a la nave con ellos.

—Si eso es Tanelorn, no es, después de todo, el lugar que yo buscaba —afirmó.

Pronto estuvieron en el mar, con el agua a la cintura. Contemplaron de nuevo la silueta de la oscura embarcación; vieron al Capitán apoyado en el raíl, con el brazo levantado como si saludara a alguien o algo en la isla.

—Capitán —gritó Corum—, volvemos a bordo.

—Bienvenidos —respondió el Capitán—. Sí, bienvenidos. —El rostro ciego se volvió hacia ellos mientras Elric extendía la mano para alcanzar la escala—. ¿Os gustaría navegar un tiempo por los lugares silenciosos, por los parajes tranquilos?

—Creo que sí —contestó Elric, quien hizo una pausa a media ascensión y se llevó la mano a la cabeza—. Tengo muchas heridas.

El albino alcanzó el pasamanos y el Capitán le ayudó a salvarlo con sus propias manos heladas.

—Sanarán, Elric.

Elric se acercó al mástil, se apoyó en él y contempló a la silenciosa tripulación que desplegaba la vela. Corum y Otto Blendker subieron a bordo y Elric escuchó el estridente sonido de las cadenas al levar el ancla. La nave se meció levemente.

Otto Blendker miró a Elric, luego al Capitán y, a continuación dio media vuelta y se introdujo en su cabina, cerrando la puerta sin pronunciar una sola palabra.

Largada la vela, el barco empezó a moverse. El Capitán alargó el brazo y encontró el de Elric. Se agarró también de Corum y condujo a ambos hacia su cabina.

—El vino —murmuró—. Eso curará vuestras heridas.

Elric se detuvo al llegar ante la puerta del camarote del Capitán.

—¿No tiene el vino otras propiedades? —preguntó—. ¿No nubla la razón de los hombres? ¿No fue eso lo que me impulsó a aceptar vuestra empresa, Capitán?

—¿Qué es la razón? —replicó el Capitán, encogiéndose de hombros.

La nave cobraba velocidad. La niebla blanca era más densa y un viento frío soplaba entre los jirones de tela y metal que cubrían a Elric. Éste olfateó el aire, creyendo apreciar por un instante un olor a humo en el viento.

Se llevó las dos manos al rostro y se palpó la carne. Tenía la cara fría. Dejó caer las manos a los costados y siguió al Capitán al calor de la cabina.

El Capitán sirvió vino en copas de plata con la jarra del mismo metal. Extendió la mano para ofrecer una copa a Elric y otra a Corum. Ambos bebieron.

Un poco más tarde, el Capitán preguntó cómo se sentían.

—No siento nada —respondió Elric.

Y esa noche sólo soñó con sombras y, por la mañana, no logró encontrar sentido a su sueño.

# LIBRO SEGUNDO

# NAVEGANDO HACIA

# EL PRESENTE

# 1

Con los largos dedos de su mano, blanca como el color de los huesos, aferrados a una cabeza de demonio tallada en la oscura madera noble (uno de los escasos detalles decorativos de aquel estilo que se podían encontrar en la nave), el hombre permanecía a solas en el castillo de proa y contemplaba con sus grandes ojos almendrados de color carmesí la niebla entre la cual avanzaban con una velocidad y una seguridad que habría dejado maravillado e incrédulo a cualquier marinero mortal.

A lo lejos se escuchaban unos sonidos que no podían corresponderse con los de aquel mar intemporal e innominado que surcaban; eran unos sonidos débiles, atormentados y terribles. Aunque llegaban hasta sus oídos muy lejanos, el barco los seguía como si se sintiera atraído hacia ellos; poco a poco, iban haciéndose más audibles y en ellos se apreciaba un tono de desesperación, pero predominaba la sensación de terror.

Elric había oído sonidos semejantes, procedentes de lo que su primo, Yyrkoon, denominaba irónicamente «cámara de placer», en los últimos días previos a su huida de la responsabilidad de gobernar lo que quedaba del viejo Imperio Melnibonés. Eran voces de hombres cuyas almas estaban asediadas, hombres para los cuales la muerte no era la mera extinción, sino una continuación de la existencia como eternos esclavos de unos amos crueles y sobrenaturales. Y también había escuchado gritar así a muchos hombres cuando la gran hoja negra de su espada Tormentosa, su salvación y su némesis, absorbía las almas de los desgraciados a quienes hería.

Elric no acogió con gusto aquel sonido, pues lo odiaba; se volvió de espaldas al lugar de donde procedía y se dispuso a bajar la escalera hasta la cubierta principal cuando advirtió que Otto Blendker había aparecido detrás de él. Desde que Corum había sido arrebatado de la nave por unos amigos montados en unos carros que podían avanzar sobre la superficie del agua, Blendker era el único que permanecía a bordo de todos los camaradas que habían combatido al lado de Elric contra los dos hechiceros de otro universo, Gagak y Agak.

El rostro negro y surcado de cicatrices de Blendker tenía una expresión preocupada. El antiguo hombre de letras convertido en mercenario se cubrió los oídos con la palma de sus enormes manos.

—¡Ah! Por los Doce Símbolos de la Razón, Elric, ¿quién causa este estruendo? Es como si navegáramos rozando la orilla del propio infierno.

El príncipe Elric de Melniboné se encogió de hombros.

—Maese Blendker, estaría dispuesto a quedarme sin respuesta a esa incógnita y a dejar insatisfecha mi curiosidad con tal de que nuestra embarcación variara de rumbo. Con el que ahora llevamos, cada vez estamos más cerca de la fuente de esos sonidos.

Blendker asintió con un gruñido.

—¡Yo tampoco tengo el menor deseo de descubrir la causa de que esos pobres desgraciados griten así! Quizá deberíamos informar al Capitán.

—¿Crees que no sabe por dónde navega su propio barco? —respondió Elric con una sonrisa que poco tenía de humorística.

El gigante de piel negra se frotó la cicatriz en forma de uve invertida que iba desde el centro de su frente hasta los extremos de las mandíbulas.

—Me pregunto si pretenderá involucrarnos en otra batalla —murmuró.

—Yo no volveré a luchar por él —declaró Elric, al tiempo que su mano se desplazaba del pasamanos tallado a la empuñadura de su espada mágica—. Tengo que atender a mis propios asuntos una vez esté de nuevo en tierra firme.

Llegó hasta ellos un viento de procedencia desconocida y la niebla se desgarró súbitamente. Elric pudo observar entonces que la nave surcaba unas aguas de color de orín en la que brillaban unas extrañas luces justo por debajo de la superficie. Daban la impresión de unas criaturas moviéndose pesadamente en las profundidades del océano y, por un instante, Elric creyó ver un rostro blanco, abotargado, no muy distinto del suyo. Un rostro melnibonés. Impulsivamente, dio media vuelta, se agarró del pasamanos y fijó la mirada en la lejanía, por encima de la cabeza de Blendker, luchando por

controlar las náuseas que sentía en la garganta.

Era la primera vez, desde que subiera a bordo de la Nave Oscura, que podía ver la embarcación en toda su longitud. Llevaba dos grandes ruedas de timón, una muy próxima a él, en la cubierta de proa, y otra en el extremo opuesto, en la cubierta de popa; ambas ruedas eran atendidas por el Piloto, el hermano gemelo del Capitán. Elric observó también el gran mástil con la henchida vela negra y, a proa y a popa de éste, las dos cabinas de cubierta, una de las cuales estaba completamente vacía (tras la muerte de sus ocupantes en el último desembarco) y la otra ocupada únicamente por él y Blendker. La mirada de Elric fue atraída hacia la figura del Piloto y el albino se preguntó, no por primera vez, cuánta influencia tendría el gemelo del Capitán sobre el rumbo de la Nave Oscura. El Piloto parecía infatigable y rara vez, por lo que Elric sabía, bajaba a sus aposentos, situados en la cubierta de popa igual que el Capitán ocupaba la cubierta de proa. Elric y Blendker habían intentado trabar conversación con el hombre un par de veces, pero parecía tan sordo como ciego era su hermano.

Los dibujos geométricos y criptográficos que cubrían todo el maderamen del barco y la mayor parte de sus planchas metálicas, desde el timón hasta el mascarón, quedaban resaltados por los hilos de pálida niebla que todavía se agarraban a la nave y Elric se preguntó de nuevo si sería la propia embarcación la que generaba en realidad la niebla que la envolvía habitualmente. Mientras observaba los dibujos, éstos empezaron a tomar un tono rosa pálido cuando la luz del rojo astro, que siempre les seguía, se filtró desde la nube que les cubría.

Escuchó un ruido procedente de abajo y el Capitán asomó de su camarote con su larga cabellera dorado rojiza ondeando bajo una brisa que Elric no llegó a notar. El pasador de jade azul para el cabello, que el Capitán llevaba como una diadema, había tomado un tono violeta bajo la luz rosada e incluso sus bombachos y su túnica de color ante reflejaban tal tonalidad. Hasta las sandalias de plata con sus correas de hilo de plata brillaban con el mismo tinte rosa.

Elric contempló de nuevo el misterioso rostro ciego, tan inhumano, en el sentido general del término, como el suyo propio, y se preguntó por los orígenes de aquel que no permitía que le llamaran por otro nombre que el de «Capitán».

Como si obedeciera a una orden del Capitán, la niebla envolvió una vez más la nave como una mujer apretaría un abrigo de pieles contra su cuerpo. La luz del astro rojo se difuminó, pero los lejanos gritos continuaron.

¿Advertía ahora el Capitán esos gritos por primera vez, o sólo estaba fingiendo sorpresa? Ladeó su ciega cabeza y se llevó una mano al oído. Luego, alzó la cabeza y murmuró en tono de satisfacción:

—¡Aja! ¿Elric?

—Aquí estoy —respondió el albino—. Encima de ti.

—Ya casi hemos llegado, Elric.

La mano, visiblemente frágil, encontró la baranda de la escalerilla. El Capitán inició la subida y Elric fue a su encuentro en lo alto de los escalones.

—Si se trata de una batalla...

El Capitán le dirigió una sonrisa enigmática, amarga.

—Fue una batalla... o lo será.

—... no tomaremos parte en ella —concluyó la frase el albino con rotundidad.

—No es ésta una de las batallas en las que mi nave esté directamente involucrada —le aseguró el ciego—. Esas voces que escuchas son de los vencidos... perdidos en un futuro que, creo, tú experimentarás casi al final de tu presente encarnación.

Elric le dirigió un gesto de impaciencia con la mano.

—Capitán, me gustaría que dejaras a un lado esos estúpidos acertijos. Estoy harto de ellos.

—Lamento haberte irritado. Sólo respondo literalmente, según mis instintos.

El Capitán, que pasó ante Elric y Otto Blendker para asirse del pasamanos, parecía disculparse. No volvió a hablar durante un rato, limitándose a escuchar el perturbador y confuso parloteo que les llegaba entre la niebla. Por fin, asintió, aparentemente satisfecho.

—Tocaremos tierra dentro de poco. Si deseas desembarcar y buscar tu propio mundo, te aconsejo que lo hagas ahora. Es el punto más próximo a tu plano que volveremos a encontrar en toda la travesía.

Elric dio rienda suelta a su cólera. Lanzó una maldición invocando el nombre de Arioco y posó una mano en el hombro del ciego.

—¡Cómo! ¿No puedes devolverme directamente a mi propio plano?

—Es demasiado tarde. —El abatimiento del Capitán parecía auténtico—. El barco sigue navegando y nos aproximamos al término de nuestro largo viaje.

—Pero ¿cómo encontraré mi mundo? ¡Yo no poseo una magia tan poderosa que me permita desplazarme entre las esferas! Y, aquí, me está negada la ayuda de los demonios.

—Existe una puerta que conduce a tu mundo —dijo el Capitán—. Por eso te he sugerido que desembarques. No hay ninguna más en otros lugares. Tu esfera y ésta se cruzan directamente aquí.

—Pero tú has dicho que ésta se encuentra en mi futuro, ¿no?

—Es cierto... Volverás a tu tiempo. Aquí, eres intemporal. Por eso tus recuerdos son tan escasos. Por eso recuerdas tan poco de lo que te sucede. Busca la puerta: es carmesí y emerge del mar frente a las costas de la isla.

—¿Qué isla?

—Esa a la que nos acercamos.

Elric titubeó. Luego, preguntó:

—¿Y dónde irás tú cuando haya saltado a tierra?

—A Tanelorn —dijo el Capitán—. Tengo que hacer una cosa allí. Mi hermano y yo debemos completar nuestro destino. Transportamos carga, además de hombres. Ahora, muchos tratarán de detenernos porque temen la carga que llevamos. Quizá perezcamos, pero aun así debemos hacer todo lo posible por alcanzar Tanelorn.

—Entonces, ¿no era Tanelorn donde combatimos contra Agak y Gagak?

—Ése lugar no era más que un sueño roto de Tanelorn, Elric.

El melnibonés comprendió que no iba a recibir más información del Capitán.

—Apenas me dejas elección: navegar contigo hacia el peligro y no volver jamás a ver mi mundo, o arriesgarme a desembarcar en una remota isla habitada, a juzgar por esas voces, por los condenados y por quienes oprimen a éstos.

La ciega mirada del Capitán se volvió en dirección a él.

—Lo sé —murmuró en voz muy baja—. Sin embargo, es la mejor opción que puedo plantearte.

Los gritos aterrorizados, las voces suplicantes, estaban ahora más próximas pero llegaban en menor número. Elric echó un rápido vistazo por la borda y creyó ver un par de manos protegidas por guantes de armadura que se alzaban del agua; sobre esta había una masa de espuma malsana veteada de rojo y una capa amarillenta en la que flotaban restos de un espantoso naufragio; había maderos rotos, fragmentos de lona, jirones de banderas y ropas, pedazos de armas y un número creciente de cadáveres.

—Pero ¿dónde fue la batalla? —susurró Blendker, fascinado y horrorizado por la visión.

—No en este plano —le confió el Capitán—. Aquí sólo se ven los restos que han ido a la deriva de un mundo a otro.

—Entonces, ¿fue una batalla sobrenatural?

—No soy omnisciente —respondió el Capitán con una nueva sonrisa—, pero creo que sí; estoy seguro de que participaron agentes sobrenaturales. Los guerreros de medio mundo libraron esta batalla marítima... para decidir el destino del multiverso. Ésta es, o será, una de las batallas decisivas para determinar el destino de la Humanidad, para fijar la suerte del Hombre en el próximo Ciclo.

—¿Quiénes fueron los contendientes? —preguntó Elric, sin poder refrenar la curiosidad pese a su resolución—. ¿Cuál fue la polémica que condujo al combate?

—En su momento lo sabrás, creo —murmuró el Capitán mientras volvía el rostro de nuevo hacia el mar.

Blendker olfateó el aire.

—¡Ah! ¡Apesta!

A Elric también le resultó cada vez más insoportable el hedor. Aquí y allá, las aguas se iluminaban de fuegos fatuos que dejaban ver los rostros de los ahogados, algunos de los cuales aún seguían asidos a fragmentos de maderos ennegrecidos. No todos los rostros eran humanos, aunque tenían aspecto de haberlo sido alguna vez: unos seres con hocico de cerdo o de toro alzaban sus manos crispadas hacia la Nave Oscura y lanzaban quejumbrosos gruñidos de auxilio, pero el Capitán no hizo caso de ellos y el Piloto mantuvo el rumbo.

El agua siseaba y los fuegos chisporroteaban; el humo se mezclaba con la niebla. Elric se llevó la manga de su camisa a la boca y la nariz y se alegró de que el humo y la niebla contribuyeran a oscurecer la visión pues, cuando los restos del naufragio aumentaron, bastantes de los cadáveres que encontraban le recordaron más a los reptiles que a hombres, con sus pálidos vientres de lagartos rezumando una sustancia que no era sangre.

—Si éste es mi futuro —dijo Elric al Capitán—, quizá me decida a quedarme a bordo, después de todo.

—Tú tienes un deber, igual que yo —respondió el Capitán sin alzar la voz—. Uno debe servir al futuro, igual que al pasado y al presente.

Elric movió la cabeza en gesto de negativa e insistió:

—Yo huí de los deberes de cabeza de un imperio porque buscaba la libertad. Y conseguiré alcanzarla.

—No —murmuró el Capitán—. La libertad no existe. Todavía no. Para nosotros, no. Nosotros debemos pasar muchos más sufrimientos antes de poder empezar siquiera a adivinar qué es la libertad. Sólo el precio de este conocimiento es superior, probablemente, al que estarías dispuesto a pagar en este estadio de tu vida. De hecho, a menudo el precio es la propia vida.

—Cuando dejé Melniboné, también buscaba alejarme de la metafísica —dijo Elric—. Iré a reunir el resto de mis pertenencias y desembarcaré como me has ofrecido. Con suerte, encontraré pronto esa Puerta Carmesí y volveré a hallarme entre peligros y tormentos que, al menos, me resultarán conocidos.

—Es la única decisión que podías tomar —asintió el Capitán.

A continuación, se volvió hacia Blendker.

—¿Y tú, Otto Blendker? ¿Qué vas a hacer?

—El mundo de Elric no es el mío y no me gusta el sonido de esos gritos. ¿Qué puedes prometerme, señor, si continúo a bordo contigo?

—Nada, salvo una buena muerte.

Había pesar en la voz del Capitán.

—La muerte es la promesa con la que nacemos todos, señor. Una buena muerte es mejor que otra miserable. Navegaré contigo.

—Como gustes. Creo que haces bien —suspiró el Capitán—. Así pues, aquí nos despedimos, Elric de Melniboné. Has luchado bien a mi servicio y te lo agradezco.

—¿Por qué causa he combatido? —quiso saber Elric.

—¡Ah!, llámalo la Humanidad. Llámalo el Destino. Llámalo un sueño o un ideal, si quieres.

—¿No tendré nunca una respuesta clara?

—De mí, no. No creo que exista ninguna.

—No dejas mucho margen a la fe... —murmuró Elric mientras empezaba a bajar la escalerilla.

—Existen dos tipos de fe, Elric. Igual que la libertad, hay una fe que resulta fácil conservar, pero que demuestra no tener ningún valor, y otra que es difícil de alcanzar. De la primera, estoy de acuerdo contigo en que no ofrezco mucha.

Elric avanzó hasta la cabina mientras lanzaba una carcajada, sintiendo verdadero afecto por el ciego marino en aquel instante.

—Yo creía tener propensión a estas ambigüedades, pero he encontrado un buen rival en ti, Capitán.

Advirtió que el Piloto había dejado su puesto al timón y estaba moviendo un bote en sus pescantes, preparándose para arriarlo.

—¿Es para mí?

El Piloto asintió.

Elric se introdujo en la cabina. Dejaba el barco sin otra cosa que lo que había traído a bordo, sólo que sus ropas y su armadura se encontraban en peor estado que entonces y que su mente se hallaba en un estado de confusión considerablemente mayor.

Recogió sus pertenencias sin un titubeo, colocó la gruesa capa sobre sus hombros, se puso los guanteletes, ajustó hebillas y correas, salió de la cabina y volvió a cubierta. El Capitán estaba señalando el oscuro perfil de una costa, más allá de la niebla.

—¿Alcanzas a ver tierra, Elric?

—Sí.

—Entonces, debes ir de prisa.

—Con gusto.

Elric saltó el pasamanos y se instaló en el bote. Éste chocó con la borda de la nave varias veces, de tal modo que el casco resonó como el batir de un enorme tambor fúnebre. Salvo esto, ahora reinaba el silencio sobre las aguas neblinosas y no había rastro alguno del naufragio.

—Te deseo buena suerte, camarada —le despidió Blendker.

—Y yo a ti, maese Blendker.

El bote empezó a descender hacia la plana superficie de las aguas, acompañado del crujido de las poleas. Elric se agarró al cable, soltando éste cuando el bote tocó el agua. Con cierta vacilación, se sentó pesadamente en el banco, soltó los cabos y la pequeña embarcación se alejó inmediatamente de la Nave Oscura, a la deriva. Elric tomó los remos y los colocó en los toletes.

Mientras bogaba hacia la orilla, oyó al Capitán gritarle algo, pero las palabras se perdieron en la niebla. Ahora, nunca sabría si la última comunicación del ciego marino había sido una advertencia o una mera frase de despedida. No le importó. El bote surcó las aguas suavemente; la niebla empezaba a desvanecerse, pero también se apagaba la luz del día.

De pronto, se encontró bajo un cielo crepuscular. El sol se había ocultado y empezaban a aparecer las estrellas. Antes de que alcanzara la orilla, la oscuridad ya era total; la luna no había salido aún y, con bastantes dificultades, logró llevar la embarcación hacia lo que parecían unas rocas planas. Desde allí, avanzó a pie hasta tierra firme, adentrándose en ella hasta que se consideró a salvo de cualquier marea repentina.

Después, con un suspiro, se dejó caer al suelo y se concentró en ordenar sus ideas antes de continuar. Sin embargo, cayó dormido casi al instante.

# 2

Elric soñó.

Soñó no sólo el fin de su mundo, sino el término de todo un ciclo en la historia del cosmos. Soñó que no sólo era Elric de Melniboné, sino también otros hombres: hombres empeñados en alguna empresa misteriosa y sobrenatural que ellos mismos eran incapaces de describir. Y soñó que soñaba con la Nave Oscura y con Tanelorn y con Agak y Gagak mientras caía agotado en una playa en un paraje desconocido más allá de las fronteras de Pikarayd.

Cuando despertó, apareció en su rostro una sonrisa sardónica y se felicitó a sí mismo por estar en posesión de una imaginación tan grandiosa. Sin embargo, no logró quitarse completamente de la cabeza la impresión que le había causado aquel sueño.

Aquellas costas no eran las mismas del sueño, de modo que algo debía haberle sucedido, sin duda. Quizás había sido drogado por algún traficante de esclavos, para ser abandonado después por éste al constatar que no era lo que parecía. Sin embargo, tal explicación no parecía muy plausible y Elric decidió que, si conseguía determinar dónde se encontraba, podría recordar también lo que había sucedido en realidad.

Estaba amaneciendo, sin duda. Elric se incorporó hasta quedar sentado en el lugar donde había dormido y echó un vistazo a su alrededor.

Se encontraba sobre una losa de oscura piedra caliza bañada por el mar y resquebrajada por un centenar de puntos, con unas grietas tan profundas que las pequeñas corrientes de espumeante agua salada que corrían por sus innumerables canalillos producían un gran estruendo en contraste con el silencio matutino que envolvía todo lo demás

Elric se puso en pie, ayudándose de su envainada espada mágica para hacerlo. Cerró por un instante sus párpados de color marfil sobre sus ojos carmesí, tratando nuevamente de evocar los acontecimientos que le habían conducido hasta allí.

Recordó la huida de Pikarayd, el pánico, la caída en una crisis de desesperación y los sueños que había tenido. Finalmente, dado que era evidente que no estaba muerto ni le habían hecho prisionero, sólo pudo llegar a la conclusión de que sus perseguidores habían abandonado la caza pues, si le hubieran encontrado, sin duda le habrían dado muerte.

Al abrir los ojos y echar un vistazo a su alrededor, advirtió el extraño tono azulado de la luz (sin duda, una treta del sol que se ocultaba tras los grises nubarrones), que daba un aire espectral al paisaje y un aspecto metálico y opaco al océano.

Las terrazas de piedra caliza que se alzaban desde el mar y se extendían por encima de su posición despedían un brillo intermitente, como si fueran de plomo pulido. Siguiendo un súbito impulso, alzó la mano hacia la luz y la inspeccionó. La blancura de su piel, normalmente deslustrada, estaba teñida ahora de una leve luminosidad azulada que le agradó y sonrió como haría un niño, lleno de maravillada inocencia.

La piedra caliza podía ser un poco traicionera, pero era fácil subir por ella pues casi siempre había algún punto en que una terraza permitía el paso a la siguiente.

Ascendió con precaución pero con constancia, encontrando numerosos puntos de apoyo, y pareció alcanzar una altura considerable en muy poco tiempo, aunque se le echó encima el mediodía antes de que pudiera alcanzar la cima y encontrarse al borde de una amplia planicie rocosa que terminaba bruscamente, formando un horizonte muy cercano. Más allá de la planicie sólo se apreciaba el cielo. Salvo unas pocas matas de hierba parduzca, apenas crecía allí otro tipo de vegetales y no se apreciaba el menor signo de presencia humana. Fue entonces cuando Elric advirtió por primera vez la ausencia de cualquier forma de vida animal. No se observaba una sola ave marina en el aire, ni un solo insecto entre las hierbas. En cambio, un profundo silencio cubría la oscura planicie.

Elric seguía aún considerablemente descansado y, por ello, decidió hacer el mejor uso posible de sus energías y alcanzar el extremo de la planicie con la esperanza de poder divisar desde allí algún pueblo o ciudad. Avanzó sin sentir necesidad de comer o beber y con un paso excepcionalmente vigoroso, pero no había calculado bien las distancias y el sol empezó a ponerse mucho antes de que pudiera completar la travesía hasta el borde de la planicie. A su alrededor, el firmamento adquirió un color azul marino intenso, aterciopelado, y las escasas nubes que lo tachonaban se tiñeron también de azul; en ese instante, Elric se dio cuenta por primera vez de que el propio sol no mostraba su color normal, sino que despedía una luz púrpura negruzca, y volvió a preguntarse si aún estaría soñando.

El terreno empezó a formar una empinada subida y a Elric le costó cierto esfuerzo continuar

caminando pero, antes de que la luz desapareciera por completo, logró llegar a la escarpada ladera de una montaña que descendía hacia un amplio valle. Éste, aunque desprovisto de árboles, poseía un riachuelo que serpenteaba entre las rocas, la hierba parda y los helechos.

Tras un breve descanso y pese a que la noche había caído ya, Elric decidió continuar la marcha para intentar alcanzar el riachuelo en cuyas aguas podría, al menos, saciar su sed y, probablemente, pescar algo para comer cuando se hiciera de día.

La luna siguió sin aparecer para ayudarle en su avance y Elric hubo de caminar durante dos o tres horas en una oscuridad casi total, tropezando en ocasiones con grandes peñascos, hasta que el terreno se niveló y el albino tuvo la certeza de haber alcanzado el fondo del valle.

Para entonces, Elric estaba muy sediento y empezaba a tener un poco de hambre, pero decidió que sería mejor esperar hasta la mañana para localizar la corriente de agua; apenas había tomado tal resolución cuando, al rodear una roca especialmente alta, vio con cierto asombro la luz de un fuego de campamento.

Con suerte, acababa de topar con el campamento de una caravana de comerciantes camino de alguna tierra civilizada, de un grupo de mercaderes que le permitiría viajar con ellos, a cambio quizá de sus servicios como combatiente mercenario. No sería la primera vez que se ganaba así el sustento desde que dejara Melniboné.

Sin embargo, los arraigados instintos de Elric no le abandonaron en esta ocasión y el albino se aproximó al fuego con gran cautela, sin dejarse ver por nadie. Bajo un saliente rocoso que quedaba en sombras por efecto de las llamas, Elric se detuvo a observar a un grupo de quince o dieciséis hombres sentados o tendidos en torno a la hoguera, dedicados a algún juego que se practicaba con dados y fichas de marfil numeradas.

Bajo la luz del fuego brillaba el oro, la plata y el bronce mientras los hombres apostaban grandes cantidades a los números de los dados y a las caras de las fichas de marfil.

Elric comprendió que, de no haber estado tan concentrados en el juego, aquellos hombres habrían detectado sin duda su proximidad pues, finalmente, no se trataba de mercaderes. A juzgar por sus protecciones de cuero llenas de cicatrices y por sus armaduras melladas, así como por sus armas —dispuestas para ser empuñadas al instante—, no había duda alguna de que estaba frente a un grupo de guerreros, aunque no pertenecían a ningún ejército concreto —salvo que fuera un ejército de bandidos— pues procedían de muchas razas distintas y parecían provenir (hecho extrañísimo) de diversos períodos de la historia de los Reinos Jóvenes.

Era como si aquellos guerreros hubieran saqueado la colección de antigüedades de algún erudito sobre el tema. Un hachero de finales de la República lormyriana, que había desaparecido hacía más de dos siglos, estaba recostado con el hombro contra el codo de un arquero chalalita, de un período casi contemporáneo al de Elric. Cerca del chalalita estaba sentado un bajo y robusto soldado de infantería ilmiorano de un siglo atrás. Junto a él, Elric vio a un filkhariano con la indumentaria bárbara de los primeros tiempos de existencia de esa nación. Tarkeshitas, shazarianos y vilmirienses aparecían mezclados y lo único que tenían en común, a juzgar por sus apariencias, era la expresión de voracidad y villanía de sus rostros.

En otras circunstancias, Elric habría dado un rodeo en torno al campamento y habría seguido adelante, pero ahora se alegró tanto de encontrar algún ser humano que hizo caso omiso de la inquietante incongruencia del grupo, aunque se contentó con seguir observándolo.

Uno de los hombres, menos repulsivo que los demás, era un guerrero marino corpulento, calvo y dotado de una barba negra, que iba vestido con las informales prendas de cuero y seda de las gentes de las Ciudades Púrpura. Cuando Elric vio que el hombre enseñaba una gran rueda de oro melnibonesa —una moneda no acuñada, como la mayoría, sino tallada por expertos artesanos con un dibujo a la vez antiguo y complicado—, la cautela que había mantenido hasta entonces se vio rotundamente vencida por la curiosidad.

Muy pocas de aquellas monedas se conservaban aún en Melniboné y ninguna, que Elric supiese, fuera de ella, puesto que no eran utilizadas para el comercio con los Reinos Jóvenes. Eran piezas muy cotizadas, incluso por la nobleza melnibonesa.

A Elric le pasó por la cabeza que el hombre únicamente podía haber adquirido la moneda de algún otro viajero melnibonés, y el albino no conocía a ningún compatriota que compartiera su interés por las exploraciones. Abandonando toda precaución, se presentó ante el grupo.

Si no hubiera estado totalmente obsesionado por la visión de la rueda melnibonesa, le habría causado cierta satisfacción el repentino ruido de armas que provocó. En cuestión de segundos, todos los guerreros estuvieron en pie con las armas desenvainadas y en alto.

Por un instante, olvidó la rueda de oro. Con una mano en la empuñadura de su espada mágica, adelantó la otra en gesto apaciguador.

—Perdonad esta intromisión, caballeros. No soy más que un soldado fatigado que desea unirse a vosotros. Os ruego que me facilitéis cierta información y me vendáis algo de comida, si tenéis de sobra.

De pie, los guerreros tenían un aspecto todavía más rufianesco. Se sonreían unos a otros, divertidos ante

los corteses ademanes de Elric pero sin sentirse impresionados por ellos.

Uno de los hombres, que llevaba el casco emplumado de capitán de Marina pantangiano y tenía las facciones oscuras y siniestras propias de su raza, adelantó la cabeza sobre su largo cuello y proclamó, en tono burlón:

—Ya tenemos suficiente compañía, albino, y pocos de nosotros sentimos simpatía por los hombres-demonios de Melniboné. Debes ser un hombre rico...

Elric recordó la animosidad que existía contra los melniboneses en los Reinos Jóvenes, en especial entre los nativos de Pang Tang, que envidiaban a la Isla del Dragón por su poder y su sabiduría y que, últimamente, habían empezado a imitar burdamente a Melniboné.

Midiendo sus palabras con creciente precaución, respondió sin alzar la voz:

—Tengo un poco de dinero.

—Entonces, te lo vamos a quitar, demonio. —El pantangiano extendió la mano hasta colocar su sucia palma justo bajo la nariz de Elric al tiempo que rugía—: Dámelo y sigue tu camino.

Elric respondió con una sonrisa cortés y melindrosa, como si acabara de escuchar un mal chiste.

Evidentemente, el pantangiano encontraba la frase mucho más graciosa, pues se echó a reír estruendosamente mientras miraba a sus camaradas más próximos en busca de su aprobación.

Unas ásperas carcajadas llenaron la noche; únicamente el hombre de la calva y la barba negra permaneció callado y dio un par de pasos hacia atrás cuando todos los demás se lanzaron hacia adelante.

El pantangiano aproximó su rostro a unos centímetros del de Elric; su aliento apestaba y el albino apreció que tenía el cabello y la barba llenos de piojos; sin embargo, mantuvo la cabeza alta y replicó en el mismo tono sereno y ecuánime:

—Dadme un poco de comida decente, una botella de agua, un poco de vino si tenéis, y con gusto os daré todo el dinero que llevo.

Las risas aumentaron y volvieron a decrecer cuando Elric añadió:

—Pero si pretendéis quitarme el dinero y dejarme sin nada, tendré que defenderme. Tengo una buena espada.

El pantangiano trató de imitar la ironía de Elric.

—Habrás notado, señor demonio, que te superamos en número. Considerablemente.

—Lo he advertido, pero no me preocupa —replicó con suavidad el albino y, sin tiempo apenas de terminar la frase, desenvainó la negra espada pues los guerreros se abalanzaron sobre él al unísono.

Y el pantangiano fue el primero en morir, cortado por la cintura y con las vértebras partidas; y la Tormentosa, tras cobrarse su primera vida, empezó a cantar.

El siguiente en morir fue un chalalita, prendido en la punta de la espada mágica cuando saltaba hacia Elric con una afilada jabalina en la mano, y la Tormentosa murmuró de placer.

Sin embargo, hasta que no hubo decapitado limpiamente a un hábil piquero filkhariano, la espada no empezó a cantar sus melodías y a cobrar vida plena, con un fuego negro chisporroteando desde la empuñadura hasta la punta y con un intenso resplandor en sus extraños dibujos mágicos.

Al ver tales prodigios, los guerreros comprendieron que estaban enfrentándose a un arma hechizada y tomaron más precauciones, pero apenas cedieron en su ataque y Elric tuvo necesidad de la energía renovada y oscura que le transmitía la espada para seguir parando golpes, lanzando estocadas, abriendo heridas y segando vidas.

Bloqueó lanzas, espadas, hachas y puñales, hirió y recibió heridas, pero los muertos todavía no superaban en número a los vivos cuando Elric se encontró finalmente con la espalda contra la roca y cerca de una decena de afiladas armas buscando sus puntos vitales.

En ese instante, cuando Elric había perdido ya cierta confianza en sus posibilidades de vencer a tantos adversarios, el guerrero calvo apareció de pronto bajo la luz de la hoguera con un hacha en su mano izquierda enguantada y una espada en la otra, y se lanzó contra sus camaradas más cercanos.

—¡Te lo agradezco, caballero! —consiguió gritar Elric durante el breve respiro que le proporcionó aquel repentino giro en los acontecimientos. Recuperada la moral, prosiguió su ataque.

El lormyriano recibió un tajo desde la cadera hasta la pelvis mientras intentaba una finta; un filkhariano, que debería haber muerto cuatro siglos atrás, cayó rezumando sangre por la boca y la nariz. Los cadáveres empezaron a amontonarse uno sobre otro. La Tormentosa continuó cantando su siniestro cántico de guerra y su hoja mágica continuó trasmitiendo su poder a quien la empuñaba, de modo que cada muerte proporcionaba a Elric nuevas fuerzas para seguir matando.

Los escasos guerreros que quedaban empezaron a expresar su arrepentimiento por haberse precipitado en atacar. Si antes habían salido de sus labios juramentos y amenazas, ahora lanzaban quejumbrosas peticiones de piedad. Si antes se habían reído con tanta jactancia, ahora gimoteaban como niñas. Pero Elric, embriagado por su antiguo placer por el combate, no perdonó a ninguno.

Mientras, el hombre de las Ciudades Púrpura, sin ayuda de magia alguna, hizo buen uso del hacha y la espada y dio cuenta de otros tres de sus antiguos camaradas, disfrutando en su empeño como si llevara

tiempo alimentando el deseo de hacerlo.

—¡Ah! ¡Esta matanza es lo que estaba esperando! —gritó el hombre de la barca.

Y, tras esto, la carnicería llegó a su fin súbitamente y Elric advirtió que no quedaba nadie con vida salvo él y su nuevo aliado, que permanecía en pie apoyado en el hacha, jadeando y sonriendo como un perdiguero ante la pieza de caza. El hombre se colocó de nuevo en la coronilla un casquete de acero que se le había caído durante la lucha, se secó el sudor de la frente con la manga ensangrentada de la camisa y dijo, con voz ronca y satisfecha:

—Bueno, de repente somos nosotros los ricos, ahora.

Elric envainó la Tormentosa, aún reacia a regresar a su funda.

—Así que deseas su oro... ¿Es por eso que me has ayudado? El soldado de la barba negra soltó una risotada.

—Tenía una deuda con esos tipos y he estado esperando la ocasión oportuna para cobrármela. Esos bribones eran los restos de una tripulación pirata que mató a todos cuantos iban a bordo de mi nave cuando nos adentramos en aguas desconocidas. También yo habría muerto si no les hubiera dicho que deseaba unirme a ellos. Ahora, me he vengado al fin. Tampoco pretendo adueñarme del oro, ya que en gran parte me pertenece a mí y a mis difuntos hermanos. Cuando regrese a las Ciudades Púrpura, lo repartiré a sus viudas y huérfanos.

—¿Cómo les convenciste para que no te mataran como a los demás? —preguntó Elric mientras buscaba entre los restos de la fogata algo que echarse a la boca. Encontró un poco de queso y empezó a darle bocados.

—Al parecer, no tenían capitán ni navegante. Ninguno de ellos era marino de verdad, sino más bien bandidos de costa con una base en esta isla. Habían quedado abandonados aquí, ¿sabes?, y habían optado por la piratería como último recurso, pero les aterraba demasiado navegar para arriesgarse a salir a mar abierto. Además, después del abordaje, no disponían de barco pues logramos hundir el suyo mientras combatíamos. Condujimos mi nave hasta esta costa pero ya andábamos escasos de provisiones y ellos no tenían ánimos para desplegar las velas sin tener llena la bodega, de modo que fingí conocer estas costas (que Dios se lleve mi alma si vuelvo a verlas alguna vez después de lo sucedido) y me ofrecí a conducirles tierra adentro a una ciudad que podrían saquear. Ninguno de ellos había oído hablar de tal ciudad, pero me creyeron cuando les dije que estaba en un valle oculto. Así logré prolongar mi vida mientras esperaba la oportunidad de vengarme de ellos. Sé que era una esperanza estúpida pero —añadió con una sonrisa—, a juzgar por lo sucedido, estaba bien fundada, ¿no?

El hombre de la barba negra dirigió una mirada algo circunspecta a Elric, sin saber a ciencia cierta cuál podría ser la reacción del albino pero esperando que fuera de camaradería, aunque era bien conocida la altivez de los melniboneses. Elric se dio cuenta de cómo cruzaban por la mente de su nuevo amigo todos aquellos pensamientos, pues había visto a muchos hombres realizar cálculos similares. Por ello, sonrió abiertamente y le dio una palmada en el hombro.

—Ahora, también me has salvado la vida a mí. Ambos somos afortunados.

El hombre suspiró, aliviado, y se colgó el hacha a la espalda.

—Sí. Afortunados: ésa es la palabra. Sin embargo, me pregunto si se mantendrá nuestra suerte.

—¿Dices que no conoces esta isla en absoluto?

—Ni tampoco sus aguas. Jamás entenderé cómo llegamos a ellas aunque son, sin duda, aguas encantadas. ¿Has visto el color del sol?

—Sí.

—Bien —añadió el marino mientras se inclinaba sobre el cuerpo del pantangiano para arrancarle un collar que llevaba a la garganta—, tú debes saber más que yo sobre encantamientos y hechizos. ¿Cómo has llegado aquí, caballero melnibonés?

—No lo sé. Huía de unos hombres que me perseguían, llegué a una orilla y no pude continuar la escapada. Entonces, soñé muchas cosas. Cuando desperté de nuevo, volvía a estar a la orilla del mar, pero en esta isla.

—Alguna suerte de espíritus, quizá favorables para ti, te condujeron a lugar seguro, lejos de tus enemigos.

—Es posible —asintió Elric—, pues tenemos muchos aliados entre los espíritus. Me llamo Elric y me he autoexiliado de Melniboné. Viajo porque creo que tengo algo que aprender de las gentes de los Reinos Jóvenes. No tengo ningún poder, salvo lo que has visto..

Los ojos de su interlocutor se entrecerraron al recordarlo; después, se señaló a sí mismo con el pulgar.

—Yo soy Smiorgan el Calvo, en otro tiempo señor del mar de las Ciudades Púrpura. Fui comandante de una flota de mercantes y quizá todavía lo sea, aunque no lo sabré con certeza hasta que regrese... Si vuelvo alguna vez.

Elric retrocedió hasta donde estaban los restos de los juegos abandonados, medio enterrados en el fango y la sangre. Rebuscando entre los dados y las fichas de marfil, entre las monedas de plata y de bronce, encontró la rueda melnibonesa. La recogió y la sostuvo en la palma de la mano. La gran rueda casi le cubría

toda la mano. En los viejos tiempos, había sido la moneda de los reyes.

—¿Esto era tuyo, amigo? —preguntó a Smiorgan.

Smiorgan el Calvo alzó la mirada desde el lugar donde seguía registrando al pantangiano en busca de las pertenencias que éste le había quitado.

—Sí —respondió—. ¿Quieres quedártelo?

—Me interesa más saber de dónde procede —respondió Elric, encogiéndose de hombros—. ¿Quién te lo dio?

—No la robé. Entonces, ¿es una moneda melnibonesa?

—Sí.

—Lo suponía.

—¿Dónde la conseguiste?

Smiorgan se incorporó, dando por concluido el registro, e inspeccionó una herida leve que tenía en el antebrazo.

—Sirvió para comprar un pasaje en nuestra nave antes de que nos perdiéramos... y antes de que nos atacaran los piratas.

—¿Un pasaje? ¿Para un melnibonés?

—Quizá —murmuró Smiorgan, que parecía reacio a las especulaciones.

—¿Un guerrero?

—No —respondió Smiorgan con una sonrisa—. Fue una mujer quien me la dio.

—¿Cómo fue que le diste pasaje?

Smiorgan empezó a recoger el resto del dinero y explicó:

—Es una historia larga y, en parte, muy normal para la mayoría de marinos mercantes. Estábamos buscando nuevos mercados para nuestros productos y habíamos preparado una flota de buen tamaño, que yo comandaba en mi calidad de socio principal. —Se sentó despreocupadamente sobre el voluminoso cadáver del chalalita y empezó a contar el dinero—. ¿Quieres oír el relato o te estoy aburriendo ya?

—Me gustará escucharlo.

Smiorgan llevó un brazo hacia atrás, arrancó la bota del vino que el muerto llevaba atada al cinto y la ofreció a Elric, quien la aceptó y tomó un parco trago de un vino que le supo a gloria.

Cuando Elric hubo terminado, Smiorgan sostuvo la bota en su mano.

—Este vino era parte de nuestra carga —dijo—. Estábamos orgullosos de él. Una buena cosecha, ¿verdad?

—Excelente. Así pues, zarpaste de las Ciudades Púrpura, ¿no?

—Sí. Tomamos rumbo este hacia los Reinos Ignotos. Navegamos hacia oriente durante un par de semanas, avistamos algunas de las costas más desoladas que he conocido y luego no volvimos a ver tierra durante otra semana. Fue entonces cuando entramos en unas aguas que convinimos en llamar de las Rocas Rugientes; era algo parecido a los Dientes de la Serpiente, frente a la costa de Shazar, pero de mayor extensión, y mayor tamaño también. Unos enormes arrecifes volcánicos que se alzan del mar por todas partes y en torno a los cuales las aguas se agitan, hierven y aúllan con una ferocidad que rara vez he experimentado. En resumen, la flota quedó dispersada y al menos cuatro de las naves se perdieron contra esas rocas. Finalmente, nuestro barco logró escapar de aquellas aguas y nos encontramos solos en una zona encalmada. Buscamos a nuestras naves hermanas durante un tiempo y luego decidimos concedernos otra semana antes de regresar a puerto, pues no nos gustaba nada la idea de volver a pasar por las Rocas Rugientes. Escasos de provisiones, avistamos tierra por fin: unos acantilados cubiertos de hierba, playas acogedoras y, tierra adentro, algunos signos de cultivos, por lo que dedujimos que habíamos encontrado por fin la civilización. Anclamos en un pequeño puerto de pescadores y convencimos a los nativos, que no hablaban ninguna de las lenguas utilizadas en los Reinos Jóvenes, de que traíamos intenciones amistosas. Y fue entonces cuando vino a nuestro encuentro esa mujer.

—¿La melnibonesa?

—No sé si lo era. Una cosa puedo asegurar: era muy hermosa. Como decía, andábamos cortos de provisiones y de medios para adquirirlas, pues a los pescadores no les interesaba gran cosa de cuanto teníamos para comerciar. Una vez abandonado nuestro proyecto inicial, nos contentamos con dirigirnos de vuelta hacia el oeste.

—¿Y la mujer?

—Quería un pasaje para los Reinos Jóvenes... y aceptó volver con nosotros hasta Menii, nuestro puerto base. Como pago, nos entregó dos de esas ruedas. Una de ellas la utilizamos para comprar provisiones en la ciudad. Grahin, creo que se llamaba. Después de efectuar unas reparaciones, zarpamos otra vez.

—Pero no llegasteis a las Ciudades Púrpura, ¿verdad?

—Encontramos más tormentas. Unas tormentas muy extrañas. Los instrumentos de a bordo resultaban inútiles y nuestras piedras imán no nos eran de ninguna ayuda. Terminamos más perdidos

aún que antes. Algunos de mis hombres empezaron a decir que habíamos navegado más allá de nuestro propio mundo. Algunos echaron la culpa a la mujer afirmando que era una hechicera y que no tenía ninguna intención de viajar a Menii, pero yo no les creí. Cayó la noche y pareció durar etemamente, hasta que el mar se calmó y amanecimos bajo un sol azul. Cuando avistamos la isla, mis hombres estaban al borde del pánico, y puedo asegurarte que no eran fácilmente impresionables. Mientras nos dirigíamos a sus costas, los piratas nos atacaron en un barco sacado de otra época, un barco que hacía siglos que debería reposar en el fondo del océano, y no navegar por su superficie. He visto imágenes de embarcaciones parecidas en los murales de las ruinas de un templo de Tarkesh. Al abordarnos, se le abrió un boquete en el lado de babor y empezó a hundirse al mismo tiempo que los piratas invadían nuestra nave. Eran hombres salvajes, desesperados; estaban medio muertos de hambre y sedientos de sangre. Nosotros estábamos débiles tras la travesía, pero luchamos bien. Durante el combate, la mujer desapareció; quizá se dio muerte cuando vio la calaña de nuestros adversarios. Tras una larga lucha, únicamente quedamos yo y otro hombre, que murió poco después. Fue entonces cuando me decidí por la astucia, a la espera de una oportunidad para la venganza.

—Esa mujer, ¿te dijo su nombre?

—No me dio ninguno. He pensado mucho en el asunto y sospecho que, después de todo, nos utilizó. Quizá no buscaba Menii y los Reinos Jóvenes. Quizá era este mundo lo que buscaba y, mediante algún hechizo, nos condujo a él.

—¿Este mundo? ¿Crees que es diferente del tuyo?

—En efecto, aunque sólo sea por el extraño color del sol. ¿Tú no opinas como yo? Si posees los conocimientos melniboneses sobre tales temas, deberías saberlo con certeza.

—He soñado con cosas así —reconoció Elric, pero no añadió nada más.

—La mayoría de los piratas pensaba lo mismo que yo, pues procedían de todas las épocas de los Reinos Jóvenes. Te explicaré lo que fui descubriendo de ellos. Algunos procedían de los primeros tiempos de esta era, otros eran de nuestro tiempo... y algunos venían del futuro. Eran, en su mayor parte, aventureros que en algún momento de sus vidas, buscaron una tierra legendaria de grandes riquezas situada al otro lado de una antigua puerta que se alza en medio del océano, pero que se encontraron atrapados aquí, imposibilitados de regresar por esa puerta misteriosa. Otros participaron en combates navales, creyeron ahogarse y despertaron en las costas de la isla. Muchos de ellos, supongo, poseyeron en otro tiempo virtudes destacadas, pero en la isla hay pocos recursos para sobrevivir y terminaron por convertirse en lobos que se devoraban entre sí y que atacaban a cualquier barco que tuviera la desgracia de pasar, sin advertirlo, por esa puerta.

Elric recordó entonces una parte de su sueño.

—¿La llamó alguno de ellos «la Puerta Carmesí»?

—En efecto. Varios le dieron ese nombre.

—Con todo, la teoría parece muy improbable, si perdonas mi escepticismo —dijo Elric—. Habiendo cruzado yo mismo la Puerta de las Sombras hasta Ameeron...

—Entonces, conoces la existencia de otros mundos...

—Jamás había oído hablar de éste, y conozco bastantes de estos temas. Por eso dudo de que sea cierta la historia. Y, sin embargo, en el sueño...

—¿Un sueño?

—¡Bah!, no era nada. Estoy acostumbrado a esos sueños y no les doy ningún significado.

—La teoría no puede parecer sorprendente a un melnibonés, Elric —insistió Smiorgan con una nueva sonrisa—. ¡Soy yo quien debería mostrarse escéptico, no tú!

—Quizá temo más las consecuencias —replicó Elric, medio para sí. Alzó el rostro y, con el mango de una lanza rota, empezó a avivar el fuego—. Ciertos antiguos hechiceros de Melniboné planteaban la posibilidad de que un número infinito de mundos coexistan con el nuestro. De hecho, últimamente, he intuido algo así en mis sueños. —Con una sonrisa forzada, añadió—: Sin embargo, no puedo permitirme creer en tales cosas. Por tanto, las rechazo.

—Espera a que amanezca —dijo Smiorgan el Calvo—. El color del sol te demostrará que es cierta esa teoría.

—Quizá sólo demostrará que los dos estamos soñando —respondió Elric.

El hedor de la muerte era penetrante. Apartó a un lado los cuerpos más próximos al fuego y se instaló para dormir.

Smiorgan el Calvo había empezado a entonar una melodiosa canción en su dialecto, que Elric apenas podía seguir.

—¿Cantas por la victoria sobre tus enemigos? —preguntó el albino.

Smiorgan se detuvo un momento, con aire medio divertido.

—No, señor Elric, canto para mantener alejadas las sombras. Al fin y al cabo, los fantasmas de esos hombres, todavía deben andar acechando en la oscuridad por las cercanías, tan escaso es el tiempo que ha

pasado desde su muerte.

—No temas —dijo Elric—. Sus almas ya han sido devoradas.

Sin embargo, Smiorgan continuó cantando y su voz se hizo más potente, su canción más intensa, de lo que había sido antes.

A punto de caer dormido, Elric creyó escuchar el relincho de un caballo y quiso preguntarle a Smiorgan si alguno de los piratas iba montado, pero el sueño le venció antes de poder hacerlo.

# 3

Borrados casi por completo sus recuerdos del viaje en la Nave Oscura, Elric no llegaría a saber nunca cómo había llegado al mundo en que ahora se encontraba. En los años siguientes, recordaría la mayor parte de estas experiencias como sueños y, en efecto, sueños le habían parecido incluso cuando las estaba viviendo.

Durmió nervioso e inquieto y, al llegar la mañana, las nubes eran más densas que el día anterior y relucían con una luz extraña y plomiza, aunque el sol quedaba totalmente oculto. Smiorgan el Calvo, el marino de las Ciudades Púrpura, ya estaba en pie y señalaba con el dedo hacia arriba. Con voz triunfante, aunque moderada, comentó:

—¿Te basta esta prueba para convencerte, Elric de Melniboné?

—Estoy convencido de que la luz, y probablemente el terreno, poseen una cualidad especial que hace que el sol aparezca azul —respondió Elric.

Después, con muestras de desagrado, echó un vistazo a la carnicería que le rodeaba. Los cadáveres constituían una visión funesta y Elric se sentía embargado por un nebuloso malestar que no era remordimiento ni lástima.

Smiorgan le dedicó un suspiro cargado de sarcasmo.

—Bien, señor escéptico, será mejor que volvamos sobre mis pasos y busquemos mi nave. ¿Qué dices a eso?

—Estoy de acuerdo —respondió el albino.

—¿Cuánto tiempo caminaste desde la playa antes de encontrarnos?

Elric le informó y Smiorgan lanzó una sonrisa.

—Entonces, llegaste justo a tiempo. Hoy me habría visto en un grave apuro si el grupo de piratas hubiera llegado hasta el mar y yo no hubiese podido mostrarles ninguna ciudad. No olvidaré el favor que me has hecho, Elric. En las Ciudades Púrpura tengo el título de conde y poseo una influencia considerable. Si puedo ofrecerte algún servicio cuando regresemos, házmelo saber.

—Te lo agradezco —respondió Elric con voz solemne—. Sin embargo, primero debemos descubrir un medio de escapar.

Smiorgan había preparado un morral con comida, una botella de agua y una bota de vino. Elric no se sentía con ánimos de desayunar entre los cadáveres, de modo que se colgó el morral al hombro.

—Estoy preparado —dijo.

—Bien, tomemos esa dirección —asintió Smiorgan, satisfecho.

Elric empezó a caminar tras el señor del mar, hollando la hierba reseca y crujiente. Las empinadas laderas del valle se alzaban por encima de ellos, teñidas de un color verdoso extraño y desagradable por efecto de la luz azul del cielo sobre el follaje de tonos pardos. Cuando llegaron al riachuelo, cuyas aguas corrían con rapidez entre peñascos y cantos rodados que permitían cruzar su cauce sin problemas, hicieron un alto para comer. Los dos hombres estaban magullados a consecuencia de la pelea de la noche anterior y ambos aprovecharon gustosamente la oportunidad de limpiarse el barro y la sangre seca en las aguas del arroyo.

Cuando hubieron recuperado fuerzas, los dos hombres iniciaron la ascensión entre las peñas y dejaron atrás el río, avanzando ladera arriba sin apenas intercambiar palabra y reservando el aliento para el esfuerzo. Ya era mediodía cuando alcanzaron la cima del valle y apareció ante su vista una planicie no muy distinta a la que Elric había cruzado tras desembarcar en la isla. Elric tenía ahora una idea aproximada de la geografía de la isla: su forma general parecía la cumbre de una montaña, con una hendidura cerca del centro, que era el valle. El albino percibió de nuevo con toda intensidad la absoluta ausencia de fauna y comentó el tema con el conde Smiorgan, quien le confirmó que no había visto ningún animal —ave, pez o animal terrestre— desde su arribada a la isla.

—Es una tierra yerma, amigo Elric; para cualquier marino es una gran desgracia naufragar en sus costas.

Continuaron avanzando hasta que consiguieron divisar el mar en la lejanía confundido con el horizonte.

Elric fue el primero en escuchar el sonido tras ellos; reconoció el ruido sordo y constante de las pezuñas de un caballo al galope pero, cuando volvió la cabeza, no alcanzó a ver rastro de jinete alguno aunque no había ningún lugar donde pudiera ocultarse un hombre con su montura. Por fin, el albino se dijo

que los oídos le traicionaban debido al cansancio. El rumor que le había sobresaltado no debía de ser más que un trueno.

Smiorgan continuó avanzando implacablemente, aunque también él debía haber oído el extraño sonido.

Y éste se repitió. Elric se volvió de nuevo. Y, una vez más, no vio nada.

—¿Has oído un caballo al galope, Smiorgan?

El aludido continuó caminando sin mirar atrás.

—Sí —respondió con un gruñido.

—¿Lo habías escuchado anteriormente?

—Muchas veces, desde que llegué a la isla. Los piratas también lo oían y algunos pensaban que era su némesis, su ángel de la muerte que venía a buscarles para darles su justo castigo.

—¿Conoces su origen?

Smiorgan hizo una pausa en su avance y, cuando se volvió hacia Elric, su rostro tenía una expresión sombría.

—En un par de ocasiones creí ver la silueta de un caballo. Era un animal de gran porte, de pelaje blanco y ricos avíos, pero no lo montaba nadie. No le prestes atención, Elric. ¡Tenemos mayores misterios de que ocuparnos!

—¿Tienes miedo de ese caballo, Smiorgan?

—Sí, lo confieso —reconoció el aludido—. Pero ni el miedo ni las especulaciones nos librarán de él. ¡Vamos!

Elric estuvo tentado de dar la razón a Smiorgan y seguir su consejo pero, cuando escuchó de nuevo el galope del caballo, aproximadamente una hora más tarde, no pudo resistir el impulso de volverse y le pareció divisar la silueta de un gran semental enjaezado para ser montado; sin embargo, prefirió pensar que se trataba sólo de un producto de su imaginación, potenciada por los comentarios de Smiorgan.

El día se hizo más frío y un olor acre muy especial llenó el aire. Elric comentó la presencia de ese olor con el conde Smiorgan y supo por éste que también era una característica habitual de la isla.

—Ese olor viene y va, pero suele percibirse aquí con cierta intensidad.

—Huele como a azufre —dijo Elric.

La risa con que respondió el conde Smiorgan estaba llena de ironía, como si el albino acabara de hacer referencia a alguna broma privada del marino.

—¡Oh, sí! —respondió éste al fin—. ¡Precisamente a azufre!

El tamborileo de las pezuñas sobre el suelo se hizo más sonoro a sus espaldas cuando los dos hombres se acercaron a la costa y, finalmente, tanto Elric como Smiorgan volvieron la vista atrás nuevamente para observar qué había tras ellos.

Y, esta vez, pudieron contemplar claramente la estampa del misterioso caballo, ensillado y embridado, pero sin jinete. Elric se fijó en sus ojos oscuros de mirada inteligente y en su hermosa cabeza, que mantenía en alto con aire orgulloso.

—¿Todavía estás convencido de que no hay brujería aquí, caballero Elric? —inquirió el conde Smiorgan con cierta satisfacción—. El marino se encogió de hombros para colocar en mejor posición el hacha de guerra que llevaba a la espalda. —O es cosa de magia, o .ese animal se mueve de un mundo a otro con facilidad y lo único que nos llega de él la mayoría de las veces es el eco de su galope.

—Si es esto ultimo —dijo Elric mientras observaba al semental—, quizá pueda llevarnos de vuelta a nuestro mundo.

—¿Admites, pues, que estamos abandonados a nuestra suerte en una especie de limbo?

—Está bien, sí. Admito esa posibilidad.

—¿Conoces algún hechizo para atrapar al caballo?

—Tengo pocas aptitudes para la magia, porque no me gusta demasiado utilizarla —respondió el albino.

Mientras hablaban, se acercaron al caballo pero éste no permitió que se aproximaran demasiado. Con un relincho, retrocedió manteniendo la misma distancia entre él y los hombres.

—Perdemos el tiempo, conde Smiorgan —dijo Elric finalmente—. Volvamos en seguida a tu nave y olvidémonos de soles azules y caballos encantados lo antes posible. Una vez a bordo, ten la seguridad de que te ayudaré con algún pequeño hechizo, pues vamos a necesitar cualquier tipo de ayuda si queremos gobernar un barco grande nosotros solos.

Siguieron la marcha, pero el caballo continuó tras sus pasos, siempre a cierta distancia. Llegaron al borde de los acantilados, que se alzaban a gran altura sobre una cerrada bahía rocosa en la cual permanecía anclada una embarcación que ofrecía un lastimoso aspecto. El barco tenía la línea alta y refinada de los mercantes de las Ciudades Púrpura, pero en sus cubiertas había un amasijo de jirones de lona, fragmentos de cabos rotos, maderos astillados, balas de tela reventadas, ánforas de vino derramadas y restos de todo tipo, mientras que los pasamanos y las bordas estaban rotos en varios puntos y dos o tres vergas habían caído en pedazos. Era evidente que la nave había padecido tormentas y combates y resultaba sorprendente que todavía flotara.

—Tendremos que arreglarnos lo mejor que podamos, utilizando sólo la vela mayor para movernos —musitó Smiorgan—. Afortunadamente, podemos recuperar suficiente comida para sobrevivir...

—¡Mira! —exclamó Elric, convencido de haber visto a alguien en las sombras, cerca de la cubierta de popa—. ¿Dejaron los piratas a alguien de guardia en la nave?

—No.

—¿No has visto a alguien a bordo hace un instante?

—Los ojos me juegan malas pasadas —respondió Smiorgan—. Debe de ser esa condenada luz. A bordo sólo debe de haber un par de ratas, y eso será lo que has visto.

—Es posible.

Elric volvió la cabeza. El caballo pacía entre la hierba parda, sin dar muestras de advertir su presencia.

—Bien, pongamos fin al viaje.

Descendieron trabajosamente por la empinada pared del acantilado y no tardaron en llegar a la orilla. Desde allí, vadearon las aguas poco profundas hasta las cercanías de la nave, ascendieron por las resbaladizas escalas que todavía colgaban de la borda y, por fin, pusieron pie en la cubierta con cierto alivio.

—Ya me siento más seguro —comentó Smiorgan—. ¡Esta nave ha sido mi hogar durante mucho tiempo!

El marino revolvió entre los restos desordenados de la carga hasta encontrar un ánfora de vino intacta, le quitó el sello y la pasó a Elric. Éste levantó el pesado recipiente y dejó que fluyera a su boca un trago de aquel vino delicioso. Cuando el conde Smiorgan se disponía a beber, Elric apreció de nuevo un movimiento cerca de la cubierta de popa y se dirigió hacia ella.

Ahora no cabía ninguna duda: estaba oyendo una respiración acelerada, entrecortada, como el jadeo de alguien que quisiera reprimir la necesidad de respirar antes de ser descubierto. El sonido apenas era audible pero el oído del albino, al contrario que su vista, era muy fino. Con la mano preparada para desenvainar la espada, se dirigió al lugar de donde procedían los jadeos, con Smiorgan a su espalda.

La mujer salió de su escondite antes de que Elric llegara hasta ella. El cabello le caía en gruesos y sucios mechones sobre un rostro de pálidas facciones; tenía los hombros hundidos y los brazos le colgaban sin fuerza a los costados, e iba cubierta con un vestido lleno de manchas y desgarrones.

Cuando Elric se aproximó a ella, la mujer cayó de rodillas ante él.

—Quítame la vida —dijo humildemente—, pero te ruego que no me lleves de vuelta ante Saxif D'Aan, pues supongo que debes ser uno de sus siervos o parientes.

—¡Es ella! —exclamó Smiorgan, lleno de asombro—. Es nuestra pasajera. Debe de haber permanecido oculta aquí todo este tiempo.

Elric avanzó un paso, tomó por la barbilla a la muchacha y estudió su rostro. Tenía un aire melnibonés en sus facciones pero, a juicio del albino, pertenecía más bien al pueblo de los Reinos Jóvenes. Además, le faltaba el porte altivo de las mujeres de Melniboné.

—¿Cuál es ese nombre que has citado, muchacha? —le preguntó con suavidad—. ¿Te he oído mencionar a Saxif D'Aan? ¿Te refieres al conde Saxif D'Aan de Melniboné...?

—En efecto, señor.

—No temas, entonces, pues no soy su criado —la tranquilizó Elric—. En cuanto al parentesco, supongo que debo considerarme familiar suyo por parte de madre... o, mejor, por parte de abuela. Saxif fue un antepasado mío, pero debe llevar muerto dos siglos, por lo menos.

—¡No! —replicó la muchacha—. Saxif está vivo, mi señor.

—¿En esta isla?

—Esta isla no es su hogar, pero Saxif existe en este plano. Yo intenté escapar de él a través de la Puerta Carmesí. Huí en una chalupa por esa puerta y llegué a la ciudad donde tú me encontraste, conde Smiorgan, pero Saxif me llevó de vuelta cuando ya estaba a bordo de tu nave. Me llevó de vuelta a mí y al barco. Ahora, sé que me está buscando. Percibo su presencia cada vez más cerca.

—¿Es invisible? —preguntó de pronto Smiorgan—. ¿Monta acaso un caballo blanco?

—¡Lo veis! —exclamó ella con un jadeo—. ¡Está realmente aquí! ¿Por qué, si no, habría de aparecer el caballo en esta isla?

—¿Saxif lo monta? —insistió Elric.

—¡No, no! Teme tanto a ese caballo como yo le temo a él. ¡El caballo le persigue!

Elric sacó de su morral la rueda de oro melnibonesa.

—¿Le quitaste tú estas monedas al conde Saxif D'Aan?

—Sí.

El albino frunció el ceño.

—¿Quién es ese hombre, Elric? —quiso saber el conde Smiorgan—. Tú acabas de llamarle antepasado, pero él está vivo en este mundo. ¿Qué sabes de él?

Elric sostuvo la gran rueda de oro en su mano y la sopesó antes de volverla a guardar en el morral.

—Era una especie de leyenda en Melniboné. Su historia forma parte de nuestra literatura. Era un gran hechicero, uno de los mayores, y una vez se enamoró. Ya es bastante raro que un melnibonés se enamore, en el sentido que otros entienden esa emoción, pero más extraño es que vuelque ese sentimiento en una muchacha que ni siquiera es de su misma raza. Según tengo entendido, su enamorada era medio melnibonesa pero procedía de una tierra que en aquel tiempo era una posesión melnibonesa, una provincia occidental próxima a Dharijor. Saxif la compró en un lote de esclavos que pensaba utilizar para un experimento mágico, pero la separó de los demás, evitándole el destino que debieron padecer los otros. Saxif la colmó de atenciones y le concedió cuanto pedía. Por ella abandonó sus prácticas, se retiró a una vida tranquila lejos de Imrryr y creo que la muchacha mostró por él cierto afecto, aunque no parece que le amara. Había entonces otro hombre, llamado Carolak, también medio melnibonés, que se había hecho mercenario en Shazar y que había conseguido el favor de la corte shazariana. Antes del secuestro, la muchacha había estado prometida con el tal Carolak y...

—¿Ella le amaba? —preguntó Smiorgan.

—Estaba prometida para casarse con él, pero déjame terminar el relato... —continuó Elric—. Pues bien, finalmente Carolak, ya hombre acaudalado y sólo superado en honores por el rey de Shazar, tuvo noticias del destino de la muchacha y juró rescatarla. Llegó a las costas de Melniboné con unos corsarios y, con la ayuda de la magia, buscó el palacio de Saxif D'Aan. A continuación, fue al encuentro de la muchacha, a quien halló por fin en los aposentos que Saxif había destinado a ella. La muchacha, sorprendentemente, se resistió a acompañarle arguyendo que llevaba demasiado tiempo como esclava en el harén melnibonés para readaptarse a la vida de princesa en la corte shazariana. Carolak, al escucharla, se burló de ella y la raptó. Consiguió escapar del castillo, subió a la muchacha a la silla de su caballo y ya se disponía a reunirse con sus hombres en la costa cuando Saxif D'Aan dio al fin con él. Carolak, creo recordar, murió en el encuentro o fue objeto de un encantamiento. Sin embargo, Saxif D'Aan, presa de unos terribles celos y convencido de que la muchacha había proyectado la fuga con su amante, dio orden de que muriera en la Rueda del Caos, una máquina de forma muy parecida a la de esa moneda. Sus extremidades fueron descoyuntadas lentamente y Saxif permaneció largos días sentado ante ella, contemplándola mientras moría. Le arrancaron la piel a tiras y el conde Saxif D'Aan observó cada detalle del tormento. Pronto quedó de manifiesto que las pócimas y sortilegios empleados para mantenerla con vida ya no surtían efecto y Saxif ordenó que la sacaran de la Rueda del Caos y la acostaran en un lecho. «Bien —dijo entonces—, has recibido tu castigo por traicionarme y me alegro. Ahora puedes morir.» Y Saxif vio que sus labios, temerosos y cubiertos de sangre seca, se movían ligeramente, y acercó el oído para escuchar sus palabras.

—¿Cuáles fueron? ¿Una promesa de venganza? —preguntó Smiorgan.

—Su último gesto fue un intento de abrazar a Saxif. Y sus palabras fueron unas que nunca le había susurrado hasta entonces, por más que él había deseado oírlas de sus labios. La muchacha sólo musitó una y otra vez, hasta exhalar el último suspiro: «Te quiero, te quiero, te quiero». Y luego murió.

Smiorgan se mesó la barba.

—¡Dioses! ¿Qué sucedió entonces? ¿Qué hizo tu antepasado?

—Conoció el remordimiento.

—¡Por supuesto!

—No tanto, tratándose de un melnibonés. El remordimiento es una emoción poco habitual entre nosotros. Son contados los que la han experimentado alguna vez. Atormentado por ella, el conde Saxif D'Aan dejó Melniboné para no volver jamás. La historia supone que murió en alguna tierra remota, tratando de compensar lo que había hecho a la única criatura que había amado en su vida. Sin embargo, ahora parece que no fue así, sino que vino en busca de la Puerta Carmesí, creyéndola quizá una entrada al Infierno.

—Pero ¿por qué querría acosarme a mí? —exclamó la muchacha—. ¡Yo no soy esa mujer! Mi nombre es Vassliss y soy hija de un mercader de Jharkor. Me dirigía a visitar a mi tío en Vilmir cuando nuestro barco naufragó. Unos cuantos conseguimos salvarnos en un bote, pero sufrimos nuevas tormentas. Me caí del bote y empezaba a ahogarme cuando... —se estremeció—, cuando la galera de ese hombre me encontró. Entonces me sentí muy agradecida...

—¿Qué sucedió después? —preguntó Elric al tiempo que apartaba los enmarañados cabellos de su rostro y le ofrecía un sorbo de vino que ella tomó con agrado.

—Me llevó a su palacio y me dijo que se casaría conmigo, que debía ser su emperatriz para siempre y gobernar a su lado. Sin embargo, yo tenía miedo. Había tanto dolor en él... y tanta crueldad. Pensé que me devoraría, que me destruiría. Poco después de mi captura, tomé el dinero y el bote y huí hacia la puerta, de la que él me había hablado...

—¿Podrías encontrarla por nosotros? —preguntó Elric.

—Creo que sí. Tengo algunos conocimientos de navegación que aprendí de mi padre. Sin embargo, ¿de qué serviría eso, señor? Él nos encontraría y nos llevaría de vuelta. Y debe de estar muy cerca, en este preciso momento.

—Yo también conozco algo de hechicería y la emplearé contra Saxif D'Aan, si es preciso —trató de tranquilizarla Elric. Luego, se volvió hacia el conde Smiorgan y le preguntó—: ¿Podemos izar la vela en seguida?

—Casi en seguida.

—Entonces, démonos prisa, conde Smiorgan el Calvo. Quizá posea el medio de cruzar esa Puerta Carmesí y librarme de tener más que ver en los asuntos de los muertos.

# 4

Bajo la atenta mirada del conde Smiorgan y de Vassliss de Jharkor, Elric se dejó caer sobre la cubierta, pálido y jadeando. Su primer intento de obrar el hechizo en aquel mundo había fracasado y le había dejado exhausto.

—Ahora estoy más convencido —dijo a Smiorgan— de que estamos en otro plano de existencia, pues debería haber completado mis encantamientos con menos esfuerzo.

—Has fracasado.

—Lo intentaré otra vez —repuso Elric.

Se levantó con alguna dificultad. Volvió hacia el cielo su pálida faz, cerró los ojos, extendió los brazos y tensó el cuerpo mientras iniciaba de nuevo el encantamiento. Su voz se elevó, se hizo más y más potente, hasta que pareció el rugido de una galerna.

Olvidó dónde estaba; olvidó su propia identidad; olvidó a quienes estaban con él mientras toda su mente se concentraba en la invocación. Lanzó su llamada más allá de los confines del mundo, hasta aquel extraño plano donde habitaban los espíritus, donde todavía podían ser halladas las poderosas criaturas del aire: los *silfos* de la brisa, y los *sharnahs* que vivían en las tormentas, y los más poderosos de todos, los *h'Haarshanns*, criaturas del torbellino.

Y, por fin, alguno de ellos empezó a acudir a su llamada, dispuesto a servirle como habían servido a sus antepasados, en virtud de un antiguo pacto. Y, poco a poco, la vela de la nave empezó a hincharse y los maderos crujieron, y Smiorgan levó el ancla y el barco se alejó de la isla dejando atrás la boca rocosa del puerto hasta salir a mar abierto, todavía bajo un extraño sol azul.

Pronto se formó en torno a ellos una ola enorme que levantó la nave y la transportó sobre el océano de tal manera que el conde Smiorgan y la muchacha se maravillaron de la velocidad que llevaban, mientras Elric, con sus ojos carmesíes abiertos de nuevo pero ciegos e inexpresivos, continuaba la salmodia a sus invisibles aliados.

Así progresó la nave sobre las aguas del mar y, al fin, la isla quedó fuera de la vista y la muchacha, tras medir su posición por el sol, logró dar al conde Smiorgan información suficiente para que éste pudiera trazar un rumbo.

Cuando pudo, Smiorgan acudió junto a Elric, que seguía inmóvil en cubierta con los miembros tan rígidos como antes, y le sacudió por los hombros.

—¡Elric! Te matarás con este esfuerzo. ¡Ya no necesitamos más a tus amigos!

Al instante, el viento cesó y la ola se dispersó y Elric cayó rodando sobre la cubierta, jadeando.

—Aquí es más difícil —musitó—. Aquí es mucho más difícil. Ha sido como si tuviera que llamar a través de distancias mucho mayores de lo que nunca había experimentado.

Tras esto, Elric cayó dormido.

Yació en una cálida litera de un frío camarote. A través de la portilla se filtraba una difusa luz azulada. Su olfato captó el aroma a comida caliente y, volviendo la cabeza, vio a Vassliss de pie junto al lecho con una taza de caldo en las manos.

—He podido cocinar esto —dijo la muchacha—. Te ayudará a recuperarte. Según mis cálculos, estamos acercándonos a la Puerta Carmesí. Las aguas están siempre encrespadas en torno a la puerta, de modo que pronto necesitarás tus fuerzas.

Elric le dio las gracias con cortesía y se tomó el caldo bajo la mirada de la muchacha.

—Eres muy parecido a Saxif D'Aan —murmuró—, aunque más duro en cierto modo... y más gentil, también. Saxif es muy altivo. Comprendo que esa muchacha no pudiera decirle nunca que le amaba.

—¡Bah! —sonrió Elric—. Probablemente, esa historia que conté no es más que un cuento popular. Este Saxif tuyo podría ser otra persona distinta... o incluso un impostor que haya tomado ese nombre. Incluso podría ser un hechicero. Algunos brujos adoptan nombres de otros porque creen que esto les proporciona más poder.

Llegó un grito de cubierta, pero Elric no logró descifrar las palabras.

La muchacha puso expresión de alarma. Sin decir una palabra a Elric, salió corriendo de la cabina.

Elric se levantó y, tambaleándose, subió la escalerilla tras ella.

El conde Smiorgan el Calvo estaba al timón de la nave y señalaba hacia el horizonte, a popa.

—¿Qué te parece eso, Elric?

El albino escrutó el horizonte pero no vio nada. A menudo, como ahora, los ojos le servían de poco. En cambio, la voz de la muchacha dijo con serena desesperación:

—Es una vela dorada.

—¿La reconoces? —le preguntó Elric.

—Sí, claro que sí. Es el galeón del conde Saxif D'Aan. Nos ha encontrado. Quizá estaba esperando en nuestra ruta, sabedor de que vendríamos aquí.

—¿A cuánta distancia estamos de la Puerta?

—No estoy segura.

En aquel momento, llegó hasta ellos un terrible estrépito procedente de abajo, como si algo quisiera abrir un boquete en el casco de la nave.

—¡Es en las escotillas de proa! —gritó Smiorgan—. ¡Ve a investigar de qué se trata, amigo Elric, pero ten mucho cuidado!

Elric bajó con cautela la cubierta de una de las escotillas y echó un vistazo a la húmeda bodega. El ruido de golpes y patadas continuó y, cuando sus ojos se adaptaron a la luz, descubrió su origen.

Allí estaba el caballo blanco. El animal relinchó al verle, casi como si le saludara.

—¿Cómo subió a bordo? —preguntó Elric—. Yo no vi ni escuché nada.

La muchacha estaba casi tan pálida como Elric. Se dejó caer de rodillas junto a la escotilla y se cubrió el rostro con las manos.

—¡Estamos en sus manos! ¡Estamos en sus manos!

—Todavía tenemos una posibilidad de alcanzar a tiempo la Puerta Carmesí —intentó tranquilizarla Elric—. Y, una vez en mi mundo, seguro que puedo invocar una magia mucho más poderosa que nos proteja.

—No —sollozo ella—, es demasiado tarde. ¿Por qué, si no, estaría aquí ese caballo?

—Tendrá que enfrentarse a nosotros antes de tenerte —prometió Elric.

—No has visto a sus hombres. Todos ellos son asesinos, criminales desesperados, una jauría de lobos... No tendrán piedad con vosotros. Será mejor que me entreguéis a Saxif D'Aan en seguida y os pongáis a salvo. No conseguiréis nada tratando de protegerme. Sin embargo, quiero pedirte un favor.

—¿De qué se trata?

—Proporcióname una daga para que pueda darme muerte cuando sepa que estáis a salvo.

Elric se echó a reír mientras la obligaba a ponerse en pie.

—No toleraré un final tan melodramático para ti, muchacha. Permaneceremos juntos. Quizá podamos llegar a un trato con Saxif D'Aan.

—¿Qué tienes para negociar?

—Muy poco, pero él no lo sabe.

—Al parecer, es capaz de leer los pensamientos. ¡Posee grandes poderes!

—Yo soy Elric de Melniboné, y tengo fama de poseer cierta facilidad en las artes mágicas.

—Pero no eres tan testarudo como Saxif D'Aan —replicó ella llanamente—. Sólo una cosa le obsesiona: la necesidad de hacerme su consorte.

—Muchas chicas se sentirían halagadas con la proposición; estarían encantadas siendo emperatrices y con un emperador melnibonés por esposo —comentó Elric, irónico.

La muchacha hizo caso omiso de su tono.

—Por eso le temo tanto —dijo en un murmullo—. Si perdiera mi determinación por un instante, podría amarle. ¡Y ello me destruiría! ¡Debió de ser eso lo que la muchacha de tu relato sabía!

# 5

El brillante galeón de casco y velamen dorados, que producía la impresión de que el propio sol les persiguiera, avanzó rápidamente hacia ellos mientras la muchacha y el conde Smiorgan lo contemplaban horrorizados y Elric trataba desesperadamente de invocar a sus espíritus aliados, sin éxito.

La nave dorada surcó las aguas tras ellos, inexorable, bajo la pálida luz azulada. Sus dimensiones eran enormes, su sensación de poder era inmensa y su proa gigantesca levantaba grandes olas espumeantes a ambos costados mientras se acercaba en silencio hacia la otra embarcación.

Con el aire de un hombre que se preparara para enfrentarse a la muerte, el conde Smiorgan el Calvo, de las Ciudades Púrpura, descolgó el hacha de guerra de su espalda y preparó la espada en su vaina, al tiempo que se colocaba el casquete de metal sobre su calva coronilla. La muchacha no hizo ningún ruido, ningún movimiento, pero empezó a derramar lágrimas.

Elric sacudió la cabeza y, por un instante, su larga cabellera lechosa formó un halo en torno a su rostro. Sus tristes ojos carmesíes empezaron a enfocar el mundo que le rodeaba. Reconoció la nave, que tenía la silueta de los dorados barcos de guerra de Melniboné. Sin duda, era el barco en el que el conde Saxif D'Aan había huido de su patria en busca de la Puerta Carmesí. Ahora, Elric se convenció al fin de que debía tratarse del mismo Saxif D'Aan y sintió menos miedo que sus compañeros, pero mucha más curiosidad. De hecho, casi le entró nostalgia al observar la bola de fuego que, lanzada desde la catapulta delantera de la nave, se acercaba hacia ellos por el aire con una brillante luz verde, chisporroteando y silbando como un meteorito natural. Elric casi esperó ver aparecer en el cielo un gran dragón, pues habían sido los dragones y las naves de guerra como aquélla los instrumentos mediante los cuales Melniboné había conquistado el mundo tiempo atrás.

La bola de fuego cayó al mar a pocos palmos de la proa; era evidente que había sido dirigida allí deliberadamente, como advertencia.

—¡No te detengas! —gritó Vassliss—. ¡Deja que las llamas acaben con nosotros! ¡Será lo mejor!

Smiorgan tenía la mirada levantada al cielo.

—No tenemos ninguna posibilidad—murmuró—. ¡Mirad! Parece que haya ordenado detenerse al viento.

Sobre la nave había caído una encalmada. Elric sonrió tétricamente. Ahora sabía lo que debían haber sentido los marinos de los Reinos Jóvenes cuando sus antepasados habían utilizado idénticas tácticas contra ellos.

—¿Es de tu raza esa gente, Elric? —preguntó Smiorgan, volviéndose hacia el albino—. Esa nave es melnibonesa, sin duda.

—También lo son sus métodos —confirmó Elric—. Yo pertenezco a la estirpe real de Melniboné. Ahora mismo, podría ser emperador si decidiera reclamar mi trono. Existe una remota posibilidad de que el conde Saxif D'Aan, pese a ser un antepasado, reconozca mi persona y, por tanto, mi autoridad. La raza de la Isla del Dragón somos gente conservadora.

Con total abatimiento, la muchacha murmuró entre sus labios resecos:

—Ese hombre sólo reconoce la autoridad de los Señores del Caos, que le prestan su ayuda.

—Todos los melniboneses reconocen tal autoridad —le respondió Elric con cierta ironía.

El estruendo de los relinchos y del piafar del caballo en la bodega de proa aumentó.

—¡Estamos asediados por los encantamientos! —exclamó el conde Smiorgan, cuyas facciones normalmente sonrosadas habían palidecido—. ¿No tienes tú, príncipe Elric, alguno que puedas usar para contrarrestarlos?

—Al parecer, no.

La nave dorada *se* abalanzó sobre ellos. Elric vio que la borda, muy por encima de su cabeza, estaba a rebosar de guerreros; no eran soldados de Imrryr, sino asesinos y degolladores tan desesperados como el grupo de piratas al que se había enfrentado en la isla y, aparentemente, salidos de la misma variedad de periodos históricos y de naciones. Los largos remos del galeón rozaron el costado de la nave más pequeña al plegarse hacia atrás, como las patas de un insecto acuático, para permitir el lanzamiento de los garfios de abordaje. Las puntas aceradas se clavaron en los maderos de la nave más pequeña y la turba de bandidos lanzó un rugido de alegría mientras amenazaba a Elric y sus compañeros alzando las armas y sonriendo aviesamente.

La muchacha echó a correr hacia el costado del barco que daba a aguas libres, pero Elric la asió por

el brazo.

—¡No me detengas, te lo ruego! —suplicó ella—. ¡Acompáñame, salta conmigo y ahoguémonos juntos!

—¿Crees que la muerte te salvará de Saxif D'Aan? —replicó Elric—. Si ese hombre posee el poder que dices, la muerte sólo te conducirá a caer más firmemente en sus manos.

—¡Oh!

La muchacha se estremeció. Luego, al tiempo que una voz se dirigía a ellos desde una de las altas cubiertas de la nave dorada, Vassliss soltó un gemido y se desmayó en los brazos de Elric de tal manera que, debilitado como se hallaba tras su invocación a los espíritus, el albino estuvo a punto de caer con ella a la cubierta inferior.

La voz se elevó sobre los roncos gritos y risotadas de los tripulantes. Era una voz pura, melodiosa y sarcástica. Sin duda, pertenecía a un melnibonés aunque hablaba en la lengua común de los Reinos Jóvenes, derivada del idioma del Brillante Imperio.

—¿Me da permiso el capitán para subir a bordo?

—¡Nos tenéis bien agarrados, señor! —respondió el conde Smiorgan con un gruñido—. ¡No pretendáis disimular vuestro acto de piratería con palabras educadas!

—Así pues, entiendo que me concedéis permiso —añadió el invisible interlocutor, manteniendo exactamente el mismo tono de voz.

Elric observó que una sección del pasamanos era retirada para permitir la colocación de una pasarela de desembarco, tachonada de clavos dorados para poder afianzar mejor los pies, por la que pasar de la cubierta del galeón a la de la nave atacada.

Una elevada figura apareció en la parte superior de la pasarela. Tenía los rasgos delicados de un noble melnibonés, un cuerpo delgado de porte orgulloso, envuelto en voluminosos ropajes de tela de oro, y llevaba un esmerado casco de oro y ébano sobre sus largos mechones castañorrojizos. Tenía los ojos grisazulados, la piel pálida ligeramente acalorada y, hasta donde Elric pudo apreciar, no llevaba armas de ningún tipo.

Con aire considerablemente digno, el conde Saxif D'Aan empezó a descender por la pasarela seguido de sus secuaces. El contraste entre aquel hermoso intelectual y los hombres a sus órdenes resultaba extraordinario. Mientras él caminaba con la espalda erguida y paso noble y elegante, los otros avanzaban con indolencia, sucios, degenerados, con expresión estúpida y una sonrisa de placer ante la fácil victoria que les aguardaba. Ninguno entre ellos mostraba el menor rastro de dignidad humana. Todos iban sobrecargados de ropas finas, aunque sucias y andrajosas, y cada uno llevaba al menos tres armas sobre su persona. Elric observó, además, la gran cantidad de joyas procedentes de botines que lucían en sus cuerpos: aros nasales, pendientes, brazaletes, collares, anillos en los dedos de las manos y de los pies, colgantes, agujas y demás.

—¡Dioses! —murmuró Smiorgan—. Nunca había visto una colección de escoria humana como ésa, y creía haber tropezado con lo peor a lo largo de mis viajes. ¿Cómo puede soportar tal compañía un hombre como éste?

—Quizá se ajusta a su sentido de la ironía —apuntó Elric.

El conde Saxif D'Aan saltó a la cubierta de la nave apresada y se detuvo a contemplar a sus ocupantes, que todavía se encontraban en sus posiciones anteriores, a popa de la embarcación. Les dirigió un saludo con una leve inclinación de cabeza. Sus facciones seguían inexpresivas y únicamente sus ojos sugerían en alguna medida la intensidad de la emoción que albergaba en su interior, en especial cuando se posaron en la figura de la muchacha, que Elric aún sostenía en sus brazos.

—Soy el conde Saxif D'Aan de Melniboné, ahora de las Islas más allá de la Puerta Carmesí. Tenéis con vosotros algo que me pertenece, y he venido a reclamarlo.

—¿Te refieres a la dama Vassliss de Jharkor? —repuso Elric con la misma firmeza que Saxif en su voz.

Saxif D'Aan pareció advertir por vez primera la presencia de Elric. Frunció el ceño ligeramente durante unos segundos, pero muy pronto desechó toda preocupación.

—Esa mujer es mía —proclamó—. Puedes tener la seguridad de que no sufrirá ningún daño en mis manos.

Elric, sabedor de los riesgos que corría pero buscando sorprender a su interlocutor para conseguir cierta ventaja, se dirigió a él en la Alta Lengua de Melniboné, únicamente utilizada por la familia de sangre real.

—No me fío de tus palabras, Saxif D'Aan, pues conozco tu historia.

El dorado capitán se puso en tensión casi imperceptiblemente y en sus ojos grisazulados hubo un destello de furia.

—¿Quién eres tú, para hablar la Lengua de los Reyes? ¿Quién eres, que afirmas conocer mi pasado?

—Soy Elric, hijo de Sadric, y soy el cuatrocientos veintiocho Emperador del pueblo de R'lin K'ren A'a, que llegó a la Isla del Dragón hace diez mil años. Soy Elric, tu Emperador, conde Saxif D'Aan, y exijo tu

fidelidad.

Mientras decía estas palabras, Elric alzó la mano derecha, en la que aún brillaba un anillo elaborado con una única piedra de Actorios, el Anillo de los Reyes.

El conde Saxif había recobrado el pleno control de sí mismo y no dio la menor señal de sentirse impresionado.

—Tu soberanía no se extiende más allá de tu propio mundo, noble Emperador, aunque te saludo como monarca, igual a mí en dignidad. —Saxif abrió los brazos y las largas mangas de su indumentaria de seda y oro produjeron un audible crujido. Luego, añadió—: Este mundo es mío. Yo gobierno todo cuanto existe bajo el sol azul. Por lo tanto, eres un intruso en mis dominios y tengo derecho a hacer lo que me plazca.

—Bravatas de pirata —murmuró el conde Smiorgan, que no había entendido una palabra de la conversación, pero que se hacía una idea de la situación por el tono de voz de los dos melniboneses—. Bravuconerías. ¿Qué está diciendo, Elric?

—Quiere convencerme de que no es un pirata en el sentido que tú lo entiendes, conde Smiorgan. Afirma que es el gobernante de este plano y, dado que al parecer no hay otro, debemos aceptar su palabra.

—¡Dioses! Entonces, que se comporte como un monarca y nos deje salir sanos y salvos de sus aguas.

—Nos lo permitirá, en efecto... si le entregamos a la muchacha.

—Jamás haré tal cosa. Es mi pasajera y está a mi cargo, de modo que antes debo morir que ceder. Así está escrito en el Código de los Señores del Mar de las Ciudades Púrpura.

—Y tenéis fama de cumplir siempre ese código —asintió Elric—. En cuanto a mí, he tomado a esa muchacha bajo mi protección y, como Emperador de Melniboné por línea dinástica, no puedo permitir que me amenacen.

Los dos hombres habían sostenido esta conversación en un susurro pero, de algún modo, el conde Saxif D'Aan les había oído.

—Debo haceros saber —dijo con voz pausada en la lengua común— que esa muchacha me pertenece. Tú pretendes robármela. ¿Es ésa la actitud propia de un emperador?

—No es ninguna esclava —replicó Elric—, sino la hija de un mercader libre de Jharkor. No tienes ningún derecho sobre ella.

—En este caso, no podré abrir la Puerta Carmesí para vosotros —continuó el conde Saxif—. Deberéis permanecer para siempre en mi mundo.

—¿Tú has cerrado esa puerta? ¿Es posible?

—Lo es, para mí.

—Sabes muy bien que esa muchacha preferiría morir a ser capturada por ti, conde Saxif D'Aan. ¿Te complace acaso inspirar tal terror en ella?

El hombre dorado clavó su mirada en los ojos de Elric como si le lanzara un críptico desafío.

—El dolor ha sido siempre uno de los regalos preferidos entre nuestro pueblo, ¿no es verdad? Pero aún hay otro regalo que le ofrezco. Ella se hace llamar Vassliss de Jharkor, pero no sabe quién es en realidad. Yo la conozco: es Gratyesha, princesa de Fwem-Omeyo, y deseo hacerla mi esposa.

—¿Cómo es posible que no conozca su propio nombre?

—Se ha reencarnado. Su carne y su espíritu son idénticos; por eso la conozco. He esperado incontables años para encontrarla, Emperador de Melniboné. Y ahora no me engaño con ella.

—¿Como no te engañaste hace un par de siglos, en Melniboné?

—Corres un gran riesgo con ese lenguaje tan directo, herma no monarca...

En la voz de Saxif D'Aan había un asomo de advertencia, una amenaza mucho mas feroz de lo que podía deducirse de las palabras.

—Bien —se encogió de hombros Elric—, tú estas en posición de superioridad. Mis hechizos no tienen mucho efecto en tu mundo y esos rufianes tuyos nos superan en número. No debería serte difícil arrebatárnosla.

—Debéis entregármela. Si lo hacéis, podréis marcharos libremente y regresar a vuestro mundo y a vuestro tiempo.

—Creo ver aquí algún asunto de magia —sonrió Elric—. Vassliss no es ninguna reencarnación. Lo que pretendes es traer el espíritu de tu amor perdido del otro mundo para que habite el cuerpo de la muchacha, ¿me equivoco? Por eso debe ser entregada a ti libremente, o de lo contrario tu magia podría volverse contra ti. Y no estás dispuesto a correr ese riesgo.

El conde Saxif D'Aan volvió la cabeza a un lado para que Elric no pudiera ver sus ojos.

—Es la misma muchacha —murmuró en la Alta Lengua—, sé que lo es. No tengo intención de hacer el menor daño a su espíritu. Sencillamente, me propongo devolverle la memoria.

—Entonces, estamos en tablas —dijo Elric.

—¿No guardarás lealtad a un hermano de la misma sangre real? —murmuró Saxif D'Aan, evitando todavía la mirada de Elric.

—Según recuerdo, tú no has ofrecido guardármela tampoco, conde Saxif. Si me aceptas como tu

emperador, tienes que aceptar también mis decisiones. Conservaré a la muchacha bajo mi custodia. Si la quieres, tendrás que tomarla por la fuerza.

—Soy demasiado orgulloso.

—Tanto orgullo destruirá siempre el amor —respondió Elric, casi con compasión—. ¿Y ahora, qué, Rey del Limbo? ¿Qué harás con nosotros?

El conde Saxif D'Aan alzó su noble cabeza, dispuesto a responder, cuando volvió a escucharse el relinchar y piafar del caballo en la bodega de proa. Los ojos de Saxif se abrieron como platos. Miró a Elric interrogativamente y en sus facciones se reflejó algo parecido al terror.

—¿Qué es eso? ¿Qué lleváis en la bodega?

—Una montura, conde, eso es todo —respondió Elric con voz tranquila.

—¿Un caballo? ¿Un caballo normal?

—Sí, un caballo blanco. Un semental con silla y bridas, pero sin jinete.

Al instante, Saxif D'Aan alzó la voz para dar órdenes a sus hombres.

—Llevad a esos tres a bordo de nuestro barco. Esta nave debe ser hundida inmediatamente. ¡De prisa, de prisa!

Elric y Smiorgan se sacudieron de encima las manos que pretendían agarrarles y avanzaron hacia la pasarela llevando a la muchacha entre ambos, mientras Smiorgan murmuraba:

—Por lo menos, no nos han matado todavía, Elric. Sin embargo, ¿qué será de nosotros ahora?

Elric sacudió la cabeza y contestó:

—Debemos esperar que podamos seguir utilizando el orgullo del conde Saxif D'Aan contra él, sacándole ventaja, aunque sólo los dioses saben cómo resolveremos la situación.

El conde Saxif D'Aan ya cruzaba apresuradamente la pasarela delante de ellos.

—¡Rápido! —gritó—. ¡Levantad la pasarela!

Los prisioneros permanecieron en las cubiertas de la dorada nave de guerra contemplando cómo era retirada la pasarela y volvía a ser colocada la sección del pasamanos.

—Preparad las catapultas —ordenó Saxif D'Aan a sus hombres—. Utilizad plomo. ¡Hundid inmediatamente ese barco!

El estruendo de la proa aumentó. La voz del caballo resonó sobre las dos embarcaciones y sobre el agua. Las pezuñas golpearon los maderos y, de pronto, el animal irrumpió a través de los mamparos de las escotillas, pugnó por recuperar el equilibrio en la cubierta con sus patas delanteras y se detuvo allí, pateando contra los tablones con el cuello arqueado, los ollares dilatados y los ojos brillantes, como si se dispusiera a entrar en combate.

Ahora, Saxif D'Aan no hizo el menor intento para ocultar el terror de su rostro. Su voz se alzó en un grito mientras amenazaba a sus secuaces con horrores de todo tipo si no le obedecían con la máxima urgencia. Las catapultas fueron colocadas adecuadamente y con ellas fueron lanzadas sobre las cubiertas del barco de Smiorgan unas enormes granadas de plomo que rompieron los maderos como harían las flechas con un pergamino, haciendo que la nave empezara a hundirse casi al instante.

—¡Cortad los garfios de abordaje! —ordenó Saxif D'Aan, arrancando una espada de las manos de uno de sus hombres y segando de un tajo la cuerda más próxima. ¡Cortad las amarras! ¡De prisa!

Todas las cuerdas fueron soltadas mientras el barco de Smiorgan gemía y rugía como un animal en trance de ahogarse. En un abrir y cerrar de ojos, la quilla volcó y el caballo desapareció de la vista.

—¡Cambio de rumbo! —gritó Saxif D'Aan—. ¡Volvemos a Fhaligarn! ¡Daos prisa en la maniobra, o vuestra alma servirá de alimento a mis demonios más feroces!

Cuando el barco de Smiorgan lanzó un último crujido y fue tragado por las olas con la popa en alto, desde las aguas espumeantes llegó hasta los hombres un relincho extraño, muy agudo. Elric alcanzó a ver, por un instante, al semental blanco nadando enérgicamente.

—¡Id abajo! —ordenó Saxif D'Aan, señalando una escotilla—. El caballo debe oler a la muchacha y por eso es más difícil perderle de vista.

—¿Por qué le temes tanto? —preguntó Elric—. Sólo es un caballo. No puede hacerte daño.

Saxif le respondió con una carcajada de profunda amargura.

—¿De veras que no, hermano monarca? ¿De veras que no?

Mientras llevaban abajo a la muchacha, Elric mantuvo un aire pensativo, recordando con más detalle la leyenda de Saxif D'Aan, la muchacha a quien castigara con tanta crueldad y su amante, el príncipe Carolak. Lo último que escuchó rugir a Saxif, el hechicero, fue lo siguiente:

—¡Más vela! ¡Más vela!

A continuación, la escotilla se cerró tras ellos y el trío se encontró en una opulenta cabina melnibonesa, cubierta de ricas colgaduras, metales preciosos y objetos de decoración de exquisita belleza y, en opinión del conde Smiorgan, perturbadoramente decadentes. Sin embargo, fue Elric quien captó el aroma mientras ayudaba a la muchacha a recostarse en un sofá.

—¡Ah! Huele a tumba, a humedad y moho. Sin embargo, no hay nada pudriéndose aquí dentro. Es

sumamente extraño, ¿no te parece, amigo Smiorgan?

—Apenas lo había advertido, Elric —respondió Smiorgan con voz ronca—. Sin embargo, estoy de acuerdo contigo en una cosa: estamos encerrados en una tumba. Ahora, dudo que sobrevivamos y logremos escapar de este mundo.

# 6

Había transcurrido una hora desde que les obligaran a pasar a la otra nave. La puerta de la cabina seguía cerrada con llave y, al parecer, Saxif D'Aan estaba demasiado ocupado en escapar del caballo blanco para acordarse de ellos. Asomándose por la celosía de una portilla, Elric alcanzó a ver el lugar donde el barco de Smiorgan había sido hundido. Ya estaban a una gran distancia pero el albino aún creyó ver, de vez en cuando, la cabeza y el lomo del semental sobre las olas.

Vassliss se había recuperado y permanecía sentada en el sofá, pálida y temblorosa.

—¿Qué más sabes de ese caballo? —le preguntó Elric—. Me ayudaría mucho que pudieras recordar cualquier cosa que hayas oído.

—Saxif D'Aan apenas habló de él —respondió la muchacha moviendo la cabeza—, pero pude apreciar que teme más al jinete que al propio caballo.

—¡Ah! —exclamó Elric, frunciendo el ceño—. ¡Lo sospechaba! ¿Has visto alguna vez a ese jinete?

—Jamás. Y creo que tampoco Saxif le ha visto nunca. Me parece que se cree perdido si el jinete vuelve a montar alguna vez ese semental blanco.

Elric sonrió para sí.

—¿A qué vienen tantas preguntas sobre el caballo? —quiso saber Smiorgan.

—Tengo una intuición, eso es todo. Casi un recuerdo. Sin embargo, no voy a contaros nada y voy a pensar en ello lo menos posible, pues no hay duda de que Saxif D'Aan, como sugiere Vassliss, tiene cierta capacidad para leer los pensamientos.

Se oyeron entonces unos pasos que descendían hacia la puerta. Se abrió el pestillo y en el hueco de la puerta apareció Saxif, con las manos ocultas en sus mangas doradas y con aire de haber recobrado plenamente el aplomo.

—Espero que me perdonéis la brusquedad con que os he mandado aquí. Se presentó un peligro que debíamos evitar a toda costa. Debido a ello, mis modales no han sido los que debieran.

—¿Un peligro para nosotros? —preguntó Elric—. ¿O más bien para ti, conde Saxif D'Aan?

—Dadas las circunstancias, para todos nosotros, te lo aseguro.

—¿Quién monta ese caballo? —inquirió Smiorgan bruscamente—. ¿Por qué le teméis?

El conde Saxif D'Aan era otra vez dueño de sí, de modo que no hubo la menor reacción a las palabras.

—Es un asunto estrictamente privado —respondió en voz baja—. ¿Compartiréis ahora mi mesa?

La muchacha lanzó un gemido y el conde Saxif volvió hacia ella una mirada penetrante.

—Gratyesha, seguramente querrás asearte y ponerte hermosa otra vez. Me ocuparé de poner a tu disposición lo necesario.

—Yo no soy Gratyesha —replicó ella—. Soy Vassliss, la hija del mercader.

—Ya lo recordarás —insistió él—. Con el tiempo, lo recordarás. —Había tal certidumbre, tal fuerza obsesiva en su voz, que incluso Elric experimentó un escalofrío de temor—. Te traeré esas cosas. Puedes utilizar esta cabina como aposento hasta que regresemos a mi palacio de Fhaligarn. Caballeros... —añadió, indicándoles con un gesto que saliesen.

—No la dejaré sola, Saxif D'Aan. Está demasiado asustada.

—Sólo teme a la verdad, hermano.

—Te teme a ti y a tu locura.

Saxif se encogió de hombros con indiferencia.

—Está bien, saldré yo primero. Si queréis acompañarme, caballeros...

Dejó la cabina y los prisioneros le siguieron. Elric se detuvo un instante y volviendo la cabeza, dijo a la muchacha:

—Vassliss, puedes confiar en mi protección.

Tras esto, cerró la puerta de la cabina.

El conde Saxif D'Aan ya estaba en la cubierta, con su rostro de nobles rasgos expuesto a la espuma que levantaba el barco mientras avanzaba a velocidad sobrenatural por el océano.

—¿Me has llamado loco, príncipe Elric? Sin embargo, también tú debes de estar versado en brujería...

—Desde luego. Soy de sangre real y tengo fama de conocerla bien en mi propio mundo.

—Pero ¿y aquí? ¿Qué tal actúa aquí tu brujería?

—Mal, lo reconozco. Los espacios entre los planos parecen mayores desde este mundo.

—Exacto, pero yo he conseguido salvarlos. He tenido tiempo de aprender a salvar esos espacios.

—¿Pretendes decir con eso que eres más poderoso que yo?

—Es un hecho evidente, ¿no?

—Lo es, pero no pensaba que fuéramos a enfrentarnos en una batalla de hechizos, conde Saxif D'Aan.

—Naturalmente que no. De todos modos, así te lo pensarás dos veces antes de intentar algún truco mágico, ¿no es cierto?

—Sería una estupidez por mi parte pensar en ello. Me podría costar el alma. O la vida, al menos.

—Es cierto. Veo que eres realista.

—Supongo que sí.

—Así podremos avanzar sobre términos más sencillos para poner fin a la disputa entre nosotros.

—¿Me estás proponiendo un duelo? —preguntó Elric, sorprendido.

—Naturalmente que no —respondió el conde Saxif con una risa relajada—. ¿Contra tu espada? Esa hoja tiene poder en todos los mundos, aunque la magnitud de ese poder varíe.

—Me alegro que lo sepas —murmuró Elric con voz sugerente.

—Además —añadió el conde Saxif D'Aan, cuyas ropas emitieron un crujido sedoso cuando se acercó un poco más al pasamanos—, tú no me matarías... pues sólo yo tengo el medio que os podría permitir escapar de este mundo.

—Quizá escojamos quedarnos —replicó Elric.

—En tal caso, seréis mis súbditos. Pero no... No os gustaría esto. Yo estoy autoexiliado. Ahora no podría volver a mi mundo aunque lo deseara. Mis conocimientos me han costado un gran precio. En cambio, aquí, bajo este sol azul, podría fundar una nueva dinastía. Para eso debo tener a mi esposa, príncipe Elric. Debo tener a Gratyesha.

—Se llama Vassliss —insistió Elric, obstinado.

—Es lo que ella cree.

—Entonces, ése es su nombre. He jurado protegerla, igual que el conde Smiorgan. Ambos la protegeremos. Tendrás que matarnos a los dos.

—Exacto —asintió el conde Saxif D'Aan con el aire de un hombre que ha conducido a un mal alumno hacia la respuesta correcta a un problema—. Exacto. Tendré que mataros a los dos. Me dejas muy pocas alternativas, príncipe Elric.

—¿Acaso te beneficiaría eso?

—Lo haría. Pondría a mi servicio cierto demonio de gran poder durante unas horas.

—Resistiríamos.

—Tengo muchos hombres y no les aprecio mucho. Finalmente, acabarían por venceros, ¿no te parece?

Elric guardó silencio.

—Mis hombres tendrían ayudas mágicas —añadió Saxif D'Aan—. Algunos morirían, pero no muchos.

Elric fijó la mirada en el mar abierto, más allá de Saxif. El albino estaba seguro de que el caballo aún les seguía. Y también estaba seguro de que Saxif D'Aan lo sabía.

—¿Y si entregamos a la muchacha?

—Entonces, abriría para vosotros la Puerta Carmesí. Seríais mis invitados de honor. Me ocuparía de que fuerais transportados sanos y salvos, incluso que llegárais indemnes a alguna tierra hospitalaria de vuestro propio mundo, pues aunque pasárais la puerta seguiríais en peligro, por las tormentas.

Elric pareció meditar.

—Te queda poco tiempo para tomar una decisión, príncipe Elric. Esperaba haber alcanzado ya mi palacio de Fhaligarn y no debemos estar lejos. No dispones de más tiempo. Vamos, toma una resolución. Ya sabes que hablo en serio.

—Sabes que puedo hacer algún hechizo en tu mundo, ¿verdad?

—Sé que han invocado algunos espíritus amistosos en tu ayuda, pero ¿a qué precio? ¿Te atreverás a enfrentarte conmigo directamente?

—Sería poco inteligente por mi parte —replicó Elric. Smiorgan le dio un tirón de la manga.

—Deja ya esta conversación insensata. Saxif sabe que hemos empeñado nuestra palabra a la muchacha y que estamos obligados a luchar contra él.

El conde Saxif D'Aan suspiró y en su voz parecía haber auténtico pesar cuando dijo:

—Si estáis dispuestos a perder la vida...

—Me gustaría saber por qué te importa tanto la rapidez en que tomemos nuestra decisión —comentó Elric—. ¿Por qué no podemos esperar hasta que lleguemos a Fhaligarn?

La expresión del conde Saxif D'Aan era calculadora cuando volvió a clavar su mirada en los ojos carmesíes del albino.

—Creo que ya lo sabes —murmuró con voz casi inaudible. Sin embargo. Elric movió la cabeza en gesto de negativa.

—Me parece que esperas demasiado de mi inteligencia.

—Quizá.

Elric se dio cuenta de que Saxif D'Aan estaba tratando de leer sus pensamientos; deliberadamente, dejó su mente en blanco y creyó percibir cierta frustración en el semblante del brujo.

Y, un instante después, el albino saltó sobre su pariente y su mano se cerró en torno a la garganta de Saxif D'Aan, pillando al conde completamente desprevenido. Intentó gritar, pero tenía paralizadas las cuerdas vocales. Otro golpe de Elric y Saxif cayó al suelo sin sentido.

—De prisa, Smiorgan —gritó Elric, y de inmediato saltó a los obenques, ascendiendo rápidamente por los cordajes hasta las vergas más altas.

Smiorgan, sorprendido, le imitó; Elric había desenvainado la espada y, en el instante mismo de llegar a la cofa del vigía, introdujo la hoja por el pasamanos empalando al marinero por los genitales sin apenas darle tiempo a saber qué sucedía.

En un abrir y cerrar de ojos, Elric empezó a cortar los cabos que amarraban la vela mayor a las jarcias. Un grupo de rufianes de Saxif subía ya tras ellos.

La pesada vela dorada se soltó y, al caer, envolvió a los piratas arrastrando a varios con ella.

Elric se encaramó a la cofa del vigía y arrojó el cadáver de éste por encima de la barandilla, detrás de sus camaradas. Des pués, levantó la espada por encima de su cabeza sosteniéndola con ambas manos, puso de nuevo los ojos en blanco y alzó la cara hacia el sol azul; Smiorgan, asido al mástil debajo de él, notó un escalofrío al escuchar la extraña cantinela que surgía de la garganta del albino.

Un nuevo grupo de rufianes ascendía por el mástil y Smiorgan cortó los cordajes que aún colgaban, teniendo la satisfacción de observar cómo la mitad del grupo caía al vacío hasta romperse los huesos en la cubierta o hasta ser tragada por las olas.

El conde Saxif D'Aan empezaba a recuperarse, pero todavía estaba aturdido.

—¡Estúpido! —se puso a gritar—. ¡Estúpido!

Sin embargo, no había modo de saber si se refería a Elric o a sí mismo.

La voz de Elric se convirtió en un gemido rítmico y escalofriante mientras entonaba su encantamiento, y la fuerza del hombre que había matado fluyó a él y le mantuvo. Sus ojos carmesíes parecían chisporrotear con llamas de otro color indefinible y todo su cuerpo se estremecía mientras las extrañas palabras mágicas se formaban en su garganta, que no había sido hecha para pronunciar tales sonidos.

Su voz se convirtió en un gemido vibrante al continuar el encantamiento y Smiorgan que seguía vigilando mientras un nuevo grupo de tripulantes se esforzaba en ascender por el mástil, notó que atravesaba su cuerpo una sensación de frío espantosa y sobrenatural.

Desde abajo, el conde Saxif D'Aan gritó:

—¡No te atreverás, Elric!

Tras la exclamación, el brujo empezó a hacer pases mágicos en el aire mientras salía de sus labios una nueva invocación. Smiorgan emitió un jadeo cuando una criatura hecha de humo tomó forma apenas unos palmos por debajo de él. El extraño ser produjo un chasquido con los labios, sonrió y extendió una zarpa, que se convirtió en carne y huesos mientras avanzaba hacia Smiorgan, quien descargó la espada contra la garra, gimoteando.

—¡Elric! —consiguió gritar Smiorgan, ascendiendo más por el mástil hasta lograr asirse al pasamanos de la cofa—. ¡Elric! ¡Saxif está enviando demonios contra nosotros!

Sin embargo, Elric no hizo el menor caso. Toda su mente estaba en otro mundo, en un plano más oscuro y desolado que éste en el que ahora se hallaban. Entre una densa niebla gris, el albino vio una silueta y gritó un nombre.

—¡Ven! —exclamó en la antigua lengua de sus antepasados—. ¡Ven!

El conde Smiorgan masculló una maldición mientras el demonio iba materializándose progresivamente. Sus rojos colmillos rechinaban y sus ojos verdes le contemplaban fijamente. Una garra hizo presa en su bota y, por mucho que pugnó por desasirse de ella a golpes de espada, el demonio no pareció notarlos.

En la cofa no había espacio para Smiorgan, pero éste permaneció fuera de ella, asido al pasamanos y pidiendo ayuda desesperadamente, con gritos de terror. Sin embargo, Elric continuó con su salmodia.

—¡Estoy perdido, Elric!

La zarpa del demonio agarró a Smiorgan por el tobillo.

—¡Elric!

Sobre el mar se escuchó un trueno; luego, una bola de luz relampagueante brilló en el cielo durante un segundo y volvió a desaparecer. Llegó a sus oídos, sin poder precisar de dónde, el sonido de las pezuñas de un caballo al galope y el grito de triunfo de una voz humana.

Elric se echó hacia atrás, apoyado en el pasamanos, y abrió los ojos a tiempo de ver cómo Smiorgan era arrastrado lentamente hacia abajo por el demonio. Utilizando las últimas fuerzas que le quedaban, se lanzó de nuevo hacia adelante, extendiendo el brazo todo lo posible para descargar su Tormentosa. La punta de la espada mágica entró limpiamente por el ojo derecho del demonio y éste soltó un rugido, dejando libre a Smiorgan; después, la criatura empezó a golpear la hoja que absorbía la energía de su

interior y, mientras dicha energía pasaba al acero y luego al propio Elric, el albino exhibió una sonrisa tan espeluznante que, por un instante, Smiorgan sintió más miedo de su amigo de lo que había temido al demonio. Este empezó a desmaterializarse como único medio de escapar de la espada que aspiraba su fuerza vital, pero un nuevo grupo de sicarios de Saxif D'Aan apareció tras él, haciendo resonar sus espadas mientras se lanzaban a por la pareja encaramada en lo alto del mástil.

Elric volvió a afianzarse en la cofa, guardando un precario equilibrio en el estrecho soporte mientras repartía golpes de espada a diestro y siniestro, lanzando los viejos gritos de guerra de su pueblo. Smiorgan apenas podía hacer otra cosa que vigilar. Advirtió que Saxif D'Aan había desaparecido de la cubierta y gritó a Elric en tono urgente:

—¡Elric! ¡Saxif ha ido a por la muchacha!

En ese instante, Elric tomó la iniciativa del ataque contra los piratas y éstos parecieron más que dispuestos a evitar el filo de la espada mágica que murmuraba cuando hería. El albino y el conde saltaron de verga en verga hasta que se encontraron de nuevo en cubierta.

—¿Qué teme Saxif? ¿Por qué no utiliza más hechizos? —preguntó entre jadeos el conde Smiorgan mientras corrían hacia la cabina.

—He invocado al jinete que monta ese caballo —le explicó Elric—. Disponía de muy poco tiempo y no podía explicarte una sola palabra del tema, pues sabía que Saxif D'Aan leería mis intenciones en tu mente, si no lograba leerlas en la mía.

Las puertas de la cabina estaban firmemente cerradas desde dentro. Elric empezó a descargar sobre ellas el filo de su espada mágica, pero las puertas resistieron más de lo debido.

—Están selladas por algún conjuro y no tengo modo de romper el hechizo —dijo el albino.

—¿La matará?

—No lo sé. Quizá intente llevársela a otro plano. Tenemos que...

Escucharon el traqueteo de unas pezuñas en la cubierta del barco y el semental blanco se empinó detrás de ellos, sólo que esta vez llevaba sobre la silla a un jinete vestido con una brillante armadura amarilla y púrpura. Llevaba la cabeza descubierta y tenía unas facciones juveniles, aunque varias viejas cicatrices cruzaban su rostro. Tenía el cabello rubio, espeso y rizado, y sus ojos eran profundamente azules.

El jinete tiró con firmeza de las riendas, conteniendo a su montura. Después, dirigió una penetrante mirada a Elric.

—¿Has sido tú, melnibonés, quien me ha abierto acceso hasta aquí?

—En efecto.

—Entonces, te doy las gracias, aunque no puedo recompensarte por ello.

—Ya me has recompensado —le respondió Elric, al tiempo que empujaba al conde Smiorgan a un lado mientras el jinete se inclinaba hacia adelante y espoleaba al caballo directamente contra las puertas, derribándolas como si fueran harapos corroídos por el tiempo.

Del interior surgió un grito terrible y el conde Saxif D'Aan, entorpecido por sus complicadas vestiduras de oro, salió apresuradamente de la cabina. Tras asir una espada de la mano del cadáver más próximo, dirigió a Elric una mirada no tanto de odio como de perplejidad mientras se volvía para enfrentarse al rubio jinete.

Éste había desmontado y salía ahora de la cabina, acompañado de la temblorosa muchacha. Con un brazo rodeaba por los hombros a la muchacha mientras en la otra llevaba las riendas del caballo. Al salir, murmuró con abatimiento:

—Conde Saxif D'Aan, tú me hiciste un gran mal, pero causaste a Gratyesha otro infinitamente peor. Ahora debes pagar por ello.

Saxif se detuvo, inspiró profundamente y, cuando volvió a alzar la mirada, sus ojos expresaban firmeza y parecía haber recuperado toda su dignidad.

—¿He de pagar hasta el final? —dijo.

—Hasta el final.

—Es lo que merezco —asintió Saxif D'Aan—. He escapado a mi destino durante muchos años, pero no he podido huir del recuerdo de mi crimen. Ella me amaba a mí, no a ti.

—Creo que nos amaba a los dos. Pero el amor que te entregaba a ti era toda su alma, y yo no querría nunca eso de una mujer.

—Entonces, tú eres el perdedor.

—Y tú jamás supiste cuánto te quería ella...

—Sólo lo supe después...

—Te compadezco, conde Saxif D'Aan. —El joven entregó las riendas del caballo a la muchacha y desenvainó la espada—. Qué extraños rivales somos, ¿no te parece?

—¿Has permanecido todos estos años en el limbo donde te confiné, en ese jardín de Melniboné?

—Sí, todos estos años he estado allí. Únicamente mi caballo pudo seguirte. El caballo de Terndric, mi

padre, también melnibonés y hechicero.

—Si entonces lo hubiera sabido, habría terminado contigo de una vez y habría enviado al limbo a ese animal.

—Los celos te debilitaron, conde Saxif. Pero ahora lucharemos como hubiéramos debido hacerlo entonces: hombre a hombre, con el acero, por la mano de la que nos quiere a ambos. Es más de lo que mereces.

—Mucho más —asintió el brujo, al tiempo que levantaba la espada para acometer al joven que, pensó Smiorgan para sí, no podía ser otro que el propio príncipe Carolak.

El resultado del combate estaba predeterminado. Si acaso el príncipe Carolak no lo sabía, Saxif D'Aan se daba perfecta cuenta de ello. La habilidad del conde en el manejo de las armas era la normal en un noble melnibonés, pero no podía compararse con la de un soldado profesional que había combatido por su vida una y otra vez.

Arriba y abajo de la cubierta, mientras los secuaces de Saxif D'Aan observaban la escena asombrados y boquiabiertos, los rivales libraron un duelo que debería haberse celebrado y resuelto dos siglos antes, en presencia de la muchacha a quien ambos consideraban claramente la reencarnación de Gratyesha y que les contemplaba con la misma preocupación que debió de sentir su antecesora en ocasión del primer enfrentamiento de Saxif y el príncipe en los jardines del palacio, tanto tiempo atrás.

Saxif D'Aan luchó bien y Carolak combatió con nobleza, pues en muchas ocasiones renunció a ventajas obvias; sin embargo, finalmente, Saxif arrojó su espada, gritando:

—¡Basta! ¡Satisfaré tu venganza, príncipe Carolak! Dejaré que te lleves a la muchacha, pero no aceptaré vuestra maldita compasión. ¡No me quitarás el orgullo!

Y Carolak asintió, dio un paso adelante y hundió la espada directamente en el corazón de Saxif D'Aan.

La hoja entró limpiamente y el conde Saxif debería haber muerto al instante, pero no fue así. Se arrastró por la cubierta hasta alcanzar la base del mástil y descansó la espalda contra él mientras la sangre manaba a borbotones de su corazón herido.

—Parece —murmuró con una débil sonrisa— que he mantenido mi existencia a base de encantamientos durante tanto tiempo que ahora no podré morir. Ya no soy un ser humano.

Saxif no pareció muy complacido por aquel pensamiento pero el príncipe Carolak, avanzando e inclinándose sobre él, trató de reconfortarle.

—Morirás —le prometió—. Pronto.

—¿Qué harás con ella... con Gratyesha?

—Su nombre es Vassliss —insistió el conde Smiorgan una vez más—. Es la hija de un mercader de Jharkor.

—Deberá decidir por sí misma —respondió Carolak, sin hacer caso de las palabras de Smiorgan.

El conde Saxif D'Aan volvió hacia Elric su mirada vidriosa.

—Debo darte las gracias —dijo—. Tú me has traído al que podía darme la paz, aunque yo le temía.

—Me pregunto si será por eso que tu magia contra mí fue tan débil —respondió Elric—. Quizá querías que Carolak apareciera para liberarte de tu sentimiento de culpa.

—Es posible, Elric. Al parecer, en ciertos asuntos eres más sabio que yo.

—¿Que hay de la Puerta Carmesí? —gruñó Smiorgan—. ¿Puede ser abierta? ¿Todavía tienes el poder para hacerlo, conde Saxif?

—Creo que sí. —De los pliegues de sus vestimentas de oro teñidas en sangre, el brujo sacó un gran cristal que despidió los intensos colores de un rubí—. Esto no sólo os conducirá hasta la puerta sino que os permitirá cruzarla. Sólo debo advertiros... —El conde Saxif empezó a toser—. El barco... —un jadeo—, el barco, como mi cuerpo... se ha mantenido a flote gracias a la magia y... por tanto...

Inclinó la cabeza hacia adelante y volvió a levantarla con un enorme esfuerzo. Contempló entonces a la muchacha que, situada tras los dos hombres, sostenía todavía las riendas del blanco semental.

—Adiós, Gratyesha, princesa de Fwem-Omeyo. Cuánto te he amado...

Sus ojos permanecieron fijos en ella, pero la suya era ya una mirada muerta. Carolak se volvió y contempló a la muchacha.

—¿Cómo te llamas, Gratyesha?

—Vassliss me llaman —respondió ella. Luego, lanzando una sonrisa hacia el juvenil rostro del príncipe, surcado de cicatrices, añadió—: Ése es el nombre que me dan, príncipe Carolak.

—¿Sabes quién soy?

—Ahora lo sé.

—¿Vendrás conmigo, Gratyesha? ¿Querrás ser por fin mi esposa en las tierras extrañas que he encontrado, más allá del mundo?

—Vendré —asintió ella.

El príncipe la ayudó a montar en la silla de su blanco semental y luego subió detrás de ella. Se volvió hacia Elric de Melniboné y le hizo una pequeña reverencia.

—Te doy las gracias de nuevo, señor hechicero, aunque jamás pensé que fuera a ayudarme un hombre de sangre real de Melniboné.

La expresión de Elric no estaba carente de humor cuando respondió:

—En Melniboné se dice que la mía es sangre corrompida.

—Corrompida de clemencia, quizá.

—Quizá.

El príncipe Carolak les dirigió un último saludo de despedida.

—Espero que encuentres la paz, príncipe Elric, como la he encontrado yo.

—Me temo que mi paz se parezca más a la que ha encontrado Saxif D'Aan —respondió Elric con voz sombría—. De todos modos, te agradezco tus buenos deseos, príncipe Carolak.

Tras esto, Carolak lanzó una carcajada, condujo el caballo hasta la borda del barco, saltó por encima de ella y desapareció.

En la nave se hizo el silencio. Los rufianes que quedaban con vida se miraron unos a otros sin saber qué hacer. Elric se dirigió a ellos diciendo:

—Sabed esto: Tengo en mi poder la llave de la Puerta Carnesí... y únicamente yo sé el modo de utilizarla. Ayudadme a gobernar la nave y os prometo liberaros de este mundo. ¿Qué decís?

—Danos tus órdenes, Capitán —respondió un individuo desdentado, lanzando una carcajada de júbilo—. ¡Es la mejor oferta que hemos tenido en un siglo o más!

# 7

Smiorgan fue el primero en divisar la Puerta Carmesí. El conde tenía la gran piedra preciosa roja en la mano y señalaba hacia el frente.

—¡Allí! ¡Allí, Elric! ¡Saxif D'Aan no nos traicionaba!

El mar había empezado a hervir con enormes olas turbulentas y, con la vela principal todavía caída en la cubierta, no era mucho lo que podía hacer la tripulación por controlar la embarcación; sin embargo, la posibilidad de escapar del mundo del sol azul les hizo trabajar a todos hasta el último aliento y, poco a poco, la dorada nave de guerra se aproximó a los enormes pilares carmesí.

Los gigantescos peñascos se alzaban de las aguas grises y rugientes proporcionando una luz peculiar a las crestas de las olas. Parecían tener poca consistencia, pero se mantenían firmes ante el empuje de las toneladas de agua que se abatían contra ellos.

—Esperemos que estén más separados de lo que parece —comentó Elric—. Ya sería suficiente dificultad tener que pasar entre ellos con aguas tranquilas, de modo que con este mar...

—Creo que será mejor que me ocupe del timón —dijo el conde Smiorgan.

Entregó la gema a Elric, cruzó la inclinada cubierta, subió la escalerilla hasta la timonera protegida de la lluvia y el viento y relevó al atemorizado piloto que había conducido la nave hasta entonces.

Elric no podía hacer otra cosa que contemplar cómo Smiorgan ponía la enorme embarcación proa a las olas y salvaba las crestas lo mejor que sabía. A veces, la nave descendía con tal brusquedad que a Elric se le subía el corazón a la garganta. A su alrededor, en esas ocasiones, se alzaban murallas de agua amenazadoras; sin embargo, la nave lograba remontar la ola siguiente antes de que el impacto directo del agua se estrellara contra sus cubiertas. Muy pronto, Elric quedó completamente empapado pero, aunque el sentido común le decía que estaría mejor abajo, continuó asido al pasamanos contemplando a Smiorgan dirigiendo la embarcación hacia la Puerta Carmesí con extraña seguridad.

Y la cubierta se llenó entonces de una luz roja que casi cegó a Elric. Por todas partes fluyeron masas de agua gris; luego se escuchó un espantoso crujido y una descarga de chasquidos mientras los remos se rompían contra los pilares. El barco se estremeció y empezó a girar, de costado al viento, pero Smiorgan lo obligó a enderezarse y, de pronto, la calidad de la luz cambió sutilmente, aunque el mar continuó tan encrespado como antes. Elric supo entonces, muy dentro de sí, que sobre su cabeza, más allá de las densas nubes, volvía a brillar un sol amarillo.

Sin embargo, en ese momento se escuchó un nuevo crujido y algo que se rompía en las entrañas del barco de guerra. El olor de podredumbre que Elric había notado anteriormente se hizo ahora más intenso, casi insoportable.

Smiorgan apareció corriendo, tras haber devuelto el timón al piloto. Sus facciones estaban pálidas de nuevo.

—Se está rompiendo, Elric —gritó para hacerse oír entre el estruendo del viento y de las olas. Se tambaleó mientras una impresionante muralla de agua sacudía la nave y desprendía varias planchas de la cubierta—. ¡Se está cayendo a pedazos!

—¡Saxif D'Aan intentó advertirnos de ello! —respondió Elric con otro grito—. Igual que él se mantenía con vida gracias a la brujería, lo mismo sucedía con su barco. Ya era viejo cuando Saxif lo llevó a ese otro mundo. Mientras estuvo allí, el hechizo que lo sostenía permaneció fuerte, pero en este plano no tiene ningún efecto. ¡Mira! —Y Elric tiró de un pedazo del pasamanos, desmenuzando la madera podrida entre los dedos—. Tenemos que encontrar un pedazo de madera que todavía esté en buen estado.

En ese instante, una verga cayó del mástil, golpeó la cubierta, rebotó y luego rodó hacia ellos.

Elric remontó la inclinada cubierta a cuatro gatas hasta que pudo asir el palo y comprobar su estado.

—Éste todavía se conserva bien. Usa el cinturón o cualquier otra cosa para atarte a él.

El viento ululaba entre los aparejos del barco, que se deshilachaban; el mar batía los costados abriendo grandes brechas bajo la línea de flotación.

Los rufianes que tripulaban el barco se hallaban en un estado de absoluto pánico; unos trataban de botar pequeñas chalupas que se deshacían cuando las colgaban de la borda, otros se tendían a lo largo sobre las carcomidas cubiertas y rezaban a cualquiera de los dioses que todavía adorasen.

Elric se aseguró a la verga rota con toda la firmeza posible y Smiorgan imitó su ejemplo. La siguiente ola que golpeó de lleno la nave les levantó con ella limpiamente, por encima de lo que quedaba de pasamanos, arrojándoles a las aguas heladas y rugientes de aquel mar terrible.

Elric mantuvo la boca apretada con fuerza para no tragar demasiada agua y reflexionó sobre lo irónico de la situación. Parecía que, tras haber escapado a tantos peligros, iba a tener una muerte muy normal, ahogado.

No transcurrió mucho tiempo antes de que los sentidos le abandonaran, y Elric se entregó a las turbulentas y en cierto modo acogedoras aguas del océano.

Se despertó forcejeando.

Unas manos le sujetaban. Pugnó por desasirse, pero estaba demasiado débil. Alguien soltó una carcajada, una risotada áspera y bienhumorada.

El agua ya no rugía y batía a su alrededor. El viento había dejado de aullar. En lugar de ellos, percibió un movimiento más suave. Escuchó unas olas besando maderos. Estaba a bordo de otra nave.

Abrió los ojos y parpadeó bajo la cálida luz dorada del sol. Unos marineros vilmirianos de mejillas encendidas le contemplaban, sonrientes.

—Eres un hombre afortunado... ¡si hombre eres realmente! —dijo uno de ellos.

—¿Y mi amigo?

Elric buscó a Smiorgan.

—Está en mejores condiciones que tú. Ahora se encuentra abajo, en la cabina del duque Avan.

—¿El duque Avan? —Elric conocía el nombre pero, dada su confusión y su fatiga, no lograba recordar nada que le ayudase a situar al hombre—. ¿Vosotros nos salvasteis?

—Sí. Os encontramos a la deriva, atados a una verga rota tallada con los dibujos más extraños que he visto jamás. ¿Era una nave melnibonesa?

—Sí, pero bastante antigua.

Los marineros le ayudaron a incorporarse. Le habían quitado las ropas y le habían envuelto en mantas de lana. El sol ya estaba secándole el cabello. Se sintió muy débil.

—¿Y mi espada? —preguntó.

—La tiene el duque Avan en su camarote.

—Decidle que tenga cuidado con ella.

—Seguro que lo tendrá.

—Vamos por ahí —dijo otro—. El duque os espera.

# LIBRO TERCERO

# NAVEGANDO HACIA

# EL PASADO

# 1

Elric se recostó en el cómodo sillón acolchado y aceptó la copa de vino que le ofrecía su anfitrión. Mientras Smiorgan daba cuenta vorazmente de la comida caliente que les acababan de servir, Elric y el duque Avan se estudiaron con detenimiento.

El duque Avan era un hombre de unos cuarenta años con un rostro cuadrado de rasgos agradables. Iba vestido con un peto de plata dorada sobre el cual lucía una capa blanca. Sus calzones, metidos en unas botas negras hasta las rodillas, eran de gamuza de color claro. Sobre una mesilla en la que tenía apoyado el codo descansaba su casco, coronado por un penacho de plumas escarlata.

—Me siento honrado de tenerte por invitado, señor —dijo el duque Avan—. Sé que eres Elric de Melniboné. Llevo varios meses buscándote, desde que tuve noticia de que habías dejado tu patria y tu poder para lanzarte a recorrer de incógnito los Reinos Jóvenes.

—Mucho sabes...

—Yo también soy viajero por gusto. Casi di contigo en Pikarayd, pero supongo que tuviste algún problema allí. Te marchaste apresuradamente y volví a perder por completo tu rastro. Ya estaba a punto de renunciar a seguir buscando tu ayuda cuando, gracias a un asombroso golpe de suerte, te encuentro flotando en el agua —exclamó el duque Avan con una carcajada.

—Me llevas ventaja, caballero —respondió Elric, sonriente—. Hay muchas preguntas que querría hacerte.

Desde detrás de un enorme hueso de jamón, la voz del conde Smiorgan gruñó:

—Es el duque Avan Astran de la vieja Hrolmar, Elric. Tiene fama como aventurero, explorador y comerciante. Goza de una excelente reputación y podemos confiar en él.

—Ahora recuerdo el nombre —dijo Elric al duque—. Pero ¿por qué buscas mi ayuda?

El aroma de la comida servida en la mesa impregnó por fin el olfato de Elric y el albino se levantó.

—¿Te importaría si como algo mientras lo explicas, duque Avan?

—Come hasta saciarte, príncipe Elric. Estoy honrado de tenerte como huésped.

—Me has salvado la vida, caballero. ¡Y jamás me la habían salvado con tanta gentileza y buen trato!

—Yo tampoco había tenido nunca ocasión de, digamos, pescar un pez de tan alta cuna —sonrió el duque Avan—. Si fuera un hombre supersticioso, príncipe Elric, debería suponer que alguna fuerza extraña nos condujo a este encuentro.

—Prefiero considerarlo una mera coincidencia —replicó el albino mientras empezaba a comer—. Y ahora, duque, dime en qué puedo ayudarte.

—Por favor, ten muy presente que no debes sentirte en deuda conmigo por el mero hecho de haber tenido la suerte de salvarte la vida —empezó a decir el duque Avan Astran.

—Lo tendré.

El duque Avan atusó las plumas del casco antes de continuar. Luego dijo:

—He explorado la mayor parte del mundo, como acertadamente dice el conde Smiorgan. He estado en tu Melniboné e incluso me he aventurado hacia el este, hasta Elwher y los Reinos Ignotos. He estado en Myyrrhn, donde vive la Gente Alada. He viajado hasta el Borde del Mundo y espero ir más allá algún día. Sin embargo, no he cruzado jamás el mar Hirviente y sólo conozco una pequeña extensión de costa del continente occidental, el continente que no tiene nombre. ¿Has estado en esa región en alguno de tus viajes, Elric?

El albino respondió con un gesto de negativa.

—Yo busco la observación de otras culturas y civilizaciones. Ésa es la razón de mis viajes. Hasta el momento, no ha habido nada que me impulsara a ir a esa tierra. El continente está deshabitado en su mayor parte y, cuando aparece alguien, sólo son tribus de salvajes, ¿no tengo razón?

—Eso nos han contado.

—¿Tenéis acaso otras noticias al respecto?

—Ya sabrás que existen ciertas pruebas —dijo el duque Avan con voz pausada— de que tus

antepasados procedían originariamente de ese continente...

—¿Pruebas? —replicó Elric, simulando desinterés—. Un puñado de leyendas, nada más.

—Una de esas leyendas habla de una ciudad más antigua que Imrryr, la soñada. Una ciudad que todavía existe en la densa jungla al oeste.

Elric recordó su conversación con el conde Saxif D'Aan y sonrió para sí.

—¿Te refieres a R'lin K'ren A'a?

—Sí. Vaya nombre extraño —el duque Avan Astran se inclinó hacia adelante con los ojos vivaces de complacida curiosidad—. Tú lo pronuncias con más fluidez de la que yo podría nunca. Así pues, debes hablar el idioma secreto, la Alta Lengua, la Lengua de los Reyes...

—Por supuesto.

—Tienes prohibido enseñarla a nadie, salvo a tus hijos, ¿verdad?

—Pareces buen conocedor de las costumbres de Melniboné, duque Avan —murmuró Elric mientras bajaba los párpados hasta quedar con los ojos entrecerrados. Se había recostado en su sillón y dio un mordisco a una rebanada de pan tierno con aire satisfecho—. ¿Conoces el significado de esas palabras?

—Me han contado que sólo significan «donde se reúnen los ilustres», en el antiguo idioma de Melniboné —respondió el duque Avan Astran.

Elric inclinó la cabeza.

—Así es. Sin duda, se trataba en realidad de alguna pequeña población donde se reunían los jefes locales, quizá una vez al año, para discutir el precio del grano.

—¿Tú crees eso, príncipe Elric?

El albino inspeccionó una fuente tapada y se sirvió unos pedazos de ternera con una salsa dulce y sabrosa.

—No —respondió finalmente.

—Entonces, ¿crees que existió una antigua civilización, anterior incluso a la vuestra, y de la cual nació vuestra propia cultura? ¿Crees que R'lin K'ren A'a está allí todavía, en algún lugar de las junglas occidentales?

Elric no respondió hasta haber deglutido. Mientras, movió la cabeza en señal de negativa.

—No —dijo finalmente—. Creo que ese lugar no existe en absoluto.

—¿No sientes curiosidad por tus antepasados?

—¿Debería sentirla?

—Se dice que tenían un carácter distinto a quienes fundaron Melniboné. Que eran más pacíficos...

El duque Avan Astran miró fijamente a los ojos a Elric y éste se rió.

—Eres un hombre inteligente, duque Avan de la vieja Hrolmar. Y perspicaz. ¡Ah, realmente eres hábil y astuto, duque!

Avan Astran sonrió al escuchar el cumplido.

—Y tú conoces mucho más acerca de esas leyendas de lo que dices, si no me equivoco —respondió.

—Es posible —suspiró Elric mientras la comida le calentaba interiormente—. Nosotros, los melniboneses, tenemos fama de ser gente reservada.

—Sin embargo —replicó Avan—, tú no pareces un melnibonés corriente. ¿Quién más abandonaría un imperio para viajar por tierras donde su raza es odiada?

—Duque Avan, un emperador gobierna mejor si tiene un conocimiento profundo del mundo en el que ejerce el poder.

—Melniboné ya no es dueña de los Reinos Jóvenes.

—Pero su poder es grande todavía. En cualquier caso, no pretendía referirme a eso. En mi opinión, los Reinos Jóvenes ofrecen algo que Melniboné ha perdido.

—¿La vitalidad?

—Quizá.

—¡La humanidad! —gruñó el conde Smiorgan el Calvo—. Eso es lo que ha perdido tu raza, Elric. No digo nada de ti, pero fíjate en el conde Saxif D'Aan. ¿Cómo puede ser tan simplón alguien tan sabio? Lo perdió todo: orgullo, amor, poder... porque no tenía humanidad. Y la poca humanidad que aún conservaba sólo sirvió para... destruirle.

—Hay quien dice que también me destruirá a mí —intervino Elric—, pero quizá sea precisamente esa «humanidad» lo que pretendo llevar a Melniboné, conde Smiorgan.

—¡Entonces, destruirás tu reino! —exclamó Smiorgan con brusquedad—. Es demasiado tarde para salvar Melniboné.

—Quizá pueda ayudarte a encontrar lo que buscas, príncipe Elric —dijo el duque Avan Astran con voz calmada—. Quizá aún haya tiempo de salvar Melniboné, si consideras en peligro a una nación tan poderosa.

—El peligro es interior —murmuró Elric—. Pero estoy soltando demasiado la lengua.

—Para ser melnibonés, tienes mucha razón.

—¿Cómo llegaste a oír hablar de esa ciudad? —quiso saber Elric—. No había encontrado a nadie que

tuviera noticia de R'lin K'ren A'a entre los habitantes de los Reinos Jóvenes.

—Está señalada en un mapa que poseo.

Elric mascó un pedazo de carne en actitud pensativa y lo tragó.

—Sin duda, ese mapa es falso.

—Quizá. ¿Recuerdas algo más de la leyenda de R'lin K'ren A'a?

—Existe el cuento de la Criatura Condenada a Vivir. —Elric apartó el plato a un lado y se sirvió vino—. Se dice que la ciudad recibió ese nombre porque, en una ocasión, se reunieron allí los Señores de los Mundos Superiores para decidir las reglas de la Batalla Cósmica. Las conversaciones fueron oídas por el único habitante de la ciudad que no había huido al presentarse los Señores. Cuando éstos le descubrieron, le condenaron a permanecer vivo para siempre, llevando constantemente en el recuerdo esa terrible certeza...

—También yo he oído esa historia, pero lo que me interesa de ella es que los habitantes de R'lin K'ren A'a no regresaron jamás a su ciudad, sino que se encaminaron al norte y cruzaron el mar. Algunos llegaron a una isla que hoy conocemos como Isla del Hechicero y otros continuaron más allá, impulsados por una gran tormenta, hasta arribar a otra isla más extensa, habitada por dragones cuyo veneno hacía arder todo cuanto tocaba. Es decir, a Melniboné.

—Y ahora deseas comprobar la veracidad de ese cuento, ¿no? Ese interés tuyo, ¿es el de un sabio investigador?

—En parte —respondió el duque con una carcajada—, pero mi principal interés por R'lin K'ren A'a es más materialista, pues vuestros antepasados dejaron abandonado un gran tesoro al huir de la ciudad. En concreto, abandonaron una imagen de Arioco, el Señor del Caos; una estatua monstruosa tallada en jade, cuyos ojos eran dos enormes gemas idénticas de un tipo desconocido en cualquier lugar de la tierra. Dos joyas procedentes de otro plano de la existencia. Unas piedras preciosas que podrían revelar todos los secretos de los Mundos Superiores, del pasado y del futuro, de los innumerables planos del cosmos...

—Todas las culturas tienen leyendas semejantes. Meras ilusiones, duque Avan, eso es todo...

—Pero los melniboneses tienen una cultura distinta a todas las demás. Los melniboneses no son verdaderos hombres, como bien sabes. Sus poderes son superiores, sus conocimientos son mucho más profundos...

—Eso fue en otro tiempo —dijo Elric—, pero yo no poseo ese gran poder y esos conocimientos. Sólo tengo una pequeña porción de ambos y...

—Yo no te busqué en Bakshaan y luego en Jadmar porque creyera que tú podías certificar los rumores que había escuchado. No crucé el mar hasta Filkhar y luego hasta Argimiliar y, por último, hasta Pikarayd porque pensara que podrías confirmar al instante todo cuanto había llegado a mi oído. Te busqué porque consideré que eras el único hombre que querría acompañarme en un viaje que nos permitiera cerciorarnos de una vez por todas de la verdad o falsedad de todas esas leyendas.

Elric ladeó la cabeza y apuró su copa de vino.

—¿No podías hacerlo tú solo? ¿Por qué ibas a desear mi compañía en la expedición? Por lo que he oído de ti, duque Avan, no eres de los que necesitan ayuda en sus aventuras...

—Es cierto que fui solo a Elwher cuando mis hombres me abandonaron en el Erial de las Lágrimas —reconoció el duque con una sonrisa—. No está en mi naturaleza conocer el miedo físico. Sin embargo, he sobrevivido en mis viajes hasta hoy porque he demostrado suficiente previsión y cautela antes de iniciarlos. Ahora parece que debo afrontar peligros que no puedo prever; incluso brujería, quizá. Y, dado que no deseaba tener tratos con magos y hechiceros ordinarios como esos engendros de Pang Tang, tú eras mi único recurso. Tú, como yo, buscas el conocimiento, príncipe Elric. De hecho, podría decirse que, de no haber sido por tu ansia de conocimientos, tu primo no habría intentado jamás usurpar el Trono de Rubí de Melniboné...

—Ya basta de ese tema —le interrumpió Elric con acritud—. Hablemos de esa expedición. ¿Dónde esta el mapa?

—¿Me acompañarás?

—Muéstrame el mapa.

El duque Avan extrajo un rollo de pergamino del bolsillo.

—Aquí lo tienes.

—¿Dónde lo encontraste?

—En Melniboné.

—¿Has estado allí recientemente?

Elric sintió crecer la ira dentro de sí.

El duque Avan alzó una mano.

—Viajé allí con un grupo de comerciantes y pagué mucho por un extraño cofrecito que parecía haber sido sellado hacía una eternidad. Dentro del cofrecito encontré este mapa.

Desenrolló el pergamino sobre la mesa. Elric reconoció el estilo y la escritura: era la Antigua Alta Lengua de Melniboné. Era un mapa de parte del continente occidental y presentaba una extensión

mucho mayor de la que había visto en cualquier otro plano de aquel territorio. Mostraba un gran río que serpenteaba hacia el interior cien millas o más. El río parecía fluir a través de una jungla y luego se dividía en dos corrientes que más adelante volvían a encontrarse. La «isla» de tierra así formada estaba marcada con un círculo negro. Junto al círculo, en la complicada escritura de la antigua Melniboné, aparecía el nombre de R'lin K'ren A'a. Elric inspeccionó detenidamente el pergamino. No parecía tratarse de una falsificación.

—¿Esto es todo lo que has encontrado? —preguntó.

—El rollo fue sellado y en el lacre llevaba incrustado esto —dijo el duque, entregándole algo a Elric.

El albino sostuvo el objeto en la palma de su mano. Era un pequeño rubí de un rojo tan intenso que, al principio, parecía negro; sin embargo, cuando lo volvió hacia la luz vio una imagen en el centro del rubí y la reconoció. Frunció el ceño y, a continuación, miró a Avan Astran.

—Acepto tu propuesta, duque. ¿Me permitirás guardar esto?

—¿Sabes qué es?

—No, pero me gustaría descubrirlo. En algún rincón de mi mente hay un recuerdo que...

—Está bien, guárdalo. Yo conservaré el mapa.

—¿Cuándo tenías previsto iniciar el viaje?

—Ya estamos navegando por la costa meridional del mar Hirviente —le respondió el duque Avan con una risa irónica.

—Son pocos los que han regresado de ese océano —murmuró Elric lacónicamente. Dirigió la mirada al otro lado de la mesa y vio a Smiorgan implorándole con lo ojos que no accediera a participar en los planes del duque Avan. Elric sonrió a su amigo—. La aventura es de mi gusto.

Smiorgan, abatido, se encogió de hombros.

—Me parece que tardaré un poco más en regresar a las Ciudades Púrpura.

# 2

La costa de Lormyr había desaparecido en la cálida niebla y la goleta del duque Avan Astran dirigía su fina quilla hacia el oeste, hacia el mar Hirviente.

La tripulación vilmiriana del barco estaba acostumbrada a un clima menos riguroso y a un trabajo menos exigente y, en opinión de Elric, empezaba a desarrollar sus tareas con un aire apesadumbrado.

El conde Smiorgan el Calvo, situado junto a Elric en la popa de la nave, se limpió el sudor de la coronilla y gruñó:

—Esos vilmirianos son unos holgazanes, príncipe Elric. El duque Avan necesita marineros de verdad para un viaje como éste. Si hubiera tenido oportunidad, yo podría haberle seleccionado una buena tripulación...

—A ninguno de los dos se nos ofreció la menor oportunidad —sonrió Elric—. El duque nos presentó los hechos consumados. Avan es un hombre muy astuto, Smiorgan.

—No es un tipo de astucia que yo respete demasiado, pues no nos dejó la menor elección. Un hombre libre es mejor compañero que un esclavo, dice el viejo aforismo.

—Entonces, ¿por qué no desembarcaste cuando tuviste ocasión, conde Smiorgan?

—Por la promesa del tesoro —respondió el marino de la negra barba con rotunda franqueza—. Así volvería con honor a las Ciudades Púrpura. No olvides que yo era el comandante de la flota que se perdió...

Elric comprendió sus razones.

—Mis motivos son claros y directos —añadió Smiorgan—. Los tuyos, en cambio, son mucho más complicados. Pareces desear el peligro como otros hombres desean hacer el amor o beber: como si en el peligro encontraras el olvido.

—¿No cabe decir lo mismo de muchos soldados profesionales?

—Tú no eres un simple hombre de armas, Elric. Eso lo sabes tan bien como yo.

—Sin embargo, pocos de los peligros que he arrostrado me han ayudado a olvidar —puntualizó Elric—. Más bien han reforzado el recuerdo de lo que soy, el dilema al que me enfrento. —Elric soltó un profundo suspiro melancólico—. Yo voy donde hay peligro porque pienso que allí puede haber una respuesta, una razón para tanta tragedia y tanta paradoja. Y, pese a todo, sé que jamás la encontraré.

—Sin embargo, ésta es la razón de que ahora navegues hacia R'lin K'ren A'a, ¿verdad? Esperas que tus remotos antepasados tuvieran la respuesta que necesitas, ¿no es eso?

—R'lin K'ren A'a es un mito. Aunque el mapa resultara auténtico, ¿que íbamos a encontrar, salvo algunas ruinas? Imrryr tiene diez mil años y fue construida dos siglos, al menos, después de que mi raza se instalara en Melniboné. El tiempo habrá borrado el posible rastro de R'lin K'ren A'a.

—¿Y esa estatua, ese Hombre de Jade del cual hablaba Avan?

—Si alguna vez ha existido, podría haber sido robada por los saqueadores en cualquier momento de los últimos cien siglos.

—¿Y la Criatura Condenada a Vivir?

—Una leyenda.

—Pero tú sigues esperando que todo sea corno dice el duque Avan, ¿no es cierto...? ¿No es cierto? —insistió el conde Smiorgan, cogiendo con una de sus manos el brazo de Elric.

El albino permaneció con la mirada fija al frente, contemplando las espiras de vapor que se alzaban de las aguas.

—No, conde Smiorgan, no lo espero. Lo temo.

El viento soplaba caprichosamente y la marcha de la goleta era lenta. El calor aumentaba y la tripulación sudaba todavía más y hacía comentarios atemorizados. Ahora, todos los rostros expresaban agobio y abatimiento.

Sólo el duque Avan parecía conservar la confianza. Gritaba a todos que tuvieran ánimo, repetía que pronto serían todos ricos y daba órdenes de desarmar los remos, puesto que ya no podían confiar en el viento. Los hombres gruñeron ante esto último y se quitaron las camisas para mostrar sus pieles rojas como las de una langosta hervida. El duque Avan se burló al verles, pero los vilmirianos ya no reían sus bromas como habían hecho en aguas más bonancibles, cerca de sus costas natales.

El mar burbujeaba y rugía en torno al barco y la goleta navegaba sin ayuda de instrumentos, pues el vapor

lo oscurecía todo.

En una ocasión, una criatura verde surgió del océano y les observó antes de desaparecer.

Apenas comieron y durmieron y Elric rara vez abandonó la popa. El conde Smiorgan soportaba el calor en silencio y el duque Avan, insensible al parecer a cualquier incomodidad, continuó recorriendo la embarcación animadamente, estimulando a sus hombres.

El conde Smiorgan estaba fascinado con las aguas. Había oído hablar de ellas, pero jamás las había surcado.

—Esto es sólo la zona más exterior de ese mar, Elric —mumuró, asombrado—. Imagina cómo será el centro.

—Prefiero no hacerlo —sonrió Elric—. Incluso aquí donde estamos, temo que no pase otro día antes de que muramos cocidos en esta nave.

El duque Avan, que pasaba por las proximidades, escuchó sus palabras y le dio unas palmadas en la espalda.

—¡Tonterías, príncipe Elric! ¡Ese vapor es bueno para ti! ¡No hay nada más saludable! —El duque abrió los brazos con aparente placer—. Limpia de tóxicos el organismo.

El conde Smiorgan le dirigió una mirada colérica y el duque Avan se echó a reír.

—Alegra ese humor, conde Smiorgan. Según mis cartas, aunque no sean gran cosa, dentro de un par de días nos hallaremos cerca de las costas del continente occidental.

—Tal pensamiento no me eleva mucho los ánimos —respondió el conde Smiorgan. Sin embargo, contagiado del buen humor de Avan, esbozó una sonrisa.

Poco tiempo después, el mar empezó a parecer menos frenético y el vapor empezó a dispersarse hasta que el calor se hizo más tolerable.

Por fin, salieron a un océano en calma bajo un brillante cielo azul en el que lucía un sol doradorrojizo.

Con todo, tres hombres de la tripulación habían muerto en la travesía del mar Hirviente y otros cuatro habían contraído una enfermedad que les provocaba fuertes toses e intensos temblores, y que les hacía lanzar grandes gritos en plena noche.

Permanecieron durante un tiempo en una encalmada pero, al fin, empezó a soplar una leve brisa que llenó las velas de la goleta y pronto avistaron tierra por primera vez. Era una isleta amarilla donde encontraron fruta y un manantial de agua dulce. En ella enterraron también a los tres hombres que habían sucumbido a la enfermedad del mal Hirviente, pues los vilmirianos se habían negado a enterrarlos en el mar con el argumento de que los cuerpos se habrían «estofado como la carne en la olla».

Mientras la goleta permanecía anclada frente a la isla, el duque Avan llamó a Elric a su camarote y le mostró por segunda vez el antiguo mapa.

La pálida luz del sol se filtraba por las portillas del camarote e iluminaba el viejo pergamino, realizado con el pellejo de algún animal extinguido mucho tiempo atrás, sobre el cual se inclinaban Elric y el duque Avan Astran de la vieja Hrolmar.

—Mira —dijo Avan—, aquí está indicada la isla. La escala del mapa parece razonablemente ajustada. Tres días más y estaremos en la boca del río.

Elric asintió y añadió:

—Sin embargo, sería conveniente descansar un poco aquí hasta que hayamos recuperado todas nuestras fuerzas y haya mejorado la moral de la tripulación. Al fin y al cabo, debe de haber buenas razones para que los hombres hayan evitado las junglas del oeste a lo largo de los siglos.

—Hay salvajes, es cierto; algunos dicen que ni siquiera son humanos. Sin embargo, tengo confianza de que podremos vencer esos peligros. Tengo mucha experiencia en recorrer territorios extraños, príncipe Elric.

—Pero tú mismo dijiste que temías otros peligros.

—Es cierto. Muy bien, haremos lo que tú propongas.

El cuarto día empezó a soplar un viento fuerte del este y levaron ancla. La goleta saltó sobre las olas con sólo la mitad del velamen y la tripulación consideró el hecho un buen presagio.

—Son unos estúpidos insensatos —comentó Smiorgan, asido a los aparejos de proa junto a Elric—. Llegará un día en que desearán estar padeciendo las penalidades del mar Hirviente, más soportables. Este viaje, Elric, podría no ser de ningún provecho para nosotros aunque sigan intactas las riquezas de R'lin K'ren A'a.

Sin embargo, Elric no respondió. Estaba perdido en unos pensamientos extraños, inusuales para él, pues recordaba su infancia, a su madre y su padre. Ellos habían sido los últimos verdaderos emperadores del Brillante Imperio: orgullosos, indiferentes, crueles. Los dos habían esperado de él —quizá por su extraño albinismo— que restaurara las glorias de Melniboné. En lugar de ello, él había amenazado con destruir lo que quedaba de aquella gloria. Sus padres, igual que él, no habían tenido un lugar real en aquella

nueva era de los Reinos Jóvenes. Sin embargo, se habían negado a reconocerlo. Este viaje al continente occidental, a la tierra de los antepasados, tenía un especial atractivo para él. Allí no habían surgido nuevas civilizaciones. Hasta donde él sabía, el continente había permanecido inalterado desde que R'lin K'ren A'a fuera abandonada. Las selvas serían las mismas que había conocido su pueblo, la tierra sería la misma que había dado nacimiento a su peculiar raza, que había moldeado el carácter de sus gentes con sus sombríos placeres, sus artes melancólicas y sus oscuros deleites. ¿Habrían sentido sus antepasados la angustia de saber, la impotencia ante la comprensión de que la existencia no tenía objeto, propósito ni esperanza? ¿Era por ello que habían construido su civilización de aquella manera concreta, que habían desdeñado los valores espirituales, más plácidos, de los filósofos de la humanidad? Elric sabía que muchos de los intelectuales de los Reinos Jóvenes compadecían al poderoso pueblo de Melniboné, creyéndolo presa de la locura. Pero si habían estado locos y habían impuesto al mundo una locura que había durado cien siglos, ¿qué les había hecho así? Quizá el secreto estaba finalmente en R'lin K'ren A'a; no en forma tangible alguna, sino en el ambiente creado por las oscuras junglas y por los viejos y profundos ríos. Quizá allí, por fin, Elric lograría sentirse en paz consigo mismo.

Se pasó los dedos por el cabello blancolechoso y en sus ojos carmesíes se reflejó una especie de angustia inocente. Quizá fuera el último de su estirpe, pero también era distinto de su raza. Smiorgan se equivocaba. El albino sabía que todo cuanto existía tenía su opuesto. En el peligro podía encontrar la paz. Y en cambio, naturalmente, en la paz estaba el peligro. Criatura imperfecta en un mundo imperfecto, siempre conocería la paradoja. Y por eso en la paradoja había siempre algo de verdad. Ésa era la razón de que florecieran tanto los filósofos y adivinos. En un mundo perfecto no habría lugar para ellos. En un mundo imperfecto, los misterios no tenían nunca solución y por ello había siempre una gran diversidad de soluciones.

En la mañana del tercer día fue avistada por fin la costa, y la goleta se adentró entre los bancos de arena del gran delta y ancló, por último, en la desembocadura del río oscuro y sin nombre.

# 3

Cayó la tarde y el sol empezó a ponerse sobre el negro perfil de los árboles enormes. Un aroma intenso, antiguo, llegaba de la jungla y, bajo la luz del crepúsculo, se escuchaba el eco de las voces de extraños animales y de las aves. Elric estaba impaciente por iniciar la búsqueda río arriba. El sueño —jamás bien recibido— le resultaba esta vez imposible de conciliar. Permaneció inmóvil en la cubierta, sin apenas parpadear y con el cerebro apenas activo, como si esperara a que algo le sucediera. Los rayos de sol bañaban su rostro y formaban negras sombras en la cubierta hasta que se hizo la oscuridad y la calma bajo la luna y las estrellas. Deseó que la jungla le absorbiera. Deseó ser uno con los árboles y los arbustos y los animales que merodeaban en ellos. Deseó que todos sus pensamientos desaparecieran. Aspiró el aire, intensamente perfumado, y llenó con él sus pulmones como si con ello sólo pudiera convertirse en lo que deseaba ser en aquel momento. El zumbido de los insectos se convirtió en una voz, un murmullo que le llamaba al corazón de la selva ancestral. Y, sin embargo, no pudo moverse; no pudo responder. Por fin, el conde Smiorgan acudió a la cubierta y le tocó el hombro y le dijo algo y Elric, pasivamente, bajó a su camarote y se envolvió en su capa y se acostó en su litera, escuchando todavía la voz de la jungla.

Incluso el duque Avan parecía más circunspecto de lo habitual cuando, a la mañana siguiente, levaron el ancla y empezaron a remar contra la perezosa corriente. Había pocas aberturas en el follaje sobre sus cabezas y tenían la impresión de estar entrando en un enorme túnel sombrío, dejando atrás la luz del sol, con el mar. Unas plantas lustrosas se retorcían entre las lianas que colgaban de la cúpula vegetal y se enredaban en los mástiles de la nave al avanzar. Animales parecidos a ratas de largos brazos colgaban de las ramas y les observaban con grandes ojos vivaracho s. El río formó una curva y el mar desapareció de la vista. Unos rayos de sol se filtraron hasta la cubierta bañándola de una luz de tinte verdoso. Elric se sintió más alerta que nunca desde que había aceptado acompañar al duque Avan. Prestó suma atención a cada detalle de la jungla y del negro río, sobre el cual se movían enjambres de insectos como agitadas nubes de bruma y en cuyas aguas flotaban a la deriva capullos de flores como gotas de sangre sobre tinta. Por todas partes se oían crujidos, repentinos chasquidos, llamadas de animales y chapoteos causados por los peces o animales del río al cazar las presas asustadas por los remos de la nave, que cortaban el agua entre grandes masas de plantas acuáticas y hacían salir huyendo a las criaturas que se ocultaban en ellas. Los demás empezaron a quejarse de las picaduras de los insectos, pero Elric no fue molestado por éstos, quizá porque ningún insecto debía desear su sangre deficiente. El duque Avan pasó junto a él en cubierta. El vilmariano le saludó dándose un golpe en la frente con la palma de la mano.

—Pareces más alegre, príncipe Elric.

—Quizá lo esté —respondió él con una sonrisa ausente.

—Debo reconocer que, personalmente, encuentro todo esto un poco opresivo. Me alegraré cuando alcancemos la ciudad.

—¿Todavía estás convencido de encontrarla?

—Me convenceré de lo contrario cuando haya explorado cada centímetro de la isla a la que nos dirigimos.

Tan absorbido estaba Elric por la atmósfera de la jungla que apenas era consciente de la nave ni de la presencia de sus compañeros. El barco avanzó muy lentamente río arriba a golpe de remo, moviéndose apenas a la velocidad de un caminante.

Transcurrieron algunos días, pero Elric apenas lo advirtió pues la jungla permaneció invariable. Luego, el río se ensanchó, el dosel de follaje se abrió y el amplio y cálido cielo se llenó repentinamente de enormes aves que remontaban el vuelo en bandadas, perturbadas por la presencia del barco. Todos, salvo Elric, se alegraron de encontrarse nuevamente bajo cielo abierto y el estado de ánimo mejoró. Elric fue abajo.

El ataque al barco llegó en un abrir y cerrar de ojos. Se oyó una especie de silbido, un grito, y un marinero se agitó y cayó agarrado a un semicírculo gris muy delgado de algo que se le había clavado en el estómago. Una jarcia superior cayó sobre la cubierta con un crujido, arrastrando con ella la vela y el cordaje.

Un cuerpo sin cabeza dio cuatro pasos hacia la cubierta de popa antes de caer al suelo, con la sangre bombeando del obsceno agujero en que se había convertido su cuello. Y por todas partes se oía el penetrante silbido. Elric escuchó el ruido desde abajo y retrocedió sobre sus pasos al instante, llevando la mano a la empuñadura de la espada. El primer rostro que vio fue el de Smiorgan. El conde, de calva cabeza, parecía agitado mientras se agachaba contra una pasarela del costado de estribor. Elric tuvo la

impresión de ver pasar unas formas borrosas que producían un silbido y segaban cuanto encontraban, carne y cordajes, maderos y lonas. Algunos de los objetos cayeron a cubierta y observó que se trataba de finos discos de una roca cristalina, de un palmo de diámetro. Les estaban siendo lanzados desde ambas orillas del río y no tenían protección contra ellos.

Intentó ver quién les arrojaba los discos y advirtió algo que se movía entre los árboles en la ribera derecha. Entonces, la lluvia de discos cesó de pronto y hubo una pausa antes de que varios de los marineros cruzaran a toda prisa la cubierta en busca de un refugio mejor. El duque Avan apareció de repente en la proa. Llevaba la espada desenvainada.

—Id abajo. Poneos las armaduras que podáis encontrar y tomad los escudos. Traed arcos. ¡Armaos, marineros o estáis acabados!

Y, mientras Avan hablaba, los atacantes surgieron de entre los árboles y empezaron a vadear en el río. No volvieron a lanzar más discos y pareció que habían agotado su munición.

—¡Por Chardros! —exclamó Avan—. ¿Esas criaturas son reales o engendros de algún hechicero?

Aquellos seres eran básicamente reptilianos, pero con crestas emplumadas y carnosidades en el cuello, aunque sus rostros eran casi humanos. Las extremidades delanteras eran como los brazos y manos de un hombre, pero las patas traseras eran increíblemente largas y zancudas. Equilibrado sobre ellas, el cuerpo sobresalía del agua. Llevaban grandes garrotes en los que se habían practicado varias ranuras y que, sin duda, utilizaban para lanzar los discos cristalinos. Al contemplar su rostro, Elric quedó horrorizado. Les encontró un sutil parecido con las facciones características de su propia raza, de la gente de Melniboné. ¿Eran parientes suyos aquellas criaturas? ¿O eran una especie de la que había evolucionado su propia raza? Dejó de formularse aquellas preguntas mientras le invadía un profundo odio a las criaturas. Eran obscenas: su visión le llenó la garganta de sabor a bilis. Sin pensarlo, sacó la Tormentosa de su vaina.

La Espada Negra empezó a aullar y el familiar brillo negro irradió de su hoja. Las palabras mágicas escritas en ella latieron con un vívido escarlata que se convirtió lentamente en un púrpura intenso y luego, de nuevo, quedó en negro.

Los extraños seres chapotearon en el agua sobre sus patas como zancos y se detuvieron cuando vieron la espada, mirándose unos a otros. Y no fueron ellos los únicos en quedar paralizados ante la visión, pues el duque Avan y sus hombres palidecieron también.

—¡Dioses! —aulló Avan—. No sé qué aspecto prefiero, el de quienes nos atacan o el de quien nos defiende.

—Permaneced lejos de esa espada —advirtió Smiorgan a los marineros vilmirianos—. Tiene la costumbre de matar más de lo que su dueño desea.

Y ahora los salvajes reptiles se lanzaron contra ellos, agarrándose a las bordas de la nave mientras los marineros armados corrían de nuevo a la cubierta para hacer frente al ataque.

Los garrotazos llovieron sobre Elric por todas partes, pero la Tormentosa soltó un chillido y paró todos los golpes. Elric sujetó la espada con ambas manos, girándola en un sentido y en otro y abriendo grandes heridas en los cuerpos escamosos.

Las criaturas siseaban y abrían sus bocas de dolor y de furia mientras su sangre negra y espesa teñía las aguas del río. Aunque de las piernas hacia arriba sólo eran ligeramente más altos que un hombre de buena constitución, los extraños seres tenían más vitalidad que cualquier ser humano y las heridas más profundas apenas parecían afectarles, ni siquiera cuando les eran infligidas por la propia Tormentosa. Elric estaba asombrado ante tal resistencia al poder de la espada. A menudo, era suficiente un rasguño para que la hoja mágica absorbiera el alma del herido, pero aquellas criaturas parecían inmunes a ella. Quizá no tenían alma...

Elric continuó combatiendo; el odio le proporcionó las fuerzas necesarias.

—Por el nombre de todos los dioses, príncipe Elric —gritó Avan al albino—, ¿no puedes invocar algún hechizo? ¡De lo contrario, estamos perdidos!

Elric comprendió que Avan decía la verdad. A su alrededor, la nave estaba siendo destrozada gradualmente por las siseantes criaturas reptilescas. La mayoría de ellas había recibido heridas terribles a manos de los defensores, pero sólo un par de ellas había caído para no levantarse. Elric empezó a sospechar que, en efecto, estaban combatiendo contra unos enemigos sobrenaturales.

Retrocedió y buscó refugio bajo un dintel medio hundido mientras trataba de concentrarse en un método para invocar alguna ayuda sobrenatural.

Estaba jadeando de agotamiento y se agarró a una viga del barco mientras éste se mecía suavemente en las aguas del río. Trató de aclarar sus pensamientos.

Y entonces le vino a la cabeza el encantamiento. No estaba seguro de si era el apropiado, pero era el único que podía recordar. Miles de años atrás, sus antepasados habían sellado pactos con todos los espíritus que regían el mundo animal. En el pasado, Elric había pedido ayuda a algunos de tales espíritus, pero nunca había recurrido al que ahora invocaba. En la boca del albino empezaron a formarse las antiguas, hermosas e intrincadas palabras de la Alta Lengua de Melniboné.

—¡Rey cion Alas! ¡Señor de todo lo que vive y no se ve, de cuyos trabajos depende todo lo demás!

¡Nnuuurrrr'c'c del Pueblo de los Insectos, yo te invoco!

Salvo el movimiento del barco, Elric dejó de tener consciencia de todo cuanto estaba sucediendo a su alrededor. El fragor de la lucha se amortiguó y dejó de oírlo mientras enviaba su voz más allá de aquel plano de la tierra, hacia otro plano en el que dominaba el rey Nnuuurrrr'c'c de los Insectos, señor supremo de su pueblo.

Elric captó entonces en sus oídos un zumbido que, gradualmente, fue convirtiéndose en palabras.

—¿Quién eres tú, mortal? ¿Qué derecho invocas para llamarme?

—Soy Elric, soberano de Melniboné. Mis antepasados te prestaron ayuda, Nnuuurrrr'c'c.

—Es cierto, pero hace mucho tiempo.

—Y también hace mucho tiempo que ellos te llamaron para que les ayudaras.

—Sí. ¿Qué ayuda necesitas ahora, Elric de Melniboné?

—Contempla mi plano. Comprobarás que estoy en peligro. ¿No puedes eliminar ese peligro, amigo de los Insectos?

Ahora apareció sobre el lugar una forma tenue a través de la cual podía mirarse como a través de varias capas de una gasa vaporosa. Elric trató de mantener la mirada hacia arriba pero la forma no dejaba de desaparecer de su campo de visión para regresar durante unos breves instantes. El albino supo que estaba mirando hacia otro plano de la tierra.

—¿Puedes ayudarme, Nnuuurrrr'c'c?

—¿No tienes algún protector de tu propia especie, algún Señor del Caos que pueda ayudarte?

—Mi protector es Arioco, pero es un demonio muy temperamental y, en estos tiempos, me presta poca colaboración.

—Entonces, te enviaré a mis aliados, mortal. Pero no vuelvas a invocarme cuando esto termine.

—No volveré a llamarte, Nnuuurrrr'c'c.

Las capas de gasa desaparecieron y, con ellas, la silueta.

El fragor de la lucha resonó nuevamente en la conciencia de Elric y sus oídos escucharon con mayor claridad que antes los gritos de los marineros y los siseos de los salvajes reptilescos. Cuando asomó la cabeza del lugar donde se había refugiado, comprobó que la mitad, al menos, de la tripulación estaba muerta.

Cuando llegó a la cubierta, Smiorgan corrió a su lado.

—¡Creí que te habían matado, Elric! ¿Dónde te habías metido?

El conde estaba visiblemente aliviado de comprobar que su amigo seguía con vida.

—He buscado ayuda de otro plano de la existencia, pero esa ayuda no parece haberse materializado...

—Creo que estamos perdidos y que haríamos mejor intentando alejarnos nadando corriente abajo para buscar un escondite en la jungla —dijo Smiorgan.

—¿Y el duque Avan? ¿Ha muerto?

—No, sigue vivo, pero esas criaturas son casi impenetrables para nuestras armas y la nave se hundirá dentro de poco. —Smiorgan trastabilló mientras la cubierta se inclinaba y hubo de alargar la mano para asirse de un cabo suelto, dejando que su gran espada colgara libremente de la correa que la aseguraba a su muñeca—. De momento, no están atacando la popa. Podemos saltar al agua por ahí...

—He hecho un trato con el duque Avan —recordó Elric a su compañero—. No puedo abandonarle a su suerte.

—¡Entonces, moriremos todos!

—¿Qué es eso? —preguntó Elric mientras ladeaba la cabeza, escuchando con atención.

—No oigo nada.

Era un rumor que fue tomando un tono más grave hasta convertirse en un zumbido. Ahora, Smiorgan también lo captó y miró a su alrededor, buscando el origen del sonido. Y, de pronto, soltó un jadeo y señaló hacia lo alto.

—¿Es ésa la ayuda que buscabas?

Era una nube inmensa, negra contra el cielo azul. De vez en cuando, el sol se reflejaba en ella con un destello deslumbrante de colores azul, verde o rojo. La nube avanzaba en espiral, descendiendo hacia el barco, y ambos bandos enmudecieron, contemplando el firmamento.

Los seres voladores eran como enormes libélulas y el brillo y la exuberancia de su colorido resultaban sobrecogedores. Eran sus alas lo que causaba el zumbido, que ahora empezaba a incrementarse de volumen y a subir de tono mientras los insectos se aproximaban a toda velocidad.

Al comprender que eran objeto de un ataque, los hombres reptiles retrocedieron sobre sus largas patas traseras, intentando ganar la orilla antes de que los insectos gigantes cayeran sobre ellos.

Pero era demasiado tarde para huir.

Las libélulas se abatieron sobre los salvajes hasta que no quedó rastro visible de sus cuerpos. Los siseos aumentaron y parecieron adquirir un tono de desesperación mientras los insectos inmovilizaban a sus víctimas en la superficie del agua y les infligían allí una muerte horrible. Quizá les picaban con los

aguijones de sus colas, pero los marineros no pudieron comprobarlo desde el barco.

A veces, una pata zancuda emergía de las aguas y se agitaba en el aire durante un instante. Sin embargo, muy pronto, igual que los reptiles quedaron cubiertos de cuerpos de insectos, sus gritos también fueron sofocados por el extraño zumbido que envolvía a los hombres por todas partes, helándoles la sangre.

Un sudoroso duque Avan, con la espada en la mano, cruzó corriendo la cubierta hasta el albino.

—¿Es eso obra tuya, príncipe Elric?

—En efecto —respondió Elric, mientras seguía contemplando el espectáculo con satisfacción.

Los demás, en cambio, daban muestras de desagrado ante lo que veían.

—Entonces, agradezco tu ayuda. El barco está agujereado por una decena de lugares y está inundándose con una rapidez terrible. Es extraño que no nos hayamos hundido todavía. He dado orden de empezar a remar y espero que consigamos llegar a la isla. Es allí, ya está a la vista —añadió, señalando río arriba.

—¿Y si encontramos en ella nuevos grupos de salvajes como ésos? —preguntó Smiorgan.

Avan le lanzó una sonrisa sombría mientras señalaba hacia la orilla más alejada.

—Mira.

Una decena o más de aquellos reptiles huían al interior de la jungla corriendo sobre sus extrañas patas, después de presenciar el destino sufrido por sus camaradas.

—Creo que ahora no tendrán más deseos de atacarnos —añadió Avan.

Las enormes libélulas volvían a remontar el vuelo y Avan apartó la mirada después de un breve vistazo a lo que habían dejado atrás.

—¡Por los Dioses, príncipe Elric, tienes un gran dominio de la brujería!

Elric sonrió y se encogió de hombros.

—Es efectiva, duque Avan —dijo mientras envainaba su espada mágica.

La hoja parecía reacia a entrar en la funda y lanzó un gemido, como resentida. Smiorgan dirigió una mirada hacia ella.

—Esa espada parece arder en deseos de bañarse en sangre muy pronto, Elric, tanto si tú quieres como si no.

—Sin duda, encontrará con qué hartarse en esa selva —respondió el albino.

Saltó por encima de un fragmento de mástil roto y fue abajo.

El conde Smiorgan el Calvo contempló la nueva capa de escoria que cubría las aguas y se estremeció.

# 4

La destrozada goleta estaba casi a flor de agua cuando la tripulación saltó al agua armada de cuerdas y empezó la tarea de arrastrar el casco por el fango que formaba las riberas de la isla. Ante ellos se levantaba un muro de vegetación que parecía impenetrable. Smiorgan siguió a Elric, encorvándose con el esfuerzo en las aguas poco profundas. Los hombres empezaron a vadear hacia la orilla.

Cuando salieron del agua y pusieron pie sobre la tierra firme, dura y quemada por el sol, Smiorgan contempló la jungla. Ni el menor soplo de viento mecía los árboles y había caído sobre el lugar un extraño silencio. No se escuchaba ningún trino de aves o zumbido de insectos, ni captaron alguno de los gritos o voces de animales que les habían acompañado en su viaje río arriba.

—Esos amigos tuyos sobrenaturales parecen haber asustado y ahuyentado no sólo a los salvajes —murmuró el marino de la negra barba—. Este lugar parece vacío de vida.

—Sí, es extraño —asintió Elric.

El duque Avan se acercó a ellos. Había cambiado sus ropas finas —destrozadas en la refriega, en cualquier caso— por un chaquetón de cuero forrado y unos faldones de ante. Llevaba la espada al cinto.

—Tendremos que dejar a la mayoría de los hombres en la nave —informó, apesadumbrado—. Ellos se encargarán de efectuar las reparaciones necesarias mientras nosotros continuamos adelante en busca de R'lin K'ren A'a. —Se apretó al cuerpo la capa ligera con la que se cubría y añadió—: ¿Es mi imaginación, o aquí reina una atmósfera extraña?

—Precisamente estábamos hablando de ello —respondió Smiorgan—. La vida animal parece haber desaparecido de la isla.

—Si todo lo que tenemos que afrontar es tan inocuo como eso, no hay nada que temer. He de reconocer, príncipe Elric, que si yo te hubiera deseado algún mal y te hubiese visto conjurar esos monstruos del aire, me lo pensaría dos veces antes de acercarme demasiado a ti. Por cierto, te agradezco lo que hiciste. Ahora estaríamos muertos de no ser por ti.

—Si me pediste que os acompañara, fue para que os ayudara —respondió Elric, fatigado—. Vayamos a comer y descansar, y luego continuaremos.

Una sombra cruzó entonces por el rostro del duque Avan. Había algo en el comportamiento de Elric que le inquietaba.

Penetrar en la jungla no fue asunto fácil. Armados de hachas, los seis miembros de la tripulación (los únicos que no eran imprescindibles en la nave) empezaron a abrirse paso entre la maleza. El fantasmagórico silencio continuaba...

Al caer la noche, apenas se habían adentrado media milla en la tupida vegetación y estaban completamente agotados. La jungla era tan lujuriante que apenas encontraban espacio para plantar la tienda. La única luz del campamento provenía de la pequeña hoguera que chisporroteaba ante la entrada de la tienda. Los hombres de la tripulación durmieron donde pudieron, al raso.

Elric no pudo conciliar el sueño, pero ahora no era la selva lo que le desvelaba. Estaba inquieto por el silencio, pues tenía la certeza de que no era su presencia lo que había ahuyentado todo rastro de vida. No había visto durante la jornada un sólo insecto, ave o pequeño roedor. No había el menor indicio de vida animal. La isla llevaba mucho tiempo desprovista de otro tipo de vida que la vegetal: quizá siglos o decenas de siglos. Recordó otro fragmento de la vieja leyenda de R'lin K'ren A'a. Se decía que, cuando los Dioses acudieron a reunirse allí, no sólo huyeron los habitantes de la ciudad sino también todas las formas de vida silvestres. Nada se había atrevido a ver a los Altos Señores ni a escuchar su conversación. Elric se estremeció y volvió su blanca cabeza a un lado y otro sobre la capa que, arrollada, le servía de almohada. En sus ojos carmesí había una expresión torturada. Si había algún peligro en la isla, sería más sutil que las asechanzas que habían afrontado en el río.

El ruido de su avance entre la espesura fue el único sonido que se escuchó en la isla a la mañana siguiente, cuando continuaron abriéndose paso dificultosamente.

Con la piedra magnética en una mano y el mapa en la otra, el duque Avan Astran trató de guiarles, instruyendo a sus hombres sobre la dirección que debían seguir. Sin embargo, el avance se hizo aún más lento y todos tuvieron la seguridad de que no había pasado por allí criatura alguna desde hacía muchas eras.

Al cuarto día, llegaron a un claro natural de roca volcánica lisa y encontraron allí un manantial.

Agradecidos, instalaron el campamento en el lugar. Elric empezó a lavarse la cara en el agua fresca cuando oyó un grito detrás de él. Saltó como un muelle. Uno de los tripulantes había levado la mano al carcaj y estaba colocando una flecha en el arco.

—¿Qué sucede? —le preguntó el duque Avan.

—¡He visto algo, mi señor!

—¡Tonterías! ¡No hay...!

—¡Allí!

El hombre tensó la cuerda y lanzó el dardo hacia los terraplenes superiores de la jungla. Algo pareció moverse allí, efectivamente, y Elric creyó ver un destello gris entre los árboles.

—¿Viste qué tipo de criatura era? —preguntó Smiorgan al hombre.

—No, señor. Al principio, temí que fueran esos reptiles otra vez.

—Están demasiado asustados para seguirnos tierra adentro en esta isla —le tranquilizó el duque Avan.

—Espero que aciertes —comentó Smiorgan con gesto nervioso.

—Entonces, ¿de qué podía tratarse? —se preguntó Elric.

—Yo, señor... creo que era un hombre —balbució el marinero.

—¿Un hombre? —Elric contempló los árboles con aire pensativo.

—¿Te esperabas algo así, Elric? —preguntó Smiorgan.

—No estoy seguro...

El duque Avan se encogió de hombros.

—Lo más probable es que haya sido la sombra de una nube al pasar sobre los árboles. Según mis cálculos, ya deberíamos haber alcanzado la ciudad.

—¿No pensarás, después de todo, que no existe? —dijo Elric.

—Empieza a no importarme, príncipe Elric. —El duque se apoyó en el tronco de un árbol enorme y apartó a un lado una rama que le rozaba el rostro—. Sin embargo, no hay nada más que hacer. El barco todavía no está listo para zarpar. —Echó un vistazo a la espesura y añadió—: No creí que llegara a echar en falta esos malditos insectos que nos mortificaban en el río...

El hombre que había lanzado la flecha volvió a gritar de pronto.

—¡Allí! ¡Le he visto! ¡Es un hombre!

Mientras los demás volvían la mirada hacia donde indicaba pero no conseguían descubrir nada, el duque Avan continuó apoyado en el tronco.

—No has visto nada —dijo—. Aquí no hay nada que ver.

Elric se volvió hacia el duque.

—Dame el mapa y la piedra, Avan. Tengo la impresión de que sabré encontrar el camino.

El vilmiriano se encogió de hombros con una expresión dubitativa en su rostro de facciones cuadradas y bien parecido. El duque entregó a Elric las dos cosas que le había pedido.

Descansaron toda la noche y, a la mañana siguiente, continuaron el avance con Elric abriendo la marcha.

Y, a mediodía, emergieron de la jungla y contemplaron las ruinas de R'lin K'ren A'a.

# 5

Entre las ruinas de la ciudad no crecía planta alguna. Las calles estaban resquebrajadas *y* los muros de las casas se habían derrumbado, pero no había hierbas floreciendo en las grietas y daba la impresión de que la población hubiera sido arrasada en tiempos muy recientes por algún colosal terremoto. Únicamente seguía intacta una estructura que se alzaba sobre las ruinas. Era una estatua gigantesca de jade blanco, gris y verde, la estatua de un joven desnudo con un rostro de belleza casi femenina que volvía sus ojos vacíos hacia el norte.

—¡Los ojos! —exclamó el duque Avan—. ¡Han desaparecido!

Los demás no dijeron nada mientras contemplaban la estatua y las ruinas que la rodeaban. El lugar era bastante pequeño y los edificios tenían pocos elementos decorativos. Sus moradores parecían haber sido gentes sencillas y acomodadas, totalmente distintas de los melniboneses del Brillante Imperio. Elric no podía creer que los habitantes de R'lin K'ren A'a hubieran sido sus antepasados. Parecían demasiado cuerdos y sanos.

—¡La estatua ya ha sido saqueada! —continuó el duque Avan—. ¡Nuestro maldito viaje ha sido en vano!

—¿Realmente habías pensado que conseguirías arrancar de sus cuencas los ojos del Hombre de Jade, mi señor? —replicó Elric con una carcajada.

La estatua tenía la altura de cualquier torre de la Ciudad Soñada y su cabeza, por sí sola, debía medir aproximadamente lo que un edificio razonablemente grande. El duque Avan apretó los labios y se negó a continuar escuchando las palabras burlonas de Elric.

—Todavía puede que descubramos algo que compense nuestros esfuerzos —murmuró—. Había otros tesoros en R'lin K'ren A'a. Venid...

Abrió la marcha al interior de la ciudad.

Era escasísimos los edificios que se conservaban en pie incluso parcialmente pero, pese a todo, resultaban fascinantes aunque sólo fuera por la especial calidad de sus materiales de construcción, distintos a todos los que habían visto en su vida los viajeros.

Los colores eran numerosos pero desvaídos por el paso del tiempo: rojos suaves, amarillos y azules se conjugaban para ofrecer combinaciones casi infinitas.

Elric alargó la mano para tocar una pared y se sorprendió ante el frío tacto del fino material. No era piedra, ni madera ni metal. ¿Era posible que hubiera sido traído de otro plano?

Trató de hacerse una idea de cómo había sido la ciudad antes de que fuera abandonada. Las calles habían sido amplias, carecía de muralla exterior y las casas habían sido bajas y construidas con grandes jardines y huertos en torno. Si realmente se trataba del hogar original de su pueblo, ¿qué había sucedido para transformar a los pacíficos ciudadanos de R'lin K'ren A'a en los locos constructores de las extrañas y ensoladoras torres de Imrryr? Elric había creído que podría encontrar una solución a algunos misterios en aquel lugar pero, en vez de ello, se había encontrado con un nuevo misterio. Encogiéndose de hombros, se dijo que aquél parecía su eterno destino.

Y, en aquel instante, el primer disco de cristal pasó zumbando junto a su cabeza y fue a estrellarse contra una pared en ruinas.

El siguiente disco partió el cráneo de uno de los marineros y le produjo a Smiorgan un rasguño en la oreja antes de que el grupo consiguiera lanzarse al suelo y aplastarse contra el terreno.

—Esas criaturas son vengativas —dijo Avan con una tensa sonrisa—. ¡Se arriesgan mucho para hacernos pagar la muerte de sus camaradas!

El terror se reflejaba en el rostro de todos los marineros y el miedo empezaba a asomar en los ojos del duque Avan.

Nuevos discos se estrellaron en las proximidades, pero era evidente que el grupo, colocado tras unas ruinas, quedaba temporalmente a cubierto del ataque de los reptiles. Smiorgan tosió al tragar una nubécula de polvo blanco de las piedras.

—Será mejor que llames de nuevo a esos monstruosos aliados tuyos, Elric.

—No puedo —respondió el albino moviendo la cabeza—. Mi aliado me advirtió que no me ayudaría una segunda vez.

Miró a su izquierda, donde aún se mantenían en pie las cuatro paredes de una casucha. No parecía tener puerta, sino sólo una ventana.

—Invoca algo entonces —le conminó el conde Smiorgan con tono de urgencia—. Lo que sea.

—No estoy seguro...

A continuación, Elric rodó sobre sí mismo y, levantándose, corrió a toda prisa hacia el refugio y se lanzó por la ventana para aterrizar sobre un montón de ruinas que le produjeron rasguños en las manos y las rodillas.

Se puso en pie tambaleándose. Pudo ver a lo lejos la enorme estatua ciega del dios que dominaba la ciudad. Se decía que era una imagen de Arioco, aunque no se parecía a ninguna de las imágenes en que Elric había visto jamás manifestarse a su dios protector. Aquella presencia de jade en R'lin K'ren A'a, ¿era una protección para la ciudad, o más bien una amenaza? Oyó un grito. Se asomó por la abertura y vio que uno de los discos había alcanzado a un marinero, segándole el brazo por debajo del codo.

Desenvainó la Tormentosa y la levantó en dirección a la estatua de jade.

—¡Arioco! —gritó—. ¡Arioco, ven en mi ayuda! Una luz negra surgió de la hoja y la espada empezó a cantar como si se uniera al encantamiento de Elric.

—¡Arioco!

¿Acudiría el demonio? Muchas veces, el protector de los Reyes de Melniboné se negaba a materializarse, excusándose en que otros asuntos más urgentes le requerían. Asuntos relacionados con la eterna lucha entre el Orden y el Caos.

—¡Arioco!

Hombre y espada estaban envueltos ahora en una oscura niebla palpitante y el rostro níveo de Elric se agitó, contorsionándose a imitación de las volutas de niebla.

—¡Arioco! ¡Te ruego que me ayudes! ¡Es Elric quien te invoca!

Y una voz llegó entonces a sus oídos. Era una voz suave, ronroneante, juiciosa. Una voz cargada de ternura.

—Siento un especial afecto por ti, Elric. Te aprecio más que a cualquier mortal, pero no puedo ayudarte... Todavía no...

—¡Entonces, estamos condenados a perecer aquí! —gritó Elric, desesperado.

—Tú puedes escapar a ese peligro. Huye por tu cuenta al bosque. Deja a los demás mientras puedas hacerlo. Tienes un destino que cumplir en otro lugar y en otro tiempo...

—No les abandonaré.

—Eres un estúpido, querido Elric.

—Arioco, desde la fundación de Melniboné has ayudado a sus reyes. ¡Auxilia ahora a su último monarca!

—No puedo dispersar mis energías. Se avecina un gran combate y me costaría mucho esfuerzo regresar a R'lin K'ren A'a. Huye ahora y te salvarás. Sólo los demás morirán.

Y, al instante siguiente, el Señor del Infierno había desaparecido. Elric percibió la partida de su presencia. Frunció el ceño, rebuscó en el morral con los dedos e intentó recordar una frase que había escuchado en cierta ocasión. Poco a poco, envainó de nuevo la espada, que protestó una vez más. A continuación, se escuchó un ruido y Smiorgan apareció ante él, jadeando.

—Bueno, ¿está en camino alguna ayuda?

—Me temo que no —respondió Elric, sacudiendo la cabeza con gesto de desesperación—. Una vez más, Arioco me ha rechazado. Una vez más, me ha hablado de un destino superior y de su necesidad de conservar las energías.

—Tus antepasados hubieran debido escoger como protector a un demonio más tratable. Nuestros amigos reptilianos están acercándose. Observa...

Smiorgan señaló las afueras de la ciudad. Un grupo de aproximadamente una decena de criaturas de piernas como zancos avanzaba hacia ellos con los enormes garrotes preparados.

Se escuchó el sonido de algo arrastrándose entre las piedras al otro lado de la pared y pronto apareció Avan al frente de sus hombres, que se colaron uno tras otro por la abertura de la ventana. El duque venía maldiciendo.

—Me temo que no tendremos ayuda —le comunicó Elric.

—¡Entonces, los monstruos de ahí fuera sabían más que nosotros! —replicó el vilmiriano con una tétrica sonrisa.

—Así parece.

—Tendremos que procurar ocultarnos —dijo Smiorgan sin gran convicción—. No sobreviviríamos a un enfrentamiento.

El reducido grupo dejó la casa en ruinas e inició un cauteloso avance, palmo a palmo y aprovechando todo cuanto les podía servir de protección, desplazándose gradualmente hacia las inmediaciones del centro de la ciudad y hacia la estatua del Hombre de Jade.

Un brusco siseo a su espalda les indicó que los guerreros reptiles les habían localizado de nuevo, y

otro vilmiriano cayó al suelo con un disco de cristal sobresaliéndole de la espalda. El grupo emprendió una desenfrenada carrera.

Delante de los hombres se alzaba un edificio rojo de varios pisos que todavía conservaba el tejado.

—¡Adentro! —gritó el duque Avan.

Con cierto alivio, los hombres corrieron sin titubear escalera arriba, subiendo unos gastados peldaños y atravesando una serie de polvorientos pasadizos hasta que se detuvieron a recobrar el aliento en una sala grande y lóbrega.

La sala estaba completamente vacía y se filtraba un poco de luz por las grietas de la pared.

—Este lugar ha resistido mejor que los otros —comentó el duque Avan— Me pregunto cuál debía de ser su función. ¿Era una fortaleza, quizá?

—Los habitantes de la ciudad no parecen haber sido una raza belicosa —apuntó Smiorgan—. Sospecho que este edificio tenía otra función.

Los tres marineros supervivientes dirigían temerosas miradas a su alrededor. Por su aspecto, se diría que hubieran preferido enfrentar a los guerreros reptilescos del exterior.

Elric empezó a cruzar la estancia, pero se detuvo al observar algo pintado en la pared opuesta. Smiorgan también lo vio.

—¿Qué es eso, amigo Elric?

El albino reconoció los símbolos escritos de la Alta Lengua de la vieja Melniboné, aunque eran sutilmente distintos a los que él había estudiado y le costó cierto tiempo descifrar su significado.

—¿Entiendes lo que dice aquí, Elric? —murmuró el duque Avan, uniéndose a la pareja.

—Sí, aunque resulta bastante críptico. Pone: «Si has venido a matarme, eres bien recibido. Si has venido sin los medios para despertar al Hombre de Jade, márchate al instante».

—Me pregunto si ese mensaje irá dirigido a nosotros o si llevará aquí mucho tiempo —musitó el duque Avan.

Elric se encogió de hombros antes de responder.

—Puede haber sido escrito en cualquier momento de los últimos diez mil años...

Smiorgan se acercó al muro y alargó la mano para tocarlo.

—Yo diría que es bastante reciente —comentó—. La pintura todavía está fresca.

—Eso significa que aún existen habitantes aquí —dijo Elric frunciendo el ceño—. ¿Por qué no se dejan ver?

—¿No podrían ser esos reptiles de ahí fuera los moradores de R'lin K'ren A'a? —preguntó Avan—. En las leyendas no dice en ningún momento que fueran seres humanos quienes huyeron de este lugar...

A Elric se le nubló el rostro y, cuando ya se disponía a soltar una áspera réplica, intervino Smiorgan, interrumpiéndole.

—Quizá sólo exista un habitante. ¿No es eso lo que estabas pensando, Elric? La Criatura Condenada a Vivir... Los sentimientos expresados en el mensaje bien podrían ser los suyos...

Elric se llevó las manos al rostro y no respondió.

—Vamos —dijo Avan—. No disponemos de tiempo para especular sobre leyendas.

Cruzó la estancia y pasó otro dintel, desde el que arrancaba una escalera descendente. Elric y Smiorgan le oyeron jadear cuando hubo llegado al fondo.

El resto del grupo bajó hasta la posición del duque y vio que Avan se encontraba a la entrada de otra sala. Sin embargo, el suelo de ésta se hallaba cubierto hasta la altura del tobillo de fragmentos de un material formado por finas láminas de una especie de metal que poseía la flexibilidad del pergamino. En torno a las paredes había miles de pequeños agujeros, dispuestos en hileras, cada uno de ellos con un carácter pintado encima.

—¿Qué es eso? —preguntó Smiorgan.

Elric se agachó y recogió uno de los fragmentos, que tenía grabado en su superficie la mitad de un carácter de la escritura melnibonesa. Era evidente que había habido un intento de borrar aquel signo.

—Era una biblioteca —murmuró el albino en voz baja—. La biblioteca de mis antepasados. Alguien ha intentado destruirla. Esos rollos de escritura debían de ser prácticamente indestructibles, pero se aprecia el gran esfuerzo que se ha realizado para hacerlos indescifrables. —Dio una patada a los fragmentos y añadió—: Es evidente que nuestro amigo o amigos odian rotundamente los conocimientos.

—Muy evidente —asintió Avan con amargura—. ¡Ah, qué valor tendrían esos documentos para un sabio, y ahora están todos destruidos!

Elric se encogió de hombros.

—¡Al diablo con los sabios! ¡Su valor era más considerable para mí que para nadie!

Smiorgan posó su mano en el hombro de su amigo pero Elric se lo sacudió de encima.

—Yo esperaba... —murmuró el albino.

Smiorgan respondió con un gesto de la cabeza.

—A juzgar por el ruido, esos reptiles nos han seguido al interior del edificio.

Escucharon el sonido distante de unas pisadas extrañas en los pasadizos que habían dejado atrás.

El reducido grupo avanzó con el menor ruido posible entre los rollos destruidos y cruzó la estancia hasta entrar en otro pasillo que ascendía con una acusada pendiente.

Entonces, de pronto, se hizo visible la luz del día. Elric se adelantó para efectuar un reconocimiento.

—El pasillo se ha derrumbado y, a juzgar por el aspecto, está bloqueado —informó—. El techo ha cedido y quizá podamos escapar por el hueco.

Continuaron ascendiendo entre las piedras caídas, lanzando preocupadas miradas a su espalda en busca de alguna señal de sus perseguidores.

Por fin, salieron a la plaza central de la ciudad. A ambos lados de la plaza se encontraban los pies de la gran estatua que ahora alzaba su mole imponente por encima de sus cabezas.

Directamente delante de ellos había dos extrañas construcciones que, al contrario del resto de edificios, seguían completamente intactas. Eran abovedadas, de planta poligonal y construidas con una sustancia cristalina tallada en facetas que descomponían los rayos del sol.

Escucharon a los hombres reptiles avanzando dificultosamente pasillo arriba.

—Buscaremos un refugio en la más cercana de esas edificaciones —dijo Elric al tiempo que iniciaba la carrera, abriendo la marcha.

Los demás le siguieron por la abertura, de forma irregular, situada en la base del edificio abovedado.

Sin embargo, una vez en el interior, los hombres vacilaron, protegiéndose los ojos y parpadeando sin cesar mientras intentaban el camino.

—¡Es un laberinto de espejos! —exclamó Smiorgan con un jadeo—. ¡Por los Dioses, nunca había visto uno igual! ¿Cuál debe ser su propósito?

Desde donde estaban, parecían partir corredores en todas direcciones... pero era posible que sólo fueran reflejos del que ahora recorrían. Con suma cautela, Elric empezó a adentrarse en el laberinto con los otros cinco siguiéndole muy cerca.

—Esto me huele a brujería —murmuró Smiorgan mientras avanzaban—. ¿No habremos sido atraídos a una trampa?

Elric sacó la espada y ésta murmuró suave, casi quejumbrosamente.

Todo cambió de pronto y las formas de sus compañeros se hicieron borrosas.

—¡Smiorgan! ¡Duque Avan!

Escuchó un murmullo de voces, pero no eran las de sus amigos.

—¡Conde Smiorgan!

Pero el barbudo señor del mar se desvaneció al instante y Elric se encontró solo.

# 6

Se volvió y un muro de resplandor rojo le hirió los ojos y le cegó.

Gritó y su voz se transformó en un gemido desmayado, como si se burlara de él.

Intentó moverse pero no pudo decir si permanecía en el mismo lugar o si caminaba una decena de millas.

Ahora tenía a alguien a unos pasos, aparentemente difuminado por una pantalla de gemas transparentes multicolores. Se adelantó y amagó un intento de apartar la cortina, pero ésta se desvaneció y Elric se detuvo al instante.

Ante él había un rostro vencido por un dolor infinito.

Y el rostro era el suyo, salvo que la tez era de color normal y el cabello, negro.

—¡Quién eres tú? —dijo Elric en voz apagada.

—He tenido muchos nombres. Uno es Erekosë. He sido muchos hombres. Quizá soy todos los hombres.

—¡Pero eres igual que yo!

—Soy tú.

—¡No!

En los ojos del fantasma había lágrimas mientras contemplaba a Elric con expresión de pena.

—¡No llores por mí! —rugió Elric—. ¡No necesito tu compasión!

—Quizá lloro por mí mismo, pues conozco nuestro destino.

—¿Y cuál es?

—No lo comprenderías.

—Dímelo.

—Pregúntalo a nuestros dioses.

Elric levantó la espada y exclamó, furioso:

—¡No...! ¡Me lo dirás tú, y ahora mismo!

Y el fantasma se desvaneció.

Elric notó un escalofrío. Ahora, el corredor estaba poblado por un millar de fantasmas idénticos y cada uno murmuraba un nombre distinto y vestía ropas diferentes, pero todos ellos tenían sus facciones, aunque no su color.

—¡Marchaos! —gritó—. ¡Oh, Dioses! ¿Qué lugar es éste?

Y, obedeciendo a su orden, los fantasmas desaparecieron.

—¿Elric?

El albino se volvió con la espada preparada, pero era el duque Avan Astran, de la vieja Hrolmar, quien se acarició el rostro con unos dedos temblorosos, aunque logró pronunciar con voz reposada:

—Debo decirte que creo estar perdiendo la cordura, príncipe Elric...

—¿Qué has visto?

—Muchas cosas. No sé describirlas.

—¿Dónde están Smiorgan y los demás?

—Sin duda, habrán ido cada uno por su lado, como nos sucedió a nosotros.

Elric alzó la tormentosa y descargó su filo contra un muro de cristal. La Espada Negra murmuró, pero la pared sólo cambió de posición.

Sin embargo, a través de una grieta, Elric alcanzó a ver la luz normal del día.

—¡Vamos, duque Avan...! ¡Podemos escapar por ahí!

Avan, aturdido, le siguió y ambos salieron del laberinto de cristal y se encontraron en la plaza central de R'lin K'ren A'a.

Pero ahora había ruidos. Carros y carretas llenaban la plaza. En un lado había montados unos puestos de venta. La gente deambulaba pacíficamente y el Hombre de Jade no dominaba el cielo sobre la ciudad. En la plaza no había ninguna estatua del Hombre de Jade.

Elric observó los rostros. Tenían las facciones del pueblo de Melniboné, aunque había algo diferente que, al principio, fue incapaz de concretar. Más adelante, reconoció por fin de qué se trataba. Era la tranquilidad. El albino extendió el brazo para tocar a uno de aquellos hombres.

—Dime, amigo, ¿qué año...?

Pero el hombre no le oyó y continuó su camino.

Elric intentó detener a varios de los paseantes, pero ninguno pareció verle u oírle.

—¿Cómo pudieron perder esa paz? —preguntó el duque Avan, admirado—. ¿Cómo se convirtieron en gente como vosotros, Elric de Melniboné?

El albino soltó un gruñido por lo bajo mientras se volvía bruscamente y se enfrentaba al vilmiriano.

—¡Cállate!

—Quizá todo esto es una mera ilusión —añadió Avan con un encogimiento de hombros.

—Quizá —murmuró Elric con abatimiento—, pero estoy seguro de que así fue su vida... hasta que llegaron los Altos Señores.

—¿Culpas, pues, a los Dioses?

—Culpo a la desesperación que trajeron.

—Te comprendo —asintió el duque Avan con gravedad. Después, se volvió hacia el gran cristal y escuchó atentamente—. ¿Oyes esa voz, príncipe Elric? ¿Qué está diciendo?

Elric escuchó la voz. Parecía provenir del cristal y hablaba en la antigua lengua de Melniboné, aunque con un acento extraño.

—Por aquí —decía—. Por aquí.

—No me gusta la idea de volver ahí —protestó Elric, haciendo una pausa.

—¿Qué opción nos queda? —replicó Avan.

Ambos se adentraron juntos por la abertura.

De nuevo, se hallaban en el laberinto que tanto podía ser un pasillo como muchos, y la voz se oyó más clara.

—Dad dos pasos a la derecha —les indicó.

—¿Qué era eso? —preguntó Avan, volviéndose hacia Elric.

El albino se lo explico.

—¿Debemos obedecer? —continuó Avan.

—Sí —respondió el albino con aire de resignación.

Dieron dos pasos a la derecha.

—Ahora, cuatro pasos a la izquierda —dijo la voz.

Dieron cuatro pasos a la izquierda.

—Ahora, uno adelante.

Elric y el duque salieron a la plaza en ruinas de R'lin K'ren A'a. Smiorgan y uno de los marineros vilmarianos se encontraban allí.

—¿Dónde están los demás? —preguntó Avan.

—Pregúntale a él —respondió Smiorgan con aire abatido mientras hacía un gesto con la espada en la diestra.

Contemplaron al hombre, que era albino o leproso. Estaba completamente desnudo y tenía un notable parecido con Elric. Al principio, Elric pensó que se trataba de otro fantasma, pero luego observó que también había diferencias entre sus respectivos rostros. Al hombre le salía algo del costado, justo por encima de la tercera costilla. Con un estremecimiento, Elric reconoció el objeto como el asta rota de una flecha vilmiriana. El extraño individuo desnudo asintió.

—Sí, la flecha ha alcanzado su objetivo, pero no ha podido matarme porque soy J'osui C'rein Reyr...

—¿Te crees la Criatura Condenada a Vivir...? —murmuró Elric.

—Lo soy —replicó el hombre con una sonrisa amarga—. ¿Crees que pretendo engañarte?

Elric echó un vistazo al asta de la flecha y luego efectuó un gesto de negativa con la cabeza.

—¿Tienes diez mil años de edad? —preguntó Avan, contemplándole.

—¿Qué ha dicho? —quiso saber J'osui C'rein Reyr.

Elric tradujo la pregunta.

—¿Todo este tiempo ha transcurrido? —El hombre suspiró; luego, contempló a Elric con mirada profunda e inquisitiva—. ¿Eres de mi raza? —preguntó finalmente.

—Así parece.

—¿De qué familia?

—De la estirpe real.

—Entonces, finalmente has acudido. Yo también soy de tu estirpe.

—Te creo.

—Advertí que los olab te buscaban.

—¿Los olab...?

—Esos seres primitivos de los discos y los garrotes.

—Sí, nos salieron al encuentro durante el viaje río arriba.

—Yo os conduciré a lugar seguro. Venid.

Elric dejó que J'osui C'rein Reyr les condujera al otro lado de la plaza, donde se alzaba todavía una torre

a punto de derrumbarse. El hombre levantó entonces una losa y les mostró unos peldaños que descendían hacia la oscuridad. Le siguieron, bajando cautelosamente mientras el hombre que vivía eternamente dejaba caer de nuevo la losa sobre sus cabezas. Pronto se encontraron en una sala iluminada por lámparas de aceite. La estancia aparecía vacía, salvo un lecho de paja.

—Vives muy austeramente —dijo Elric.

—No necesito nada más. Ya tengo suficientes cosas en la cabeza...

—¿De dónde provienen los olab? —preguntó el albino.

—Llegaron a estas tierras en tiempos muy recientes. Hace apenas mil años, o la mitad de ese tiempo, quizá, llegaron de río arriba después de alguna disputa con otra tribu. No suelen venir a la isla. Debéis de haber matado a muchos de ellos para que os tengan tanto odio.

—En efecto, matamos a muchos.

J'osui C'rein Reyr señaló con un gesto a los demás componentes del grupo, que le miraban con cierta aprensión.

—¿Y esos? Primitivos también, ¿no? No son de nuestra raza.

—Quedan pocos de nuestro pueblo.

—¿Qué dice? —quiso saber el duque Avan.

—Dice que esos belicosos reptiles se llaman olab —respondió Elric.

—¿Fueron esos olab quienes robaron los ojos del Hombre de Jade?

Cuando Elric tradujo la pregunta, la Criatura Condenada a Vivir pareció desconcertada.

—Entonces, ¿no lo sabéis?

—¿Saber qué?

—¡Pero si habéis estado dentro de los ojos del Hombre de Jade! Esos grandes cristales en los que os perdisteis son precisamente lo que buscabais...

# 7

Cuando Elric transmitió la noticia al duque Avan, el vilmiriano se echó a reír. Inclinó la cabeza hacia atrás y lanzó un rugido de hilaridad mientras los demás seguían mirando con aire lúgubre. La sombra que había nublado las facciones del duque en los últimos tiempos se había desvanecido y Avan volvía a ser el hombre que Elric había conocido al principio.

Smiorgan fue el siguiente en sonreír e incluso Elric reconoció la ironía de lo que les había sucedido.

—Esos cristales cayeron de su rostro como lágrimas poco después de que los Altos Señores se marcharan —continuó J'osui C'rein Reyr.

—Así pues, los Altos Señores vinieron aquí...

—Sí. El Hombre de Jade trajo el mensaje y todo el pueblo se marchó después de cerrar un pacto con él.

—¿El Hombre de Jade no fue construido por tu pueblo?

—El Hombre de Jade es el duque Arioco del Infierno. Un día salió del bosque, se plantó en la plaza y anunció al pueblo lo que iba a suceder: que nuestra ciudad se encontraba en el centro de una configuración especial y que era en aquel preciso lugar donde se celebraría la reunión de los Señores de los Mundos Superiores.

—¿Y el pacto? ¿Cuál fue?

—A cambio de su ciudad, nuestra línea real podría aumentar su poder bajo la protección y el mecenazgo de Arioco. Este les proporcionaría un gran conocimiento y los medios para construir una nueva ciudad en otra parte.

—¿Y ellos aceptaron el pacto sin discutir?

—No les quedaban muchas opciones, pariente. Elric bajó los ojos y contempló el suelo polvoriento.

—Y así quedaron corrompidos —murmuró.

—Sólo yo me negué a aceptar el pacto. No quería dejar la ciudad y desconfiaba de Arioco. Cuando todos los demás se marcharon río abajo, me quedé aquí, donde ahora estamos, y escuché la llegada de los Señores de los Mundos Superiores y les oí hablar, estableciendo las leyes bajo las cuales lucharían en adelante el Orden y el Caos. Cuando se hubieron ido, salí de nuevo pero Arioco, el Hombre de Jade, aún seguía aquí. Me miró con sus ojos de cristal y me maldijo. Cuando lo hubo hecho, los cristales cayeron al suelo y quedaron donde ahora los ves. El espíritu de Arioco partió, pero su imagen de jade permaneció donde estaba.

—¿Y todavía conservas el recuerdo de lo que se trató entre los Señores del Orden y el Caos?

—Ésta es mi maldición.

—Quizá tu destino fue menos cruel del que cayó sobre quienes se marcharon —murmuró Elric sin alzar la voz—. Yo soy el último heredero de esta concreta maldición...

J'osui C'rein Reyr pareció desconcertado y luego miró fijamente a Elric a los ojos y una expresión de lástima cruzó su rostro.

—No había pensado que hubiera un destino peor que el mío... pero ahora creo que puede existir...

—Por lo menos, alivia mi corazón —continuó Elric, hablando impetuosamente—. Debo saber qué sucedió entre los Altos Señores en esa reunión. Debo comprender la naturaleza de mi existencia... igual que tú, al menos, comprendes la tuya. ¡Cuéntame, te lo ruego!

J'osui C'rein Reyr frunció el ceño, continuó con la mirada fija en los ojos de Elric y murmuró:

—Entonces, ¿no conoces toda mi historia?

—¿Hay algo más?

—Sólo puedo recordar lo que sucedió entre los Altos Señores pero, cuando trato de formular mis recuerdos en voz alta o cuando intento escribirlos, me resulta imposible...

Elric asió al hombre por los brazos.

—¡Debes intentarlo! ¡Es preciso!

—Sé que no puedo.

Al ver la expresión torturada de Elric, Smiorgan se acercó a él.

—¿Qué sucede, Elric?

El albino se sujetó la cabeza entre las manos.

—Nuestro viaje ha sido inútil —dijo.

Sin darse cuenta, empleó la antigua lengua de Melniboné.

—No del todo —intervino J'osui C'rein Reyr—. Al menos, para mí. —Hizo una pausa—. Dime, ¿cómo

encontrasteis la ciudad? ¿Por algún mapa?

—Sí, es éste. Hace muchos siglos, lo puse en un cofrecito que guardé en un pequeño baúl. Lancé el baúl a las aguas del río con la esperanza de que llegaría a los míos y ellos sabrían de qué se trataba.

—El cofrecito fue encontrado en Melniboné, pero nadie se molestó en abrirlo —explicó Elric—. Eso te dará una idea de lo que ha sucedido a la raza que partió de este lugar...

El extraño hombre inmortal asintió con expresión seria.

—¿Y aún había un sello con el mapa?

—En efecto. Lo tengo en mi poder.

—¿Una imagen de una manifestación de Arioco, incrustada en un pequeño rubí?

—Sí, me pareció reconocer la imagen, pero no conseguí ubicarla.

—La Imagen de la Gema —musitó J'osui C'rein Reyr—. Atendiendo a mis súplicas, ha regresado... en manos de un melnibonés de la estirpe real.

—¿Cuál es su significado?

Smiorgan interrumpió la conversación:

—¿Nos va a ayudar a escapar este tipo, Elric? Ya estamos un poco impacientes...

—Esperad —le respondió el albino—. Os lo explicaré todo más adelante.

—La Imagen en la Gema puede ser el instrumento de mi liberación —explicó la Criatura condenada a Vivir—. Si su poseedor es de estirpe real, puede dar órdenes al Hombre de Jade.

—Pero ¿por qué no lo utilizaste tú?

—Debido a la maldición que recibí. Tenía el poder para dar órdenes, pero no para invocar al demonio Arioco. Supongo que era una ironía ideada por los Altos Señores.

Elric observó una amarga tristeza en los ojos de J'osui C'rein Reyr. Contempló sus carnes blancas y desnudas, sus cabellos níveos y su cuerpo, ni joven ni viejo, y el asta de la flecha sobresaliéndole por encima de la tercera costilla del costado izquierdo.

—¿Qué debo hacer? —preguntó.

—Debes invocar a Arioco y, a continuación, ordenarle que entre de nuevo en su cuerpo y que vuelva a colocarse los ojos para poder ver el camino que le aleje de R'lin K'ren A'a.

—¿Y cuando se vaya?

—La maldición se irá con él.

Elric permaneció pensativo. Si invocaba a Arioco, que parecía claramente reacio a acudir, y luego le ordenaba que hiciera algo contrario a sus deseos, se enfrentaba a la posibilidad de convertir en enemigo suyo a aquel ente poderoso e imprevisible. Sin embargo, se encontraban atrapados allí por los guerreros olab y no tenían ningún medio para escapar de ellos. Si el Hombre de Jade echaba a andar, era casi seguro que los olab huirían aterrados y que dispondrían de tiempo para regresar al barco y volver al mar. Explicó a sus compañeros la conversación mantenida con el extraño hombre inmortal. Tanto Smiorgan como Avan parecieron titubear y el marinero vilmiriano superviviente estaba completamente aterrorizado.

—Debo hacerlo —decidió Elric— por ese hombre. Debo llamar a Arioco y levantar la maldición que cayó sobre R'lin K'ren A'a.

—¡Y traer una maldición peor sobre nosotros! —exclamó el duque Avan, llevando automáticamente la mano a la empuñadura de su espada—. ¡No! Creo que debemos librar nuestra suerte ante los olab. Deja en paz a ese hombre: está loco y divaga. Sigamos nuestro camino.

—Ve tú si quieres —dijo Elric—, pero yo me quedo con la Criatura Condenada a Vivir.

—Entonces, te quedarás aquí para siempre. ¡No entiendo que creas lo que te ha contado!

—Sin embargo, estoy seguro de que dice la verdad.

—Tienes que venir con nosotros. Tu espada nos ayudará. Sin ella, no cabe duda de que los olab nos destruirán.

—Ya has visto que la Tormentosa tiene poca efectividad contra los olab.

—Pero, aun así, tiene alguna. ¡No me abandones, Elric!

—No pretendo abandonarte, pero debo invocar a Arioco. Mi invocación será beneficiosa para ti, sino para mí.

—No me has convencido.

—Fue mi capacidad como hechicero lo que querías cuando me buscaste para esta aventura. Ahora te ofrezco utilizarla.

Avan retrocedió. Parecía temer algo más que a los olab, algo más que la invocación. El duque parecía haber leído en el rostro de Elric una amenaza de la que el propio albino no tenía conciencia.

—Tenemos que salir afuera —dijo J'osui C'rein Reyr—. Tenemos que colocarnos bajo el Hombre de Jade.

—Y cuando esto acabe —preguntó Elric de pronto—, ¿cómo saldremos de R'lin K'ren A'a?

—Hay un barco. No tiene provisiones, pero a bordo está gran parte del tesoro de la ciudad. Se

encuentra en el extremo occidental de la isla.

—Es un alivio saber eso —dijo Elric—. Pero ¿no pudiste utilizarlo tú mismo?

—No podía marcharme.

—¿Te lo impedía la maldición?

—Sí: la maldición de mi timidez.

—¿La timidez te ha mantenido aquí diez mil años?

—En efecto...

Dejaron la estancia y salieron a la plaza. Había caído la noche y en el cielo lucía una luna enorme que desde donde se encontraba Elric, parecía enmarcar con un halo la ciega cabeza del Hombre de Jade. El silencio era absoluto. Elric sacó del bolsillo la Imagen en la Gema y la sostuvo entre los dedos pulgar e índice de la mano izquierda. Con la derecha, desenvainó la tormentosa. Avan, Smiorgan y el marinero vilmiriano se apartaron.

Elric contempló las enormes piernas de jade, los genitales, el torso, los brazos, la cabeza... Luego, levantó la espada con ambas manos y gritó:

—¡ARIOCO!

La voz de la Tormentosa casi ahogó la suya. La espada se agitó entre sus manos, amenazando con soltarse de ellas mientras lanzaba un penetrante aullido.

—¡ARIOCO!

Lo único que vieron ahora los presentes fue la espada radiante y pulsante, las manos y el rostro níveos del albino y sus ojos carmesíes brillando en la oscuridad.

—¡ARIOCO!

Y entonces llegó a los oídos de Elric una voz que no era la de Arioco, y le pareció que la espada le hablaba.

«Elric, Arioco debe tener sangre y almas. Sangre y almas, mi señor...»

—No. Estos hombres son mis amigos y los olab no sufren daño cuando les hiere la Tormentosa. Arioco debe acudir sin sacrificio de sangre, sin tomar ningún alma.

—¡Sólo la sangre y las almas pueden asegurar su presencia! —dijo una voz, más clara ahora.

Tenía un tono sardónico y parecía surgir de detrás de Elric. Éste se volvió, pero no encontró a nadie allí.

El albino observó el rostro nervioso del duque Avan y, mientras sus ojos se clavaban en el semblante del vilmiriano, la espada se agitó entre las manos de Elric como si quisiera saltar sobre el duque.

—¡No! —gritó Elric—. ¡Detente!

Pero la Tormentosa no se tranquilizó hasta que hubo penetrado profundamente en el corazón del duque Avan y hubo saciado su sed. El marinero que le acompañaba se quedó paralizado viendo morir a su amo. El duque Avan se retorció en el suelo.

—¡Elric! ¿Qué traición has...? ¡Ah, no! —gritó—. Piedad, mi alma...

Se agitó, presa de intensos temblores.

Finalmente, cayó muerto.

Elric extrajo la espada y la descargó sobre el marinero cuando éste corrió en ayuda de su amo. El albino segó esa nueva vida sin pensárselo.

—Ahora, Arioco ya tiene su sangre y sus almas —dijo fríamente—. ¡Qué aparezca Arioco!

Smiorgan y la Criatura Condenada a Vivir se habían retirado a un lado y contemplaron horrorizados al poseído Elric, cuyo rostro albino reflejaba una profunda crueldad.

—¡QUE APAREZCA ARIOCO!

—Aquí estoy, Elric.

El melnibonés se volvió y vio algo entre las sombras de las piernas de la estatua, una sombra dentro de otra sombra.

—Arioco, ahora debes volver a esa representación en jade y hacer que se marche para siempre de R'lin K'ren A'a.

—No lo haré de buen grado, Elric.

—Entonces, tendré que ordenártelo, duque Arioco.

—¿Ordenármelo? Sólo aquel que posee la Imagen en la Gema puede dar órdenes a Arioco y, aun teniéndola, sólo puede darlas una vez.

—La Imagen en la Gema está en mi poder. Compruébalo.

Elric sostuvo en alto el pequeño sello.

La sombra dentro de otra sombra se agitó durante unos instantes, como encolerizada.

—Si obedezco tu orden, se pondrá en acción una cadena de acontecimientos que quizá no desees —dijo Arioco, hablando de pronto en bajo melnibonés como si con ello quisiera dar más solemnidad a sus palabras.

—Que así sea. Te ordeno entrar en la estatua del Hombre de Jade y recoger sus ojos para que pueda

caminar de nuevo. Después, te ordeno que te marches de aquí y te lleves la maldición de los Altos Señores contigo.

—Cuando el Hombre de Jade deje de guardar el lugar donde se reunieron los Altos Señores —replicó Arioco—, la gran lucha que se libra en los Mundos Superiores empezará también en este plano.

—Yo te lo ordeno, Arioco. ¡Entra en el Hombre de Jade!

—Eres una criatura obstinada, Elric.

—¡Entra!

Elric levantó la Tormentosa, que parecía cantar con monstruosa alegría y que, en aquel instante, tenía aspecto de ser más poderosa que el propio Arioco, más poderosa que todos los Dioses de los Mundos Superiores.

El terreno vibró. En torno a la silueta de la gran estatua ardieron de pronto unas llamas mientras la sombra dentro de otra sombra desaparecía.

Y el Hombre de Jade se movió.

Su enorme masa se inclinó ante Elric, sus manos se extendieron más allá del albino y buscaron a tientas los dos cristales que yacían en el suelo. Cuando los encontró, tomó uno con cada mano y los colocó de nuevo en el lugar que les correspondía.

Elric se retiró tambaleante al rincón opuesto de la plaza, donde Smiorgan y J'osui C'rein Reyr ya estaban acurrucados, presas de un profundo terror.

Una luz intensísima surgía ahora de los ojos del hombre de Jade y los labios de la estatua se entreabrieron.

—¡Ya está, Elric! —dijo una voz imponente.

J'osui C'rein Reyr rompió en sollozos.

—Entonces, ¡márchate ya, Arioco!

—Me voy. La maldición que se cernía sobre R'lin K'ren A'a y sobre J'osui C'rein Reyr queda levantada, pero otra maldición aún mayor se abate ahora sobre todo tu plano de existencia, Elric.

—¿A qué te refieres, Arioco? ¡Explícate! —gritó Elric.

—Pronto tendrás tu explicación. ¡Adiós!

De pronto, las enormes piernas de jade se movieron y, dando un único paso, la estatua dejó atrás las ruinas de la ciudad y empezó a abrirse paso por la jungla, aplastando los árboles bajo sus pies. En un abrir y cerrar de ojos, el Hombre de Jade desapareció.

Entonces, la Criatura Condenada a Vivir lanzó una carcajada, una risotada extraña. Smiorgan se cubrió los oídos con las manos.

—¡Y ahora...! —gritó J'osui C'rein Reyr—. ¡Ahora tu espada debe quitarme la vida! ¡Por fin puedo morir!

Elric se pasó una mano por la frente. Apenas había tenido conciencia de los acontecimientos que acababan de producirse.

—¡No! —exclamó, desconcertado—. ¡No puedo...!

Y la Tormentosa salió volando de su mano... y voló hasta el cuerpo de la Criatura Condenada a Vivir y penetró profundamente en su pecho.

Y, mientras moría, J'osui C'rein Reyr no dejó de reírse. Cayó al suelo y sus labios se movieron. De ellos salió un susurro y Elric aproximó el oído para escucharlo.

—Ahora, la espada tiene mis conocimientos. Por fin he sido liberado de esa carga.

Sus ojos se cerraron. Los diez mil años de vida de J'osui C'rein Reyr habían concluido.

Sin apenas fuerzas, Elric extrajo la Tormentosa y la envainó. Después contempló el cuerpo de la Criatura Condenada a Vivir y, a continuación, dirigió una mirada de interrogación a Smiorgan.

El corpulento señor del mar le volvió la espalda.

El sol empezaba a asomar. El amanecer era grisáceo. Elric vio convertirse en polvo el cuerpo de J'osui C'rein Reyr, y el viento arrastró después ese polvo, mezclándolo con el que se levantaba de las ruinas. El albino cruzó de nuevo la plaza hasta el lugar donde había quedado el cuerpo retorcido del duque Avan, y cayó de rodillas a su lado.

—Duque Avan Astran de la vieja Hrolmar, estabas advertido de que siempre cae el mal sobre aquellos que unen su destino al de Elric de Melniboné, pero decidiste no hacer caso de las advertencias. Ahora, ya sabes que hablaba en serio.

Con un suspiro, se puso en pie otra vez. Smiorgan se colocó a su lado. El sol iluminaba ahora las partes más elevadas de las ruinas. Smiorgan extendió la mano y asió a su amigo por el hombro.

—Los olab han desaparecido. Supongo que ya han tenido suficientes demostraciones de hechicería.

—Conde Smiorgan, otro hombre ha sido destruido por mi mano. ¿Acaso estaré atado eternamente a esta espada maldita? Debo descubrir un medio de librarme de ella o el peso de mi conciencia me abrumará de tal modo que seré incapaz de soportarlo.

Smiorgan carraspeó, pero no dijo nada.

—Yo daré descanso al duque Avan —dijo Elric—. Mientras, regresa donde dejamos la nave y avisa a los hombres de que volvemos.

Smiorgan cruzó la plaza a grandes zancadas en dirección este.

Elric levantó con ternura el cuerpo del duque Avan y se encaminó al lado opuesto de la plaza, penetrando en la estancia subterránea donde la Criatura Condenada a Vivir había llevado su existencia a lo largo de diez mil años.

Ahora, a Elric le parecía todo muy irreal pero sabía que no había sido un sueño, pues el Hombre de Jade había desaparecido. Sus pisadas podían apreciarse en la selva, donde arboledas enteras habían quedado aplastadas.

Descendió la escalera, entró en la estancia y dejó al duque Avan sobre el lecho de paja seca. Después, tomó la daga de Avan y, a falta de otra cosa, la mojó en la sangre del duque y escribió en la pared, encima del cadáver:

*Éste fue el duque Avan Astran de la. vieja Hrolmar. Exploró el mundo y llevó muchos conocimientos y tesoros a Vilmir, su tierra. Soñó y se perdió en el sueño de otro, y por ello murió. Enriqueció los Reinos Jóvenes... y así impulsó otro sueño. Murió para que la Criatura Condenada a Vivir pudiera morir como era su deseo.*

Elric hizo una pausa. Después arrojó la daga. No tenía derecho a justificar sus propios sentimientos de culpabilidad elaborando un epitafio rimbombante para el hombre que había matado.

Permaneció inmóvil, respirando pesadamente, y tomó de nuevo la daga.

*Murió porque Elric de Melniboné deseó alcanzar una paz y un conocimiento que jamás podría encontrar. Fue muerto por la Espada Negra.*

A mediodía, el cuerpo solitario del último marinero vilmiriano seguía todavía en mitad de la plaza, donde había caído. Nadie conocía su nombre. Nadie sentina lástima por él ni pronunciaría un epitafio por su muerte. El vilmiriano no había perdido la vida en algún alto empeño, ni había seguido ningún sueño fabuloso. Incluso muerto, su cuerpo no tendría ninguna utilidad pues en la isla no había animales carroñeros que pudieran aprovecharlo, y en el polvo de la ciudad tampoco había tierra que fertilizar. Elric regresó a la plaza y vio el cuerpo. Por un instante, simbolizó para el albino la idea central que le había acompañado hasta entonces en aquel extraño lugar, y que seguiría presidiendo sus pensamientos en adelante.

—Todo es en vano —murmuró.

Quizá, después de todo, sus remotos antepasados así lo habían comprendido pero no les había preocupado. Había sido necesaria la presencia del Hombre de Jade para que lo tuvieran en cuenta y, al asimilarlo, enloquecieran de angustia. El conocimiento les había obligado a cerrar sus mentes a muchas emociones.

—¡Elric!

Era Smiorgan, que regresaba del barco. Elric alzó la mirada.

—Los olab se encargaron de la tripulación y de la nave antes de venir a por nosotros. Están todos muertos y la embarcación ha quedado destruida.

Elric recordó algo que le había dicho la Criatura Condenada a Vivir.

—Hay una barca en el lado este de la isla.

Les llevó el resto de la jornada y toda la noche descubrir el lugar donde J'osui C'rein Reyr había ocultado su embarcación. Cuando la localizaron, la arrastraron hasta el agua bajo la difusa luz del amanecer e inspeccionaron su interior.

—Es una barca muy sólida —dijo el conde Smiorgan con expresión aprobatoria—. Por su aspecto, parece fabricada con el mismo material extraño que vimos en la biblioteca de R'lin K'ren A'a.

Saltó a bordo e inspeccionó los cajones. Elric se volvió hacia la ciudad pensando en el hombre que hubiera podido ser su amigo, igual que había llegado a serlo el conde Smiorgan. El albino no tenía amigos, salvo Cymoril, que estaba en Melniboné. Exhaló un suspiro.

Smiorgan había abierto varios cajones y sonreía ante lo que había encontrado en ellos.

—Roguemos a los Dioses que pueda volver sano y salvo a las Ciudades Púrpura. ¡Tenemos lo que buscaba! ¡Mira, Elric! ¡El tesoro! ¡Finalmente, hemos sacado provecho de esta aventura!

—Sí... —Elric tenía la cabeza en otros asuntos, pero se obligó a pensar en cuestiones más prácticas—. Pero las joyas no nos alimentarán, conde Smiorgan. El viaje de regreso a casa será largo.

—¿A casa? —El conde Smiorgan enderezó su poderosa espalda con un puñado de collares entre los dedos—. ¿A Melniboné?

—No. A los Reinos Jóvenes. Recuerdo que me ofreciste hospitalidad en tu casa.

—Durante el resto de tu vida, si te place. Me salvaste la vida, amigo Elric, y ahora me has ayudado a

lavar mi honor.

—¿No te han perturbado los últimos sucesos? Ya has visto lo que puede hacer mi espada... tanto a los enemigos como a los amigos.

—Nosotros, la gente de las Ciudades Púrpura, no damos muchas vueltas a las cosas —dijo el conde Smiorgan con voz grave—. Y no somos volubles en nuestra amistad. Tú, príncipe Elric, conoces una angustia que yo nunca sentiré, que nunca comprenderé, pero ya te he concedido mi confianza. ¿Por qué iba ahora a volverme atrás? No es así cómo nos enseñan a comportarnos en las Ciudades Púrpura. —El conde Smiorgan se mesó la negra barba y guiñó un ojo—. Antes vi algunas cajas de provisiones entre los restos de la goleta de Avan. Costearemos la isla y las recogeremos.

Elric intentó quitarse de encima su humor sombrío pero le resultó difícil, pues había matado a un hombre que había confiado en él y las palabras de Smiorgan acerca de la confianza sólo conseguían acrecentar el peso de su sentimiento de culpa.

Botaron juntos la embarcación a las aguas llenas de algas y Elric miró atrás una vez más, contemplando la jungla silenciosa mientras un escalofrío recorría su espinazo. Meditó sobre todas las esperanzas que había abrigado en el viaje río arriba y maldijo su estupidez.

Intentó recordar, reconstruir los acontecimientos que le habían llevado a aquel lugar, pero gran parte del pasado se confundía con aquellos sueños tan extrañamente vívidos a los que era propenso. ¿Había sido real Saxif D'Aan y el mundo del sol azul? Incluso ahora, el recuerdo era difuso. ¿Era real el lugar que ahora dejaban atrás? Había en él algo de ilusorio, de ensoñación. Le parecía haber surcado muchos mares ominosos y fatídicos desde su huida de Pikarayd, y ahora acariciaba con anhelo la promesa de la paz de las Ciudades Púrpura.

Pronto llegaría el momento en que debería volver a Cymoril y a la Ciudad Soñada para decidir si estaba dispuesto a aceptar las responsabilidades del Brillante Imperio de Melniboné; sin embargo, hasta entonces, se limitaría a ser el invitado de su nuevo amigo, Smiorgan, y a estudiar las costumbres de la gente de Menii, más sencilla y sincera que su raza.

Cuando subieron la vela y empezaron a avanzar con la corriente, Elric dijo de pronto a Smiorgan:

—Así pues, ¿confías en mí, conde Smiorgan?

El señor del mar se sorprendió un poco ante lo directo de la pregunta. Se hurgó la barba con el dedo y, finalmente, respondió:

—Como hombre, sí. Pero vivimos en tiempos de cinismo, príncipe Elric. Incluso los dioses han perdido su inocencia, ¿no es verdad?

Elric estaba desconcertado.

—¿Piensas que algún día te traicionaré como..., como traicioné a Avan en la isla?

—No es propio en mí especular sobre tales asuntos —respondió Smiorgan encogiéndose de hombros—. Eres leal, príncipe Elric. Finges cinismo, pero rara vez he visto a un hombre tan necesitado de un poco de verdadero cinismo —añadió con una sonrisa—. Tu espada te traicionó, ¿verdad?

—Lo hizo por servirme, supongo.

—Sí. Ahí está la ironía. Un hombre puede confiar en otro, príncipe Elric, pero quizá nunca tendremos un mundo cuerdo de verdad hasta que los hombres aprendan a confiar en la humanidad. Supongo que eso significaría el fin de la magia.

Y, en ese instante, a Elric le pareció que la espada mágica vibraba en su cinto y emitía un levísimo gemido, como si se sintiera inquieta ante las palabras del conde Smiorgan.

# ÍNDICE

Libro primero
**Navegando hacia el futuro ..... 7**

Libro segundo
**Navegando hacia el presente ..... 57**

Libro tercero
**Navegando hacia el pasado ..... 121**

Michael Moorcock (1939), el más polifacético de los escritores ingleses contemporáneos, ha alcanzado la celebridad literaria por dos caminos diferentes, en ambos con efectos revolucionarios. Dirigió la revista *New Worlds* desde el número 142 (mayo/junio 1964) hasta el 201 (marzo 1971), gestando desde sus páginas el movimiento literario que se conoció como *New Wave*, el más influyente que puede recordar la ciencia ficción moderna. Como autor, con una obra prolífica en los campos de la ciencia ficción y la fantasía, ha llegado a convertirse en una de las firmas más populares del mundo por su creación del *Multiverso*, escenario en el que discurren numerosos ciclos de novelas, entre las que existen constantes referencias cruzadas que les confieren una complejidad global extraordinaria, sólo comparable, dentro de la narrativa fantástica, al *Gran Ciclo* de H. Rider Haggard.

Hacer una bibliografía del autor es una tarea imposible pero, ampliando la que aparece en el número 11 de esta colección, podría ser ésta (los títulos y fechas indicados corresponden a la última versión registrada de las obras. Cuando un cambio de título no viene acompañado de una revisión del manuscrito, se mantiene el año original):

CICLOS FUNDAMENTALES DE FANTASÍA

Erekosë:
1970 — *The Eternal Champion (El Campeón Eterno*, Ed. Martínez Roca, col. Fantasy, núm. 4, Barcelona, 1985)
— *Phoenix in Obsidian* 1973 — *The Champion of Garathorm.* 1975 — *The Quest for Tanelorn*

Elric de Melniboné:
1972 — *Elric of Melniboné (Elric de Melniboné*, Ed. Martínez Roca, col. Fantasy, núm. 11, Barcelona, 1986)
1976 — *The Sailor on the Seas of Fate (Marinero de los mares del destino*, Ed. Martínez Roca, col. Fantasy, núm. 19, Barcelona, 1988)
1977 — *The Weird of the Wbite* Wolf (Ed. Martínez Roca, en preparación)

Elric el Nigromante:
1971 — *The Sleeping Sorceres* (Ed. Martínez Roca, en preparación) 1977 — *The Bane of the Black Sword* (Ed. Martínez Roca, en preparación)
— *Stormbringer* (Ed. Martínez Roca, en preparación)

Corum (ciclo de las espadas):
1971 — *The Knight of the Swords (El Caballero de las Espadas*, Francisco Arellano Editor, Madrid, 1976)
— *The Queen of the Swords (La. Reina de las Espadas*, Francisco Arellano Editor, Madrid, 1977)
— *The King of the Swords (El Rey de las Espadas*, Francisco Arellano Editor, Madrid, 1977)

**Corum Jhaelen Irsei:**
1973 — *The Bull and the Spear*
— *The Oak and the Ram*
1974 — *The Sword and the Stallion*

**Dorian Hawkmoon:**
1977 — *The jewel in the Skull*
— *The Mad God's Amulet*
— *The Sword of the Dawn*
— *The Runestaff*

**Conde Brass:**
1973 — *Count Brass*
— *The Champion of Garathorn* 1975 — *The Quest for Tanelom*

**OTROS CICLOS**

**Jerry Cornelius:**
1968 — *The Final Programme (El programa final*, Ed. Minotauro, Barcelona, 1979)
1971 — *A Cure for Cáncer*
1972 — *The English Assassin*
1977 — *The Condition of Muzak*
relacionados:
1976 — *The Lives and Times of Jerry Cornelius*, relatos
— *The adventures of Una Persson and Catheríne Cornelius*

**Bailarines del Fin del Tiempo:**
1972 — *An Alien Heat* 1974
— *The Hollow Lands*
1976 — *The End ofAll Songs* relacionados:
— *Legends ofthe End ofTime*, relatos
1977 — *The Transformaron ofMiss Mavis Ming*

**Oswald Bastable:**
1971 — *The Wa.r Lord ofthe Air* 1974 — *The Lana Leviathan* 1979- *The Steel Tsar*

**Karl Glogauer:**
1969 — *Behold the Man* (Ed. Júcar, en preparación) 1972 — *Breakfast in the Ruins*

**Serie de Marte:**
1965 — *The City ofthe Beast*
— *The Lord ofthe Spiders*
— *The Masters ofthe Pit*

**OTRAS OBRAS**

1963 — *The Stealer ofSouls,* relatos
1965 — *The Blood-Red Game*
— *The Fire Clown*
1966 — *The Shores ofDeath*
1969 — *The Black Corridor*
— *The Ice Schooner (La nave de los hielos,* Ed. Acervo, Barcelona, 1979)
— *The Time Dweller,* relatos
1970 — *The Chínese Agent*
— *The Singing Citadel,* relatos
1971 — *The Nature ofthe Catastrophe,* con otros autores *(La naturaleza de la catástrofe,* Francisco Arellano Editor, Madrid, 1978)
— *The Rituals oflnfinity*
1976 — *Moorcock's Book of Martyrs,* relatos *(El libro de los mártires,* Producciones Editoriales, Barcelona, 1980)
— *The Time ofthe Ha-wklords,* con Michael Butterworth *(El tiempo de los Señores Halcones,* Producciones Editoriales, Barcelona, 1976)
1978 — *Gloriaría*
1979 — *The Golden Barge*
1980 — *The Russian Intelligence*
1981 — *The War Hound and the World's Pain (El perro de la guerra y el dolor del mundo,* Ed. Miraguano, col. Futurópolis, núm. 3, Madrid, 1987)
— *Byzantium Endures*
1982 — *The Brothel in Rosenstrasse*
1984 — *The Laughter of Carthage*
1985 — *Elric at the End of Time,* relatos 1987 — *New Worlds: An Anthology*

**PREMIOS**

1967 — Nébula por «Behold the Man» (incluido en *El libro de los mártires)*
1972 — August Derleth por *El Caballero de las Espadas*
1973 — August Derleth por *El Rey de las Espadas*
1975 — August Derleth por *The Sword and the Stallion*
1976 — British Fantasy por *The Hollow Lands*
1977 — British Fantasy y Guardian Fiction por *The Condition ofMuzak*
1978 — World Fantasy y John W. Campbell Memorial por *Gloriana*